

Navidad mágica

BARBARA DALY



Navidad Mágica
Barbara Daly
Navidad Mágica (2004)
Título Original:
Mistletoe over
Manhattan (2003)

Editorial: Harlequín Ibérica

Sello / Colección: Súper Bianca 179

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Carter Compton y Mallory Trent

Argumento:

Quizá perder el control no fuera muy sensato, pero… ¿cuándo ha sido divertido ser sensata?

La abogada de Chicago Mallory Trent siempre había seguido las normas de su madre para ser práctica. Pero así no iba a conseguir atraer a Carter Compton, el guapísimo fiscal que desearía tener como regalo de Navidad.

Entonces los enviaron a Manhattan para trabajar en un caso. Mientras él hablaba de trabajo ella fantaseaba con él. Así que decidió llamar a una agencia en la que le prometieron darle un nuevo yo.

Con aquel traje rojo y su nueva actitud, Mallory acorraló al sorprendido abogado bajo el muérdago…

Capítulo 1

«Qué alivio estar en casa».

Mallory Trent salió del ascensor en la planta cincuenta y tres del Edificio Hamilton situado en el Loop de Chicago y miró con expresión cariñosa la placa de latón que había junto a las sólidas puertas dobles de nogal. Ponía *Sensuous, Inc.,* y debajo de eso, *Departamento Legal*. Después de la experiencia horrible de la que acababa de escapar, esa placa parecía una bienvenida a las nacaradas puertas del Cielo.

La horrible experiencia había tenido lugar en St. John's Island en el Caribe.

Algunas personas podrían considerar que cinco días allí representaban unas vacaciones. Al parecer, algunas personas disfrutaban quemándose bajo el sol, viendo escorpiones y teniendo arena en los pies todo el día. Ella no era una de esas personas.

Se sentía más feliz en el trabajo. No le importaba sentir el viento helado que soplaba a través del Lago Michigan. Tenía una buena calefacción que la mantenía abrigada. Y podía comprar mangos y piñas en el supermercado. Y tenía Sensuous, la empresa de cosméticos cuyas oficinas llenaban las últimas cinco plantas del edificio y que representaban su Cielo en la tierra.

-Hola, Cassie -saludó a la primera de sus compañeras con la que se cruzó en el vestíbulo.

Cassie, una mujer bonita de piel suave, con un cabello negro lustroso y ondulado, y capaz de abrir cajas selladas con su lengua afilada, la miró con sus ojos oscuros y asombrados.

-Al fin has vuelto -susurró-. A Bill está a punto de darle un ataque.

-Si no tenía que regresar hasta... -comenzó Mallory.

-Luego -cortó Cassie, apresurándose-. He de averiguar si está en el edificio.

-¿Quién? ¿Bill? Imagino que está... -pero le hablaba al aire; y acercándose a ella desde la dirección de Cassie, vio a Ned Caldwell, otro de los miembros intermedios del equipo que proporcionaba asesoría interna a Sensuous. Ned era lo opuesto de Cassie, un hombre con gafas que hablaba de forma pausada y se tomaba tiempo para reflexionar. La vio, aminoró el paso y se dirigió hacia ella con una expresión cada vez más fúnebre.

-Si es algo serio -murmuró-, hazme saber cómo puedo ayudarte.

-Ayudarme... -pero también él siguió de largo con inusual velocidad, como si Mallory transmitiera un virus fatal. Contuvo el impulso de regresar a su apartamento, tomarse dos aspirinas y presentarse en las oficinas al día siguiente.

Pero siguió hacia su despacho y observó con cautela a la ayudante administrativa, cuyos servicios compartía con Cassie y Ned-. Buenos días, Hilda -saludó con firmeza, retando a la mujer a comentar algo

fuera de lo corriente.

-¡Has vuelto! -exclamó Hilda en un susurro alto, llevándose una mano a su amplio pecho-. Bill Decker quiere verte de inmediato.

-¿Cómo sabe que estoy aquí? -fue la respuesta de Mallory-. ¿Y por qué susurramos?

Hilda alzó un poco la voz.

-No lo sabe. El viernes llamó cada treinta minutos para preguntar si ya te había localizado, y cada treinta minutos le recordé que estabas de vacaciones, y... y...

¡mentí! -puso los ojos en blanco-. Le dije que te habías negado a revelarme dónde se te podía localizar.

-¡Hilda! -no le extrañó que Bill estuviera histérico-. ¡Él sabe que yo jamás, jamás, haría eso!

-Sólo quería que tuvieras unas vacaciones por una vez en la vida... -sonó el teléfono-. Oh, diablos, apuesto a que es él otra vez.

Hilda jamás juraba. «¿Qué es lo que pone tan tenso a todo el mundo?»

-Sí, señor Decker -Hilda había recuperado la calma tras el pequeño exabrupto-.

Ella, ah, ella... -miró a Mallory.

Ésta asintió.

-Dile que acabo de llegar. Dos días antes -añadió, sin poder contenerse.

-Estará allí en breve -al cortar, miró a Mallory-. Quiero que sepas... -volvía a susurrar- que estoy de tu parte, pase lo que pase.

Mallory apretó los labios, enderezó los hombros, recogió su agenda electrónica y tiró del bajo de la impecable chaqueta del traje negro. Avanzó por el pasillo en dirección al despacho del jefe del departamento legal, Bill Decker, con el porte seguro de una aristócrata. En ese caso, podía parecer que la aristócrata iba camino de la guillotina, pero si su cabeza rodaba, su pelo brillaría con buena salud y luciría un corte reciente. Moriría con la agenda en la mano y las uñas perfectamente cuidadas.

Por el modo en que se comportaban sus compañeros, sólo podía inferir que había hecho algo terrible, desastrosamente mal. Algo cuya naturaleza ni siquiera podía adivinar.

Quizá estuviera a punto de que la despidieran. Durante un segundo, eso la frenó en seco. De todas las cosas que había imaginado que podían sucederle, que la despidieran figuraba al final de su lista.

-Al fin has vuelto.

Bill Decker, que debería de estar contento de verla, frunció el ceño.

-He vuelto dos días antes -era algo que consideraba que no debía dejar de repetir. No tenía derecho a esperarla antes del miércoles. Estaban a lunes, el lunes después del día de Acción de Gracias, un

lunes que había planeado pasar tumbada en la playa... hasta que descubrió lo enloquecedoramente aburrido, improductivo e ineficaz que era eso. Incluso había pagado cien dólares a la compañía aérea por el privilegio de regresar antes.

El gesto impaciente de la mano de él le impidió deletreárselo.

-Sensuous está en serios problemas -anunció-. El caso Verde es más de lo que podemos llevar nosotros. Hemos contratado un asesoramiento externo. El bufete al que hemos recurrido es Rendell & Renfro, y a un joven abogado llamado... -calló para alzar un auricular-. Nancy, ¿está Compton en el edificio hoy?

Mallory sintió un escalofrío helado subirle por la espalda, congelando la sonrisa evasiva que exhibía en la cara.

-Pídele que venga un momento -dijo Decker.

¿Podría haber más de un Compton en Rendell & Renfro?

La voz de Decker pareció reverberar por la bruma que había en su mente.

-Como iba diciendo, el caso lo va a llevar Carter Compton. Tengo entendido que es un poco canalla -emitió una risita indulgente-. Va a Nueva York a machacar a los testigos de los demandantes. Consideramos que era una buena idea tener una mujer en su equipo, y desde luego tú eres la elección idónea. Ah, aquí está.

A pesar de sus esfuerzos, Mallory no estaba preparada para que Carter Compton entrara por esa puerta. El corazón le martilleó. La boca se le resecó.

Necesitó toda su energía para ponerse de pie.

-¡Mallory! Es estupendo saber que vamos a trabajar juntos -con un destello de dientes blancos, Carter avanzó y en vez de estrecharle la mano, enlazó los dedos con los de ella.

La intimidad del contacto le provocó una descarga de electricidad por todo el cuerpo. Era un hombre con presencia, un hombre poderoso, alto y musculoso, y la mano era grande y cálida, con dedos largos y anchos. La invadieron recuerdos de su legendaria fama de donjuán. Habían ido juntos a la facultad de Derecho, habían estudiado juntos, trabajado juntos en la revista de Derecho. De hecho...

Ese recuerdo que llevaba años bloqueando se precipitó a la primera fila de su mente. Antes de los exámenes del segundo semestre, Carter y ella habían pasado una noche juntos estudiando en el apartamento de él... y no le había hecho ninguna insinuación.

-¿Dónde has estado todo este tiempo? -preguntó él-. Nunca te veo.

La miró desconcertado y ella se preguntó cuánto tiempo llevaba mirándolo, boquiabierta y con los ojos desorbitados.

-He estado aquí -repuso, recuperando la mano-. Ocupada.

En el pasado, el pelo oscuro de él había estado largo y rebelde. Durante los últimos años, cuando lo había visto de lejos en las fiestas

de trabajo, para escapar de inmediato al rincón opuesto de la sala, había notado que lo llevaba corto. Cada año vestía de manera más elegante. En ese momento, llevaba un traje gris marengo con rayas finas y una impecable camisa blanca. Una corbata negra y un pañuelo blanco almidonado en el bolsillo de la pechera completaban el aspecto refinado. Había progresado mucho de los vaqueros y las cazadoras que había lucido en sus tiempos de estudiante.

Qué sexy había estado con aquellos vaqueros ceñidos. Sintió que un peso ardiente descendía hasta su centro a medida que la imagen se cristalizaba en su mente.

Lo que no había cambiado en absoluto era el índigo brillante de sus ojos, con el borde de pestañas largas y densas. Con esos ojos centrados en ella, reconoció las otras cosas que no habían cambiado. Aún lo deseaba, con toda la sofisticación de una colegiala sumida en su primer enamoramiento.

Al darse cuenta de que volvía a mirarlo con fijeza, el calor ascendió a su cara.

-Y supongo que voy a estar más ocupada -deseó que su voz sonara ecuánime v firme-. Pero aún no estoy segura de que sea un hecho consumado que vayamos a trabajar juntos.

Bill rió.

-Lo es en lo que a mí se refiere. Sentaos, los dos. Trazaremos los planes ahora mismo.

Mallory se dejó caer sobre su silla.

-Me halaga que se me pregunte, desde luego -le dijo a Bill-. He dedicado bastante tiempo al caso. ¿Has dicho que vamos a tomar las declaraciones en Nueva York?

Si iba a trabajar codo a codo con Carter, ¿cómo iba a lograr mantener las manos alejadas de él? ¿Cómo iba a poder trabajar en un estado de continua excitación?

-Sí.

Mantendría el control. Tenía que hacerlo.

Resultaría demasiado humillante hacerle insinuaciones y ser rechazada, y mucho más humillante que ni siquiera se diera cuenta de que se insinuaba.

-¿Cuándo nos vamos? -necesitaba un poco de tiempo para controlar la situación.

-Mañana -indicó Bill.

-Oh, mañana -con enorme alivio, vio una salida-. Pues yo no puedo.

-¿Por qué no? -Decker frunció el ceño.

-Acabo de regresar, puedes imaginarte cómo tengo la mesa después de unos días fuera del despacho -miró a Carter, quien al fin se había sentado, reduciendo el impacto físico.

-Hilda puede encargarse de tus papeles. Solucionado.

-Hilda no puede ocuparse del caso de la patente Thornton -aseveró, aferrándose con desesperación a su última tabla de salvación-. Redactar ese sumario es la máxima prioridad que tengo. No querrás que deje en la estacada al departamento de Desarrollo de Productos -miró otra vez a Carter.

Tenía una ceja enarcada.

-Patentes -Decker descartó el tema con un gesto de la mano-. Cassie puede escribir ese sumario.

Carter asintió.

Mallory consideraba a Cassie como una de sus mejores amigas, pero era altamente competitiva. Podía imaginar lo contenta que se iba a poner cuando se enterara de que le habían dado uno de los restos de su trabajo.

-Eso no sería justo para ella. Dije que yo...

-Mallory -la voz de Decker adoptó un nuevo nivel de autoridad.

-¿Sí, señor? -tragó saliva.

-Te necesito en Nueva York. ¿Estás diciendo que no vas a ir?

-No, señor. No es eso lo que digo -no pudo evitarlo. Su temprano entrenamiento le había enseñado a diferenciar a los generales de los soldados rasos.

-Bien -dijo-. Entonces, arreglado.

-¿Dónde vives? -preguntó Carter. Era lo último que había esperado.

-Ah. Yo, mmm, vivo, ah... -sin duda sería capaz de recordar su dirección. Al final pudo darla.

-Pensaba que podríamos ir juntos al aeropuerto, pero me desvío mucho de tu dirección. ¿Te parece bien que quedemos en la puerta de embarque? Mi secretaria ha hecho las reservas. Tu ayudante puede llamarla y apuntar los detalles.

-Puerta de embarque -Mallory tartamudeó, asintiendo.

Un adiós rápido a Bill, una sonrisa a ella y desapareció. Mallory se reclinó en el sillón. Bill exhibía una expresión satisfecha. -Sabía que tú eras la persona adecuada para el trabajo.

-¿Por qué? -suspiró.

Le sonrió con expresión radiante.

-Eres inmune a los encantos masculinos de Carter Compton. Puedo confiar en ti. En cualquier parte. Con cualquiera -adelantó el torso y su rostro rebosó sinceridad-. Puedo leer a una persona como si fuera un libro, y acabo de verlo, mientras charlabas con Compton. Tus colegas te consideran una abogada, no una mujer.

-Un gran cumplido -musitó con labios fríos-. Gracias otra vez, Bill -se puso de pie-. Estaré preparada para salir mañana.

De camino a su despacho, pensó: «Bill también lo vio. Carter no me ve como una mujer». Encendida de pronto por la frustración, aceleró

el paso y abrió la puerta que daba a su despacho, donde encontró a Hilda, Cassie y Ned esperando.

-¿Qué ha pasado? -preguntaron al unísono.

-¿Te ha despedido? -añadió Ned, con una expresión adecuadamente lúgubre.

-¿Has averiguado qué hace aquí? -todos sabían a quién se refería Cassie.

-¿Debería pedir cajas para desalojar tu despacho? -inquirió Hilda con voz ansiosa.

Aún aturdida, miró a uno y a otro.

-No, Hilda, deberías llamar a la secretaria de Carter Compton para conseguirme un billete de avión -oyó el jadeó de Cassie, pero continuó-: Va a encargarse del caso Verde. Bill me ha mandado ir a Nueva York con él a interrogar a los testigos del demandante.

En el silencio atronador, los ojos de Cassie se abrieron mucho mientras la boca se cerraba en una línea fina.

-¡Te odio! -gritó-. Me moría, moría, por ese caso -entró en su despacho, del que de inmediato llegaron los sonidos de objetos que golpeaban la pared.

-Llévate preservativos suficientes para un par de días -sugirió Ned, que desvió la mirada de la puerta de Cassie para clavarla en la cara de Mallory-. Carter es el donjuán del siglo XXI, una leyenda. ¿Sigues tomando la píldora?

-No abras las rodillas -indicó Hilda, encogiéndose cuando los sonidos de los golpes incrementaron su volumen.

Como a cámara lenta, miró primero a Ned y luego a Hilda.

-Veréis -comentó con la serenidad de alguien completamente aturdida-, por eso me envía Bill. Porque no necesito la píldora y tampoco voy a necesitar los preservativos. Mis rodillas ya están permanentemente cerradas. No soy una mujer.

Soy una abogada.

Entró en su despacho y cerró la puerta justo a tiempo de ver cómo el diploma enmarcado de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago se soltaba del gancho por el impacto de lo que hubiera tirado Cassie contra la pared divisoria. El cristal se fragmentó en pedazos pequeños.

Abrió la agenda electrónica y apuntó en su lista de cosas para hacer: *Enmarcar diploma.*

Carter regresó a la biblioteca del departamento legal con un estado de ánimo reflexivo. Le alegraba mucho que Mallory fuera con él a Nueva York. Con ella en el trabajo, no tendría que dedicar la mitad del tiempo a un intercambio de estocadas sexuales, como le sucedería con la mayoría de las mujeres.

Empezaba a cansarse de eso, empezaba a desear algo real, a pensar

en sentar la cabeza. Con Paige, quizá. Bueno, no, Paige, no. No algo a largo plazo. Hasta un fin de semana largo parecía excesivo.

Había eliminado a Diana el fin de semana anterior.

Andrea, entonces. Mmmm. Nunca había terminado por conectar con ella, nunca había llegado a sentir que hablaban el mismo idioma.

Lo dominó un inaudito estado de insatisfacción. Salía con docenas de chicas, y docenas más deseaban que las hubiera invitado o aceptado sus invitaciones apenas veladas. Una de ellas tenía que ser la idónea.

Mientras tanto, le encantaba su trabajo, y ese era el caso más descabellado con el que jamás se había topado. Sólo pensar en él le aligeró el ánimo. Su nombre correcto era *Kevin Kingston et al contra Sensuous*. Informalmente, lo llamaban el caso Verde, porque el último mes de marzo unas cien mujeres y algunos hombres habían intentado teñirse el pelo con Sensuous Flaming Red, y a cambio se lo habían teñido, junto con todo lo demás que la solución había tocado, de un verde guisante, tal como lo describía el sumario.

No les pareció que fuera gracioso. Tenía que cerciorarse de no transmitir ni un atisbo de que a él sí le resultaba gracioso. Desde luego, Mallory no lo consideraría divertido. Podría contar con que ella lo ayudaría a mantener la expresión seria.

Podía contar con ella para todo, tal como había hecho en la facultad. Aquella ocasión en que habían estudiado toda la noche... algo en su cabeza había hecho clic y al final había encajado. Había requerido un trabajo arduo, pero aquella noche había logrado que su expediente cambiara de tendencia.

Se había sentido muy tentado de acabar la noche con Mallory en su cama, al menos para tener a esa mujer alta y esbelta en brazos y darle un beso que dijera:

«Gracias, y reunámonos alguna vez». Un beso que hiciera que ella quisiera que se reunieran alguna vez.

¿Por qué no lo había hecho?

Lo que había pasado era que se había concentrado en los estudios, que había sacado la segunda mejor nota de aquel examen. Mallory, por supuesto, había sacado la mejor.

Había olvidado lo bonita que era con esos ojos azul verdosos y ese increíble pelo rubio plateado.

Su tiempo era demasiado valioso para desperdiciarlo de esa manera. Había estado pensando en el caso, que era lo único en lo que podía permitirse pensar hasta alcanzar un acuerdo. Sensuous había retirado del mercado todo ese lote de tinte al recibir la primera queja, y había enviado a abogados a negociar generosas indemnizaciones con los primeros quince o veinte de los primeros cientos de clientes insatisfechos. Por desgracia, un par de ellos había encontrado una

abogada ambiciosa, o al revés, que había conseguido reunir a todos para que presentaran una única demanda. No iban a conformarse con un tratamiento para el pelo, una manicura semanal, fregaderos nuevos, paredes repintadas y un cambio de suelos.

Iban detrás de todo lo que tenía Sensuous.

Y todo porque un aburrido empleado de la cadena de montaje había decidido que sería divertido añadir un tinte verde permanente a un lote de tinte en honor del Día de San Patricio.

Su primera prioridad era evitar que el caso llegara a los tribunales, que era una de las ironías de ser un abogado litigante. Se esforzaría al máximo en convencer a esos demandantes de pelo verde guisante de que unas manicuras semanales y unos fregaderos nuevos era la única compensación que necesitaban.

-¿Señor Compton?

Alzó la vista para ver a una de las pasantes de la empresa en la puerta de la biblioteca.

-Sé que tiene autorización para acceder a los ficheros del caso Verde en nuestra red, pero le he hecho una copia en CD por si se encuentra en alguna parte sin conexión con la red -las manos de la joven temblaron al entregarle el disco.

-Gracias -dijo, poniéndose de pie y ofreciéndole una sonrisa. Durante un segundo, temió que fuera a desmayarse. Pero ella logró mostrar cierta ecuanimidad y devolverle la sonrisa, antes de agitar las pestañas y mover las caderas de forma seductora al salir de la biblioteca.

En la puerta se detuvo, le dedicó más caídas de ojos y dijo:

-Me llamo Lisa, y si hay algo más que pueda hacer para ayudarlo, o si necesita a alguna pasante en Nueva York...

Era la historia de su vida. No podía evitarlo. No era nada que hiciera adrede.

Algún elemento químico en su cuerpo... en realidad, testosterona, debió de tener una filtración durante su nacimiento y había estado manando de él desde entonces, atrayendo a mujeres como el alcohol a las peleas.

Si pretendía sentar la cabeza, tenía que cerrar esa filtración. Debía volverse irresistible sólo para una mujer. No había mejor momento que ése para ponerlo a prueba. Se preguntó qué podría decir que no dejara ninguna duda en la mente de Lisa de que no iba a convocarla para ir a Nueva York a pasar un fin de semana desenfrenado. Y mientras él reflexionaba y ella esperaba, se le ocurrió una idea brillante.

-Gracias, Lisa -dijo-. Le pasaré el ofrecimiento a Mallory Trent. Ella va a necesitar mucho respaldo del departamento.

Se sintió aliviado al oír que el tono sensual desaparecía de la voz

de la joven.

-Desde luego -liberó el cuerpo de la posición con la espalda arqueada que hacía que tanto los pechos como el trasero sobresalieran al mismo tiempo-. Estaré encantada de proporcionarle a Mallory la ayuda que necesite.

Cuando se marchó, cerrando de un portazo, Carter sintió que había hecho progresos. Mientras regresaba a su despacho elegante en Rendell & Renfro, pensó que había descubierto que era rentable tener a una mujer en su equipo, la cual podría establecer interferencias entre otras mujeres y él.

Durante la estancia en Nueva York, Mallory sería un muro estupendo.

Por supuesto, no quería quedar bloqueado por completo. En su agenda tenía a varias mujeres que vivían en Nueva York. Y cuando las viera, determinaría si podría tener una relación estable con alguna. Arreglaría las citas con un par de ellas en ese mismo instante, antes de que se le olvidara.

Llegó al edificio, firmó el registro y subió a su despacho. Era una pena que las demandantes no tuvieran el cabello de Mallory. Nadie con un cabello como el de ella querría teñírselo de rojo.

Capítulo 2

Mallory no volvió a abrir la puerta de su despacho hasta que no oyó que sus compañeros se marchaban al finalizar el día. Por ese entonces, sentía que había logrado aislar cada faceta de su vida, incluida la de Carter. Y así permanecería, al menos hasta que tuviera que volver a verlo por la mañana en el aeropuerto. Pero por la mañana ya habría vuelto a ser la misma. Bajo control.

Cuando el taxista la dejó ante su rascacielos situado en el Carl Sandburg Village en Old Town, le dio una buena propina. Al cruzar la puerta, encontró su apartamento, como siempre, silencioso, cálido, impoluto y perfectamente ordenado, tal como debería ser y sería, a menos que, inconscientemente, cayera en la senilidad…

y aún viviera en ese apartamento.

Una lóbrega resignación la invadió cuando ese pensamiento recorrió su mente, pero ese no era el momento de atacarlo y desmontarlo. Apoyó el maletín negro de piel sobre el escritorio en el despacho que tenía en casa. El correo de ese día fue a parar detrás del que había llegado mientras soportaba con estoicismo sus vacaciones.

Su regla era que los primeros en llegar eran los primeros en abrirse.

«Repasad el correo.

Pagad las facturas. Responded a las invitaciones y peticiones.

Leed, tirad o archivad todo lo demás».

Esa lista, extraída de uno de los libros de su madre, surgió en su mente. No le extrañó que el encuentro sorpresivo con Carter la hubiera hecho perder el equilibrio.

La noche anterior había llegado demasiado tarde y había estado demasiado traumatizada con el calor y la arena como para relajarse y seguir la habitual rutina del correo. Una vida feliz, aseveraba su madre en cada uno de sus libros, radicaba en una serie de rutinas o hábitos aprendidos. Y una leve desviación de una de dichas rutinas representaba el primer paso hacia el descenso al caos y la desdicha.

Como siempre, su madre tenía razón. Se había desviado, su estado mental se hallaba en el caos y se sentía desdichada. De modo que el correo sería su máxima prioridad en cuanto finalizara la rutina del regreso a casa. No más desvíos.

Mientras metía los guantes negros de piel en los bolsillos del abrigo negro de cachemira, su vista se posó en el paquete rectangular que había encima del correo.

Era un ejemplar de regalo del último libro de Ellen Trent. Justo lo que necesitaba en ese momento… un curso rápido que le refrescara todas las nociones.

Colgó el abrigo en el armario del recibidor, con la bufanda negra debajo del cuello, y centró el sombrero negro en la estantería que

había justo encima del colgador. Después de dejar las botas para la nieve secándose en una caja especial al lado de la puerta de entrada, llevó al dormitorio la bolsa de franela negra que contenía los zapatos aún resplandecientes.

Los zapatos también eran negros, igual que las botas para la nieve. Se preguntó por qué no tenía nada de color... ¿Rojo?

«Siempre es más fácil ceñirse al negro básico en el clima frío y a los beige en los entornos más cálidos».

Otra cita de uno de los libros de su madre. Eso lo explicaba. Pero no explicaba un peculiar nudo de rebelión que la recorrió desde la coronilla hasta los pies. Tenía algo rojo. Un vino tinto. Fue directamente a la cocina y se sirvió una copa, luego regresó a su despacho para comenzar con la rutina del correo.

Hizo girar el vino en la copa, admiró su color, lo olió, analizó el *buqué* y luego bebió un trago. La calidez descendió por su garganta, sobresaltándola y haciendo que se cuestionara cómo había llegado hasta allí. El vino y el papeleo no casaban.

Todo el mundo lo sabía, al menos todo el mundo que prefería tener unas cuentas bien cuadradas. ¡Había vuelto a desviarse! ¿Qué le sucedía? Nada que una dosis de sabiduría materna no pudiera curar. Abrió el paquete que contenía el libro nuevo.

Viaje Eficiente de la A a la Z era el título predecible, y unido a la carátula con un clip había una hoja con el membrete de su madre. El mensaje estaba mecanografiado: *Saludos de Ellen Trent.*

No muy cálido ni maternal. En el interior había una carta, también mecanografiada, aunque un poco más cálida y maternal: *Queridísima hija,*

Éste es una compilación de todos mis consejos de viajes más algunas ideas nuevas y estimulantes. Espero que te ayuden a recordar la Regla Dorada de Ellen: la Eficiencia es la clave para una vida feliz.

Tu madre.

Sin encontrar *un abrazo* en ninguna parte del mensaje, a menos que queridísima quisiera representarlo, estudió el índice. *Adelante*. *Borrar, ésa es la clave*... los títulos de esos capítulos sonaban familiares y probablemente habían aparecido en revistas para mujeres. Pero *Regreso a la Serenidad*, que con astucia llenaba dos letras del alfabeto, era nuevo. Abrió el libro en ese capítulo.

Dejad todo el papeleo en orden.

Eso ya tenía prioridad en su lista de cosas por hacer.

No dejéis detrás ropa sucia.

Por supuesto que no. La tintorería de al lado de su casa abría a las siete. Dejaría toda la ropa que había llevado para sus vacaciones de camino al aeropuerto al día siguiente.

Limpiad bien la nevera y prestad especial atención al compartimento de

las verduras.

Una verdura podrida os estropeará el regreso al calor del hogar.

Ahí no había problemas.

Comprobad la fecha de caducidad de los alimentos perecederos: envasados, enlatados, congelados y refrigerados... y también la de los medicamentos. Tirad todos los artículos que caduquen durante vuestra ausencia.

Clavó la vista en la página y durante unos instantes consideró la posibilidad de que su madre finalmente hubiera perdido la cabeza. Pero millones de mujeres compraban esos libros, mujeres que buscaban la misma clase de felicidad de la que disfrutaba su madre, con la que ella contaba y de la que extraía consuelo.

Entregadle vuestro itinerario a una buena amiga o a un familiar.

Eso la hizo reflexionar. Si llamaba a sus padres, la conversación sería de horas.

Su madre la haría pasar por una comprobación verbal de su lista y podrían llegar a pelearse por el punto de la fecha de caducidad. Tenía amigas. Amigas íntimas. Las amigas con las que había realizado el viaje a St. John, por ejemplo, que la miraron con incredulidad cuando anunció su intención de adelantar el regreso. Se burlarían sin piedad si les contara que había cambiado sol y playa por pecado y sexo con Carter Compton.

Alzó la cabeza con brusquedad. Iba a Nueva York por asuntos de la empresa, no para dedicarse al sexo y al pecado.

De pronto recordó que tenía un hermano en Nueva York a quien podía enviarle su itinerario.

No le sorprendió que recordara en ese momento que Macon se hallaba en Nueva York. Macon era la clase de persona cuyo emplazamiento era vago, no tanto un hermano como un ciberhermano. Se comunicaba con la familia mediante correos electrónicos. Enviaba tarjetas de felicitación de cumpleaños por Internet y regalos que había comprado en la Red. De vez en cuando iba a casa a pasar alguna navidad, pero más a menudo dedicaba esas fiestas a supervisar algún sistema informático público o privado. Macon era un as de los ordenadores. Vivía y respiraba ordenadores. Marcó su número. Como cabía esperar, el teléfono sonó una vez y saltó un mensaje grabado.

-Trent Computer Consultants -anunció la voz familiar de Macon-. No estoy aquí. Envíe un correo electrónico a macontrent, todo una palabra, en trent punto com.

-Mi hermano el robot -musitó Mallory. Cuya hermana no es una mujer, sino una abogada.

La similitud era demasiado grande. Al levantarse del ordenador tras enviarle un correo a su hermano para decirle que deberían

reunirse en Nueva York, se sentía exhausta. Era mejor que hiciera las maletas antes de ponerse a comprobar la fecha de caducidad de las cajas de galletas y de las latas de ostras ahumadas que guardaba para canapés de emergencia.

Carter Compton cerró los dedos en torno a su taza de café más reciente, bebió un sorbo e hizo una mueca. Era el peor café que jamás había probado. Había tenido que recurrir a la máquina expendedora del sótano, ya que el personal de la firma hacía horas que se había marchado.

Dejó la taza y recogió la pluma, con la que estuvo jugando entre los dedos.

Pensó que si trabajaba hasta las nueve, podría comprar una pizza de camino a casa, comérsela mientras preparaba la maleta y meterse en la cama a las diez. Su secretaria había contratado los servicios de una limusina para que lo recogiera a las seis y media de la mañana. Eso no dejaba tiempo para pensar. Tal como a él le gustaba.

Ese día algo había causado una perturbación en su atmósfera. Pero, no ser capaz de localizar qué la había provocado, resultaba más perturbador que la misma perturbación.

Tenía la impresión de que era algo sobre Mallory.

Los ficheros de Sensuous acerca del caso Verde lo habían mantenido ocupado varias horas. Tal como era Mallory, sin duda querría hablar del caso durante el vuelo, y él quería dar la impresión de que le había dedicado tiempo de reflexión.

Su vida rebosaba de mujeres, y ahí estaba, tratando de impresionar a Mallory.

Se levantó, se dirigió a los ventanales y contempló el resplandor de Chicago, donde ya se notaba la proximidad de la navidad. En el elegante barrio de Kenilworth donde había crecido, sus padres siempre habían tenido el árbol más grande de Navidad y colocaban montañas de regalos, todo lo que había querido más cosas que no sabía que quería. Y, siempre, una estuche diminuto de su padre a su madre, que contenía un diamante levemente mayor que el que le había regalado el año anterior.

Había sido un niño rico consentido que desconocía el significado de las reglas.

Con todas las ventajas que podía ofrecer la vida a su favor, en vez de aprovecharlas, se había vuelto salvaje. En dos ocasiones había perdido el carné de conducir por superar el límite de velocidad, había destrozado tres coches deportivos y, sin poder imaginar cómo, sin herir nunca a nadie. Las únicas dos cosas con las que no había experimentado eran el robo y las drogas.

Las buenas notas habrían arruinado su fama en el instituto: Había jugado al fútbol, pero el entrenador era un diplomático acostumbrado

a tratar con los padres ricos de los niños ricos consentidos, y mientras el equipo realizara una exhibición decente, tampoco él establecía demasiadas reglas.

De modo que había conseguido entrar en la Northwestern University en Evanston por jugar al fútbol. Allí el entrenador lo había obligado a dejar de fumar, beber y comer comida basura. Pero nadie había averiguado lo inteligente que era hasta que hizo el examen de acceso a la carrera de Derecho.

Bastó un simple vistazo a sus calificaciones para que la Facultad de Derecho de la Universidad de Chicago se lo llevara en un abrir y cerrar de ojos. Lo que no sabían era que él no sabía estudiar, y ahí era donde Mallory había cambiado su vida. No recordaba exactamente cómo había sucedido, sólo que la había llamado, había reconocido que daba tumbos y solicitado su ayuda. Y ella había sido su tutora extraoficial y gratuita. Y él nunca la había llevado siquiera a cenar. Le había dado miedo pedírselo.

¿Recordaría lo imbécil que él había sido? Frunció el ceño. Lo mejor que podía hacer era familiarizarse un poco más con los detalles, pensar en algunas preguntas inteligentes que hacerle a Mallory y, aún mejor, en un par de comentarios inteligentes. Resumiendo, lo mejor que podía hacer era desterrar esa vena nostálgica y centrarse en los malditos archivos.

El teléfono sonó justo en el momento en que Mallory terminaba de guardar la ropa discreta que durante años su madre había afirmado que ayudaría a una mujer en cualquier situación durante cualquier extensión de tiempo.

-¿Mallory? Carter -anunció una voz de hombre.

Esa voz profunda y cálida fue como un golpe en el estómago.

-Hola, Carter -mantuvo la suya fría. Era un homenaje al impacto que habían tenido en ella los libros de su madre. Entonces supo que le iría bien en ese viaje.

-Te llamo con una pregunta -dijo él-. ¿Por qué verde guisante? ¿Por qué no simplemente verde?

Mallory parpadeó.

-Bueno... -estaba segura de que había una razón, pero el sonido de su voz, el hecho de que la hubiera llamado, invadía su yo por lo normal cuerdo. Resultaba enloquecedor-. Hay numerosas tonalidades de verde. Verde lima, verde bosque, verde musgo...

-¿Te sentirías menos molesta si tu pelo estuviera verde lima en vez de verde guisante?

-Mmm. No, supongo que no.

-Entonces, el uso de «verde guisante», que tiene una connotación negativa, en lugar de sólo «verde que es más neutral, es un intento deliberado de parte de los demandantes de hacer que verde suene lo

más desagradable posible -concluyó con tono triunfal.

-Pero acabo de decir que no importaría...

-Es algo en lo que vale la pena pensar. De acuerdo. Nos vemos mañana en la puerta de embarque.

-Muy bien, yo...

Pero él ya no seguía al teléfono. Era la primera vez que la llamaba desde la facultad de Derecho, y lo único de lo que había querido hablar era del impacto que tendría un verde guisante sobre un verde normal en un posible jurado.

Giró para mirarse en el espejo. Quizá no fuera preciosa, pero le desconcertaba que sus compañeros no la consideraran como mujer. En realidad, los compañeros no le importaban. Lo que contaba era saber por qué Carter no la veía como una mujer.

Tuvo que reconocer que no estaba demasiado sexy con los dientes apretados. Le dio la espalda al espejo y clavó la vista en la maleta. Aún disponía de espacio. ¿Qué podía llevar que fuera un poco más estimulante que negro, más negro y un toque de blanco?

Con dedos nerviosos, recorrió la austera colección de ropa que tenía en el armario, al tiempo que se preguntaba por qué se molestaba. Conocía lo que tenía.

Más negro, más blanco, unas pocas prendas de color azul marino y la extraordinaria variedad de un traje gris y otro beige. Allí no se ocultaba ninguna sorpresa.

Era demasiado tarde para ir de compras, pero no para llamar a su amiga Carol, que vivía en el quinto piso. Carol también había regresado antes de St. John, pero por un motivo que sus amigas entendían: saquear las rebajas prenavideñas de Marshall Field. Tendría algo viejo que estuviera dispuesta a prestarle.

-Carol -comenzó-. Me voy a Nueva York.

-Mallory la viajera -dijo Carol-. No sabía que tuvieras esa predisposición.

Mallory apretó los dientes.

-Es por trabajo -explicó con sequedad-. Me preguntaba si podrías prestarme una chaqueta.

-Lo que quieras -afirmó Carol con vehemencia-. Si te pones otra cosa que no sea un traje y unos zapatos ortopédicos de tacón mediano, te doy acceso a todo mi armario. Todos mis armarios -corrigió-. ¿Qué clase de chaqueta tenías en mente?

-Algo que vaya bien con el negro -indicó, dándose cuenta de que no era la primera vez que una amiga comentaba algo sobre su tendencia a los trajes y los zapatos sosos. Pero sí era la primera vez que le había molestado.

Por su mente pasó un pensamiento peligroso. Se vio con un top de escote bajo y color escarlata, con los dedos de Carter acercándose a la

unión de sus pechos para luego introducirse por debajo de la tela...

-Pensaba en algo... rojo -tartamudeó. Había vuelto a desviarse. Cada vez resultaba más fácil. No seleccionaba el correo, luego bebía vino, y en ese momento quería algo rojo.

-Oooh -dijo Carol-. Tengo una chaqueta roja que te quedará estupenda. Te la subiré y la dejaré en tu puerta. Sé que estás ocupada haciendo las maletas.

Mallory ya empezaba a arrepentirse, pero una chaqueta roja parecía un desvío tan leve, que apenas merecía su preocupación.

-Gracias, Carol. Te devolveré el favor en cuanto sea posible.

-Puedes devolvérmelo ahora. ¿Tienes algún sello?

-Desde luego -tenía los artículos básicos de la vida cotidiana en cantidades industriales, tal como haría la mujer eficiente-. Te los dejaré en la mesa del recibidor.

Y ¿Carol?

-¿Mmm?

-¿Puedo dejarte una copia de mi itinerario?

-Claro. Pero has mencionado Nueva York. Sólo dime dónde te vas a alojar.

-En el St. Regis -repuso-, pero hay más información que ésa. Números de los vuelos, a quién llamar en caso de...

-Y el traje con el que te gustaría ser enterrada -cortó Carol con un suspiro-.

Esperaré quince minutos antes de subirte la chaqueta -hizo una pausa, y cuando volvió a hablar, la voz había adquirido un tono nuevo-. Te va a encantar esta chaqueta.

Se preguntó si la voz de su amiga tenía un deje malicioso o si simplemente lo imaginaba. Al recoger la chaqueta del pomo de la puerta, descubrió que no lo había imaginado.

La estudió y luego, consternada, se la puso. ¿Había ganado peso? Carol y ella siempre habían tenido la misma talla. Pero esa chaqueta le ceñía la cintura, le alzaba los pechos y le potenciaba las caderas, terminando demasiado pronto, como para ocultarle el trasero, que Mallory consideraba la mejor razón para ponerse una chaqueta.

Sin duda la intención de su amiga había sido magnífica, pero tuvo la certeza de que jamás podría tener el valor de ponerse esa chaqueta. No obstante, no quería parecer desagradecida. La plegó y la colocó en el espacio libre de su maleta. Si ese anhelo demencial por el rojo duraba, en Nueva York se compraría una chaqueta apropiada.

Cerró el libro de su madre, lo sostuvo un momento en la mano y luego lo metió en la maleta. Llevarlo consigo sería como disponer de ajo para repeler la enfermedad o alzar una cruz para defenderse del diablo en su faceta humana.

Carter martilleó su escritorio con el bolígrafo, que sostenía igual

que solía sostener un cigarrillo. Había pensado que la pregunta del verde guisante había sido buena, pero por el titubeo de Mallory notó que ella pensaba que había sido una pregunta bastante estúpida y que probablemente así se lo habría dicho de no ser una chica muy educada.

Ya no era una chica. Era una mujer.

Metió todo en el maletín y fue a su apartamento, situado en Lake Shore Drive.

Estaba hecho un desastre. Le alegró marcharse y que el servicio de limpieza se ocupara de él antes de que regresara. Había olvidado recoger la pizza y tuvo que pedir una. No llegó hasta que terminó de hacer la maleta, de modo que la comió en la cama mientras veía las noticias.

Al terminar, intentó dormir. Al rato el agotamiento se apoderó de él y lo siguiente que supo fue que se encontraba en el aeropuerto esperando a Mallory.

¿Dónde diablos estaba?

Había llegado a la puerta de embarque a una hora que consideraba un cortés compromiso entre las ridículas exigencias de la compañía aérea y la realidad de la situación, pero ya llevaba allí quince minutos y no había rastro de ella.

Con más alivio del que quiso reconocer, la vio avanzar hacia él, alta, elegante, vestida toda de negro, con ese cabello rubio platino oscilando sobre los hombros.

Por lo que él sabía, era su color de pelo natural, y dio por hecho que, a medida que se hiciera mayor, realizaría una transición suave de rubio platino a gris. Apenas se notaría. En especial porque Mallory era una mujer que apenas se hacía notar.

Se puso de pie, comenzó a sonreírle y luego notó que fruncía el ceño al preguntarse por qué su corazón se había acelerado un poco. Se dijo que tenía que reducir los cafés.

Tenía tanta adrenalina bombeando por su cuerpo en todo momento, que apenas necesitaba la cafeína.

Era una mujer muy atractiva. El hombre que tenía enfrente la miró con ojos interesados cuando ella se situó entre los dos.

-Hola -fue todo lo que dijo Mallory.

La palabra salió de unos labios plenos y levemente rosados, con una voz rica y ronca. Algo al respecto, o quizá por cómo la seguía mirando ese hombre, hizo que la rodeara con un brazo y sintió que el corazón le daba un vuelco. Se dijo que era absurdo. Apartó el brazo de inmediato y comentó:

-Mallory, ¿qué te ha hecho llegar tarde?

-¡Tú has llegado tan pronto! ¿Cómo puedes trabajar aquí? Debes poder concentrarte mucho mejor que yo. Siempre espero hasta el

último segundo para presentarme ante la puerta de embarque, porque...

Cuando el hombre al fin volvió a centrar la mirada en el periódico que leía, Carter tuvo un recuerdo del motivo por el que no había tratado de hacerle el amor durante los años de facultad. Era evidente que ella no quería. Aunque la voz sonaba un poco jadeante, sin duda por las prisas, todo lo demás en ella decía «No tocar».

-Yo acabo de llegar -y en esa ocasión logró sonreír-. Supongo que te demoraste facturando las maletas.

-No -aseguró Mallory-. Esto es todo -señaló la maleta plegable.

Carter observó la maleta con curiosidad renovada. ¿Qué tenía ahí, prendas deshidratadas que se expandían en cuanto entraban en contacto con el agua? El fin de semana anterior se había llevado a Diana a Acapulco... a Diana y cuatro maletas...

y allí descubrió que estar con esa mujer era sumamente aburrido. Había sido un fin de semana desperdiciado, algo que lamentó, ya que disponía de muy pocos libres.

-¿Planeas ir de compras? -le preguntó. Con una simple mirada de esos ojos azul verdosos, tan pálidos como el pelo y el lápiz de labios, lo hizo sentir como el peor y más odioso machista.

-Claro que no. Voy a Nueva York a trabajar, no a hacer compras.

Se preguntó si era siempre así o sólo con él. Eso la convertiría en la única mujer del mundo que se comportaba de esa manera con él.

-Bienvenidos al vuelo cuatro, cero, tres de United Airlines -entonó una voz femenina-. Comenzaremos con el embarque de los pasajeros de Primera Clase y Premier.

Capítulo 3

En cuanto se acomodaran en el avión, iba a permitirse respirar. En cuanto se sentaron lado a lado en los generosos asientos de primera, comenzó a temer que nunca más podría volver a respirar.

Un pequeño abrazo y, los discursos que se había dado a sí misma la noche anterior, habían volado. Durante todos esos años había hecho lo correcto al esconderse en el otro extremo de la sala al verlo en reuniones profesionales. ¡En un cóctel podría haberla besado! El beso no habría sido más apasionado que el abrazo que le había dado, pero a su libido no parecía importarle en que estado se hallaba la de él. Un beso y habría caído sobre él como un *Bloody Mary* vertido. Ese primer contacto de la mano había revivido todos los anhelos juveniles con plena potencia.

Un palpitar pesado se asentó entre sus muslos. No era posible. Jamás sería posible, porque...

-¿Desea algo para beber antes del despegue, señor? -preguntó una auxiliar de vuelo. Los ojos líquidos se deslizaron suavemente por toda la extensión de Carter.

-¿Mallory? -la miró a ella, y no a la azafata.

-Cicuta -salió como un gemido suave. Carter y la auxiliar de vuelo la miraron-.

Avellana -dijo con rapidez-. Café de avellana si lo tienen.

-Me temo que no -fue la respuesta de la azafata.

-Un café corriente será perfecto -concedió-. Descafeinado -no podía aguantar otra sacudida. De nada.

-Zumo de naranja -pidió Carter tras una breve pausa-. No, que sea de tomate.

-¿Podríamos dedicar el tiempo del vuelo a hablar del caso? -le preguntó, sabiendo que sonaba circunspecta y carente de imaginación comparada con el bombón de uniforme-. Encenderé mi ordenador portátil en cuanto hayamos despegado para poder conectar con los interrogatorios.

-Oh, claro -convino él-, cuanto antes nos pongamos a trabajar, mejor.

Pensó que jamás había dicho palabras más veraces. El avión despegó con suavidad, pero sintió como si se hubiera visto arrastrado al interior de un tornado.

Sólo esperaba que lo soltara en un lugar seguro. Experimentó la extraña sensación de que con Mallory ya no se encontraba a salvo.

-¿Crees que es un enfoque que podríamos utilizar? Sé que es poco ortodoxo, pero podría funcionar en este caso en particular.

¿Qué diablos había estado diciendo mientras pensaba en ella?

-Ah, mmm.... Tendré que meditarlo -musitó, cayendo del tornado en un territorio extremadamente peligroso.

De hecho, directamente sobre hielo sólido. El hielo de sus ojos azules mientras lo miraba con expresión enojada.

-No me escuchabas.

-Mallory, Mallory -adoptó la expresión dolida que siempre había funcionado cuando se suponía que estaba seduciendo a una mujer y a cambio pensaba en un caso. Salvo que en esa ocasión era al revés-. ¿Cuándo no te he escuchado?

-Ahora mismo -afirmó ella.

Supuso que ella jamás olvidaría que sin la ayuda que le había prestado, habría fallado en el examen y probablemente habría abandonado la facultad de Derecho. La noche en que había estudiado con ella, lo había iniciado por el camino de la respetabilidad, pero ella jamás sería capaz de respetar su intelecto. Por eso nunca se había acercado a él. Mallory tendría que respetar a un hombre antes de sentir una atracción por él.

Se dijo que iba a tener que hacer algo para que cambiara la imagen que tenía de él. También sabía que sería duro ganársela. Por el momento, haría lo único que parecía apropiado.

Le sonrió.

Un instante volaba en línea horizontal por encima de las nubes, y al siguiente se veía transportada por su sonrisa hacia el espacio exterior. Esa sonrisa decía «mujer», no «abogada». Una extraña sensación se inició en la región de su abdomen... bueno, en realidad más abajo, y desde allí zumbó en todas las direcciones. Sentía el cuerpo caliente, húmedo y hormigueante mientras la boca se le resecaba.

También se le había quedado abierta. La cerró y luego volvió a abrirla.

-Lo que sugería era un poco de ironía en el proceso -manifestó. La voz le sonó alta a sus propios oídos, sin duda debido a la falta de oxígeno-. Como «¿Qué hay de malo en tener el pelo y las uñas de color verde guisante? Los adolescentes pagan mucho dinero por teñirse el pelo de verde».

La sonrisa de él se amplió. Aunque menos sugerente, incrementó el efecto que surtía en ella.

-Es una línea de defensa original -dijo Carter. Su voz parecía haberse tornado más profunda y suave. Sonó como el ronroneo de un motor Rolls-Royce-. Yo diría

«Señora, el pelo verde le quita treinta años de encima».

-Entonces le dedicas esa sonrisa cautivadora y ganamos el caso.

Se sintió consternada al ver que la sonrisa desaparecía y que apretaba los labios.

Durante un momento, había creído que al fin había provocado en él una reacción hombre-mujer; pero, de algún modo, la había apagado

con la misma celeridad con que se podía apagar una batidora. Se preguntó qué diablos habría dicho.

Ahí estaba, la primera pista de que le habían asignado ese caso por sus habilidades personales, no profesionales. «No, maldita sea, no pienso hacerlo de esa manera. Presentaré un argumento irrefutable y ganaremos el caso. Mejor aún, aplastaré los testimonios de los demandantes y suplicarán llegar a un acuerdo en vez de ir a juicio».

Carter no podía imaginar por qué permitía que lo afectara de esa manera. Había sido el cuarto de su clase. Rendell & Renfro era una firma prestigiosa. Ya lo habían hecho socio, el más joven que habían tenido. No necesitaba una «sonrisa cautivadora» para realizar una buena defensa de Sensuous. ¿Por qué no podía reconocerlo Mallory?

La miró teclear en su ordenador portátil y se hizo un juramento. Podía tener sexo con un montón de mujeres. Lo que quería de esa mujer era su respeto, y lo conseguiría mientras trabajaban juntos en ese caso, costara lo que costara.

-Si tú te ocupas del taxi y del botones, yo nos registraré -le dijo Carter cuando pararon delante del hotel St. Regis. El vuelo había sido interminable. Cuanto antes Mallory y él estuvieran en habitaciones separadas, mejor. Entró en el vestíbulo imponente del hotel y se dirigió a la recepción-. Compton y Trent -le dijo a la mujer vestida con un traje azul marino que lo saludó.

-Sí, señor Compton -dijo después de haber tecleado las suficientes veces como para haber escrito un cuento corto-. Tenemos una suite estupenda para usted.

Lo miró como lo hacían todas las mujeres... con expresión especulativa.

Carter respondió con una tarjeta de crédito.

-¿Y para la señorita Trent?

Los dedos de la mujer avanzaron con lentitud. La seguridad que había exhibido hasta ese momento pareció flaquear.

-Usted y ella van a compartir la suite -repuso al final-. La persona que realizó la reserva dijo...

Demasiado tarde, Carter recordó lo que le había dicho a Brenda. «Es Mallory.

Haz lo que te suene más apropiado«.

Lamentando profundamente su metedura de pata, se inclinó sobre la recepción.

-He cambiado de parecer -siseó, mirando atrás y viendo que Mallory se aproximaba-. Déle la suite a ella y encuentre otra habitación para mí.

-Oh. ¿Se han peleado en el avión? -a la recepcionista se le iluminó la cara.

El apretó los labios.

-No. Somos compañeros de trabajo. Creo que lo mejor es que tengamos cierta intimidad después de trabajar juntos todo el día.

Sus palabras se vieron seguidas por un torbellino en el teclado.

-Lo siento, señor Compton -anunció la mujer al final-, pero esta semana estamos llenos. Es la convención, ¿sabe? Hay cientos de delegados en la ciudad.

-¿Qué convención? -ladró Carter. Le robaría una habitación a un miembro demasiado borracho como para notarlo.

-De la Asociación Nacional del Rifle -alzó la vista del teclado.

-Oh.

Mallory apareció junto a él.

-¿Necesito firmar por mi habitación? -preguntó.

-Mi secretaria nos reservó una suite -indicó Carter-. Cuartos y baños separados con un salón que podemos emplear como oficina. ¿Te parece bien?

Se puso pálida y él supo que no le parecía bien. Se puso rígido y esperó que lo hiciera salir por la puerta de la entrada.

En absoluto le parecía bien. Pero no por las causas que probablemente él se imaginaba. Ella había considerado que ya había pasado lo peor, que en un breve tiempo estaría en su habitación personal, con el ordenador portátil encendido y sin ninguna necesidad terrenal de torturarse con la visión de Carter hasta el día siguiente. Se saltaría el almuerzo, dedicaría la tarde al trabajo, se daría una ducha larga y fría, pediría que le subieran la cena a la habitación, se acurrucaría bajo la ligera bata de viaje y pasaría la velada en una espléndida soledad.

¿Y si él sugería que cenaran juntos? ¿Y si al sugerirlo le sonreía?

Las rodillas estuvieron a punto de cederle.

-¿Te encuentras bien? -le preguntó Carter.

-Perfectamente -mintió. Lo único que necesitaba era tiempo a solas para prepararse para el día siguiente.

La cabeza le daba vueltas. Se estaba volviendo loca.

No podía enloquecer. Los Trent encaraban las situaciones; no se volvían locos.

¿Qué diablos le sucedía?

Contó hasta diez a toda velocidad.

-Estoy bien y la suite es perfecta -musitó-. Será conveniente para trabajar hasta tarde en el caso.

-Será como estar otra vez en la facultad de Derecho, estudiando juntos toda la noche -indicó Carter.

Lo que menos deseaba Mallory era que se pareciera a aquellas noches en que sólo existió el trabajo.

-Aquí tienen las llaves -dijo la recepcionista-. El botones subirá en seguida con sus maletas.

-Les mostraré la suite -anunció el botones-. Aquí tienen el termostato...

En ese momento Mallory salió de su habitación para colocar el ordenador portátil sobre la mesa del salón. Se había quitado la chaqueta y llevaba una blusa negra sin mangas metida en los pantalones del mismo color. Aunque los pantalones eran amplios, le sentaban de maravilla. Y tenía brazos realmente bonitos. Que tentaban a acariciarlos. Brazos por los que subir y bajar las manos.

Notó que también el botones miraba a Mallory, olvidada ya su perorata. Apartó la vista de ella y volvió a mirarlo a él.

Y aquí -graznó el joven-, tienen la cocina.

Su voz continuó con la exposición. De hecho, Carter estudió el lugar. Había esperado un salón en el centro y una habitación a cada lado... la típica suite. Pero ahí había pasillos, arcos y entradas ocultas.

Estaba decorada con motivos florales, terciopelo, alfombras orientales y candelabros de cristal. Era un hogar lejos del hogar... no tan grande como su casa, pero mucho más ordenada, sin sus cosas diseminadas por todo el lugar.

Iba a estar encerrado ahí durante muchas noches, con una mujer que acababa de descubrir que era mucho más bonita y sexy que lo que había recordado. La oleada de calor que inflamó su ingle lo sobresaltó. De Mallory anhelaba respeto, y desde luego no iba a obtenerlo como intentara seducirla.

-... hay servicio de habitaciones las veinticuatro horas del día -concluyó el botones-. Jamás tendrán que dejar la habitación si no lo desean.

Ante la mirada penetrante que le lanzó Carter, añadió:

-Oh, pero querrán hacerlo, y el St. Regis ofrece la mejor cena de Nueva York.

Está el restaurante de cinco estrellas en la...

Carter sacó un billete y lo extendió en la dirección del otro.

-Oh, no hace falta, señor -dijo el hombre, secándose el sudor de la frente-. Ha sido un placer. ¿Puedo traerles hielo? ¿Algunas toallas adicionales?

Metió el billete en el bolsillo de la pechera del botones.

-Si se marcha, será una buena idea -dijo. Con numerosos «sí, señor», el hombre retrocedió hasta dejar la habitación.

-¿Qué le has hecho a ese pobre hombre? -preguntó Mallory, asomando la cabeza por la puerta de su habitación.

-Lo amenacé con dispararle con una pistola no registrada -respondió.

-¿Qué?

-Sólo bromeaba. ¿Quieres comer algo?

-No, gracias. Almorcé en el avión -pareció pensativa-. No fue

bueno, pero sí suficiente.

-Sí... -también él se sentía pensativo-. No te importará cenar sola, ¿verdad? He concertado algunas citas, con mujeres a las que conozco desde hace tiempo, pensé que se sentirían dolidas si no las llamaba. Para empezar, Athena esta noche y Brie mañana.

-¿Y Calpurnia el jueves por la noche? ¿Cuál es tu plan, empezar por la A y descender por el alfabeto entero? -se obligó a sonreír como si bromeara.

Él se ruborizó.

-Mmmm, sí.

-Quizá alcancemos un acuerdo con los demandantes, antes de que llegues a Zelda -debería haberlo imaginado. ¿Es que había pensado que la invitaría a cenar con él? De lo contrario, ¿de dónde salía su decepción?-. Claro que no me importa -mintió-

Que compartamos la suite no debe obligarnos a creer que debemos pasar algo de tiempo juntos socialmente.

-No quería dar a entender... Quiero decir... mi intención...

-De hecho, yo también tengo planes para esta noche -dijo. «Mientras tú te revuelcas con Athena, yo tomaré comida extraña con mi hermano extraño». La última vez que había visto a Macon, le había entusiasmado la cocina tibetana. La había descubierto en Internet.

-¿Vas a salir?

-Sí. Y también saldré otras noches. Así que no pienses que voy a ponerle trabas a tu estilo de vida. Estamos aquí para trabajar juntos -resumió.

Luego giró en redondo y regresó a su habitación. Al marcar el número de Macon, recibió el mismo consejo que la noche anterior, que le enviara un correo electrónico. Conectó el portátil a la red telefónica y abrió su correo.

Y ahí encontró un mensaje de Macon: *querida mallory en este momento no me encuentro en nueva york estoy en pennsylvania lo siento ya nos reuniremos en otra ocasión*.

Sin mayúsculas, sin puntuación. Y sin firma. No sentía la necesidad de firmar un correo electrónico cuando su nombre completo figuraba en la dirección.

De modo que Macon no estaba para proporcionarle una excusa para salir esa noche, o un medio para competir con Carter por el premio a la «Vida Nocturna Más Activa»

Se hallaba en medio de un profundo suspiro cuando la voz de Carter atronó desde ninguna parte.

-¡Mallory! -gritó a través de la puerta cerrada.

-¡Qué!

-Olvidé traer calcetines.

Clavó la vista en la puerta un minuto.

-Yo no tejo.

Oyó un sonido similar al bufido de un toro. Pensó que si hubiera leído los libros de su madre, no se habría olvidado los calcetines. Le prestaría su ejemplar autografiado. Abrió la puerta para que no tuvieran que gritarse.

-Me voy a Bloomingdale's a comprar unos pares. Me preguntaba si habías olvidado algo y querías acompañarme.

Fue su turno de quedar sorprendida.

-Oh. Gracias, yo... -«claro que no he olvidado nada. Jamás olvido nada. Cuando haces una lista adecuada...». Claro -aceptó-. Iré contigo. Puede que encuentre algún regalo de navidad en la sección de hombres.

Sintió que ardía por dentro. De hecho, jadeaba. Carter la había invitado a salir.

«Te pidió que lo acompañaras a Bloomingdale's. Cálmate».

Por primera vez se le ocurrió pensar que no era menos discapacitada socialmente que su hermano. Debía de tratarse de alguna influencia de su infancia.

Por otro lado, dominaba la organización y la eficacia como muy pocas personas podían alardear de hacerlo. Salvo que empezaba a preguntarse si era algo de lo que vanagloriarse.

Quince minutos más tarde, Carter elegía calcetines al azar de la amplia colección de la sección de hombres en la primera planta de Bloomingdale's. Mallory mantenía un ojo en él mientras dudaba entre un jersey negro de cachemira de cuello vuelto y uno de cuello en V beige para Macon.

Cuando volvió a mirarlo, había construido una tambaleante torre de calcetines cerca de la caja. Ya no pudo soportarlo más. Con el fin de proporcionarse un motivo legítimo para ir también a la caja, agarró un jersey sin siquiera mirarlo.

-¿Carter?

-¿Mmmm? Siete, ocho, nueve...

-¿Esto será todo, señorita? -un dependiente joven e impecable se materializó ante ella y le quitó el jersey de las manos.

-Sí, gracias -comentó distraída, y sacó su única tarjeta de crédito de su bolso de mano-. Carter -repitió-, si me permites hacerte una sugerencia, en realidad sólo necesitas un par.

Con los calcetines apretados en el puño, se detuvo, giró la cabeza y la miró. La sonrisa que le dedicó no fue cálida, y el vendedor que lo ayudaba puso una expresión venenosa cuando la miró.

-Tal como yo lo veo, necesito una docena.

-No si lavas un par cada noche.

Su mirada se intensificó y sus palabras salieron más pausadas:

-¿Y por qué querría hacer eso?

-Porque es... -titubeó-. Es más eficiente. No tendrás que llevarte todos esos calcetines en la maleta. No tendrás que guardar tantos calcetines extra en casa. Y si compras calcetines iguales, podrás formar pares nuevos cuando alguno tenga un agujero.

-Pero tendré que lavar calcetines cada noche.

Parecía estar más cerca de ella que unos segundos atrás. Las palabras fueron soplos de aliento sobre su mejilla.

Tuvo que obligarse a mantener el contacto visual.

-Sí, así es.

-Si compro una docena, cuando me queden sólo cuatro pares, mandaré los demás a la lavandería del hotel.

La voz vibró por su columna vertebral cuando se acercó medio paso más. No era la dirección que había querido que tomara la conversación, pero no quería que terminara.

-Compara el coste dijo después de tragar saliva- de una docena de pares, más la tarifa de la lavandería, con el de un par que tendrás que lavar -molla misma se sintió como unos calcetines aclarándose en las aguas azules de sus ojos.

-Me cambio cuando salgo por la noche. Eso significa que tendré que lavar dos pares cada noche.

-Bueno, sí.

-¿Y si no están secos por la mañana?

-Lo estarán si los estrujas bien y les extraes casi toda la humedad envolviéndolos en una toalla, pero si te preocupa tanto eso, quizá necesites tres pares.

La miró largo rato, derritiéndola con sus ojos, con la boca apenas a unos centímetros de la de ella... hasta que se dio la vuelta.

-Póngalos todos -le dijo al vendedor.

Mallory sintió que su columna vertebral se convertía en gelatina. Vio que el vendedor de Carter le dedicaba una expresión llena de triunfo. Por el rabillo del ojo vio que su propio vendedor guardaba un jersey anaranjado con rayas azules diagonales en una caja de regalo. Su visión la aturdió. ¿Cómo había llegado a elegir ese jersey? Lo más probable era que Macon terminara por creer que había perdido el juicio.

Lo cual era verdad. No sólo eso, sino que había vuelto a estropearlo con Carter.

No tenía ni idea de cómo lograr que la viera como una mujer.

Mientras firmaba la tarjeta navideña para Macon, Carter se marchó con su bolsa llena de calcetines. Se preguntó por qué la madre de él no le había enseñado unas pocas cosas básicas sobre cómo hacer las maletas para los viajes. Quizá tuviera una madre que sabía otras cosas, como qué aria pertenecía a qué ópera.

En algún momento antes de la navidad, le pasaría su ejemplar del

libro de su madre. Pero no pudo imaginarlo leyéndolo. No pudo imaginarlo saliendo con una mujer que leía los libros de su madre.

Sintió que el estado de ánimo se le tornaba sombrío como el cielo de la tarde.

Cuando se reunió con Carter ante un expositor de camisas espantosamente caras, su vivacidad la deprimió.

-Dios mío, ¿puedes creer lo que la gente llega a pagar por estas cosas? Yo una vez lo hice. Tenía veinticinco años antes de averiguar que podías encargar una camisa en Land's End por cuarenta dólares que era exactamente igual que ésta

-señaló una camisa de rayas azules y blancas con cuello y puños blancos-. ¿Hemos terminado aquí?

-Sí -respondió, preguntándose si sabía que las rayas de la camisa hacían juego con el color de sus ojos. Le quedaría fantástica.

-¿Qué te parece si vamos a ver a Santa Claus? -sugirió Carter-. A mí me gustan las navidades. ¿Y a ti?

-Por supuesto.

Cuando llegaron donde estaba Santa Claus, Carter la animó a acercarse y a sentarse en su regazo.

-¿Qué quieres para Navidad? -le preguntó Santa Claus.

Y de pronto supo lo que quería para Navidad. Lo supo con una seguridad que no dejaba lugar a dudas. Haría que Carter la viera como una mujer, una mujer femenina, deseable e irresistible, o moriría en el intento.

-Lo quiero a él -susurró al oído de Santa Claus-. Quiero a Carter de regalo. Y

necesito una nueva imagen más sexy.

-Sé exactamente dónde enviarte -sacó una tarjeta de su bolsillo y se la dio-.

Llama a este número de teléfono. Feliz Navidad.

Capítulo 4

De regreso al hotel, Carter se mostró inusualmente silencioso. Aunque Mallory tampoco habría podido oírlo si hubiera estado hablando. Al salir de Bloomingdale's se encontraron con las calles atestadas de coches y las aceras llenas de gente de compras.

Con ojos entrecerrados, captó las miradas que las mujeres le lanzaban a Carter a medida que éste se abría paso sin esfuerzo entre la multitud, mientras los copos de nieve moteaban su gabardina azul marino y su pelo negro; Mallory tenía que esforzarse para seguir su ritmo.

De vez en cuando echaba un vistazo en su propia bolsa con el jersey para Macon. Anaranjado. Rayas azules. Experimentó un escalofrío. ¿Qué iba a hacer con un...?

«Guardad los recibos al menos tres meses. Nunca se sabe cuándo vais a tener que devolver un regalo inapropiado o un artículo defectuoso, o exigir que un trabajo que no se ha hecho bien se complete con competencia».

Otra vez Ellen Trent. Una de las principales reglas para una vida bien dirigida.

En ese momento, la invadió la preocupación de haber olvidado el recibo.

Con disimulo, comenzó a tantear en la bolsa. Cuando Carter lanzó una mirada en su dirección, suspendió la búsqueda, para reanudarla cuando dejó de mirar. No quería que supiera que la obsesionaba un recibo ni que descubriera que había estado lo bastante nerviosa como para comprar un jersey que ya pensaba en devolver.

Al final metió la mano hasta el fondo de la bolsa, donde las puntas de los dedos enguantados atraparon el extremo de un papel.

El recibo. Lo miró, se quedó boquiabierta y se detuvo en seco en la esquina de la Cincuenta y Nueve. La multitud se abrió como el Mar Rojo y le lanzó miradas desagradables al rodearla. Carter, que había estado a punto de girar la esquina, se separó de la manada y se abrió paso de vuelta hasta ella.

-¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas? -preguntó mientras ella giraba en redondo.

-De vuelta a Bloomingdale's -respondió.

La observó un momento.

-Te atraen los Santa Claus, ¿verdad?

Los copos de nieve remolinearon en el aire y se posaron en sus pestañas; parpadeó con fuerza para quitárselos. Al ver que él tenía la vista clavada en ella, repitió el movimiento, en esa ocasión con gesto deliberado.

-Es posible.

Lo vio apretar la mandíbula.

-Te veré en el hotel.

-Puede que hayas salido con Athena cuando vuelva, así...

-¿Quién? Oh, Athena.

-Así que deberíamos decidir ahora una hora para quedar por la mañana.

-Tenemos que estar en el despacho de Phoebe Angell a las nueve. ¿Qué te parece si vamos a desayunar a las siete y media?

-Estaré lista. ¿Habrás llegado al hotel por ese entonces? -preguntó.

La miró otra vez unos momentos antes de decir:

-Es posible -con un ligero gesto de la mano, se despidió de ella para unirse al rebaño que avanzaba hacia el este, en dirección al St. Regis en la Quinta Avenida.

Lo observó irse, alto entre la multitud, con paso seguro. No le extrañó que hubiera pagado cuatrocientos veinticinco dólares más impuestos por el jersey más feo del universo. La proximidad con Carter le dificultaba recordar cualquier cosa, incluso cómo gastar el dinero con inteligencia.

«Todo el mundo debería tener un presupuesto y ceñirse a él. Las preocupaciones financieras reducen la eficacia y....»

-Cállate, madre -musitó, y se dirigió entre la multitud a Bloomingdale's.

-Recupero mi fe en la humanidad -dijo el dependiente cuando devolvió el jersey. Lo recogió con dos dedos y con una expresión de disgusto en la cara lo guardó-. Buena decisión.

Al salir de la sección masculina, aminoró el paso. Realmente no quería volver a la suite. Escuchar a través de la puerta cerrada cómo Carter se preparaba para su cita con Athena sería deprimente. Fingir que ella se preparaba para una cita imaginaria sería aún más deprimente.

Despacio, sacó del bolsillo la tarjeta que le había dado Santa Claus. Ponía: *M.*

Ewing. ImageMakers.

Frunció el ceño. Las palabras estaban grabadas sobre un papel grueso y caro. La dirección era en el Upper East Side, un distrito de viviendas y locales caros.

Mallory sabía lo que hacía un creador de imagen. ¿Era eso lo que necesitaba?

¿Alguien que la ayudara a mostrarle al mundo exterior que era una mujer... una mujer apasionada?

No importaba el mundo exterior. Tenía la mira puesta en una única persona.

Había fijado su objetivo. Lo que necesitaba en ese momento era justo un creador de imagen que la cambiara de la noche a la mañana. Si M.Ewing resultaba ser un charlatán, ¿qué podía perder? ¿Unos

pocos cientos de dólares? Que de todos modos había ahorrado al devolver el jersey. Sin pensárselo dos veces, se metió en un rincón entre artículos de Channel y marcó el número que aparecía en la tarjeta.

-ImageMakers -ronroneó una suave voz masculina-. Le habla Richard Gifford.

¿En qué puedo ayudarle?

La voz encajaba con la tarjeta.

-Me gustaría solicitar una cita -su tono se equiparó al de su interlocutor en ecuánime profesionalismo-. Es decir, si el señor o la señorita Ewing reciben a clientes por las noches, porque sólo estoy disponible en ese horario.

-La señorita Ewing recibe a los clientes cuando a estos les viene bien -reinó una pausa-. Su siguiente horario disponible para la noche es para el nueve de febrero.

¿Quiere que...?

Se preguntó por qué había dado por hecho que podría conseguir que la cambiaran en un abrir y cerrar de ojos.

-Lo siento -dijo-, pero estoy de paso aquí y...

-¿Quién le ha dado nuestro teléfono? -el interés del hombre pareció acrecentarse.

-Santa Claus.

-Bien. La señorita Ewing ha tenido una cancelación repentina. Puede recibirla esta noche. De hecho, ahora mismo. ¿Cuándo la esperamos?

Mallory se sintió aturdida y algo intimidada. Pero se había comprometido con un cambio de imagen y no iba a dejar que la dominara la cobardía.

-Soy afortunada -manifestó-. Estaré allí... -miró el reloj. La tarde había volado-.

Estaré allí a las siete.

No estaba lejos. Con diez minutos tendría suficiente. Salió de Bloomingdale's, pero en la calle se detuvo, dio media vuelta y regresó a toda velocidad a la sección masculina. Unos minutos más tarde, había pagado ciento sesenta y cinco dólares por una camisa de rayas azules y blancas de un tamaño muy grande.

También había agotado siete de sus diez minutos. «La puntualidad es clave para el éxito en la vida. Llegad cuando digáis que vais a llegar, y daos un margen para un posible atasco en el tráfico, algo que no podéis controlar...»

-Madre -musitó mientras metía la tarjeta de crédito en el bolso-. Ya te lo he dicho. Déjame en paz.

Aunque sabía que la Calle Sesenta y Siete con la Quinta sería una zona de casas bonitas, no estaba preparada para una mansión. Típica

residencia de Manhattan, era pequeña para los tamaños habituales de las mansiones. Se arrebujó en su abrigo de cachemira negro y subió hasta las enormes puertas dobles.

No había buzones ni timbres, ninguna lista de médicos, dentistas o psicólogos que hubieran convertido esa otrora orgullosa residencia familiar en su consulta profesional. Parecía no haber más alternativa que recurrir a un llamador de latón con forma fálica que se golpeaba sobre dos bolas metálicas. Comenzaba a cuestionarse la sabiduría del paso dado cuando la puerta se abrió y la gloriosa figura de un hombre dijo:

-¿Le gusta el llamador? Yo mismo lo elegí -sin esperar una respuesta, añadió-: Pase. La señorita Ewing la recibirá de inmediato.

-Pero yo...

-Me encargaré de su abrigo.

-Gracias. Yo...

-Sígame, por favor.

Rindiéndose, lo siguió a través de un recibidor enorme, a través de un suelo de mármol, iluminado por una resplandeciente araña de cristal, más allá de una escalera amplia y algunos muebles que daban la impresión de que deberían exhibir carteles de *No Se Toca*. Richard abrió las dos mitades de una alta puerta francesa.

-La señorita Trent desea verla -anunció antes de guiar a Mallory delante de él.

-Hola, encanto -dijo una voz-. Pasa y siéntate.

Un vistazo a la mujer que había detrás del escritorio y supo que se hallaba en el lugar equivocado. Giró con la intención de huir, pero Richard le bloqueó el paso.

Giró otra vez.

-¿Sabe? -comenzó con voz trémula-, quizá no sea lo más apropiado por mi parte dar este cambio en un punto extremadamente ocupado de mi vida.

- *Au contraire* -afirmó la señorita Ewing, arrastrando las palabras-. A mí me parece que ha llegado aquí justo a tiempo.

Arrastrando los pies, Mallory se dirigió al sillón que había frente al escritorio.

Era un sillón normal, y se sintió mejor al sentarse. Por otro lado, la mesa era un alarmante conjunto de ramas y cuernos, coronada por una plancha de piedra que daba la impresión de que debería haber aplastado el escritorio en el momento de su instalación.

La señorita Ewing era una mujer diminuta con una enorme cabeza de pelo rubio engominado y lacado. Mitad mujer, mitad cabello. Su rostro era delgado y de facciones marcadas. Los ojos, enormes y azules, la sorprendieron con su destello de inteligencia. Y la boca, un corte estrecho de color rosado sobre un rostro bronceado y curtido, se

alzaba en las esquinas. Podía rondar los cincuenta años o los noventa.

Costaba decidirlo.

«Es una casa de prostitución y acabo de conocer a mi primera madame».

Como si las piernas tuvieran muelles, Mallory se tensó, preparada para la acción. Pero primero debía distraer a la mujer de la que era su primera intención: huir.

-Qué mesa tan interesante, señorita Ewing -dijo, adelantando el torso.

-Maybelle, encanto, sólo llámame Maybelle, y por el amor del cielo, relájate.

Tienes el aspecto de alguien a punto de huir.

Sorprendida como una ladrona de tiendas con un rimel escondido en la manga, trató de parecer menos obvia. Sin dejar de mirar a Maybelle, tuvo que reconocer que la sencilla chaqueta negra de la mujer parecía cara. Lo único que podía ver de la blusa que llevaba debajo, era el escote de algo con un motivo de piel de serpiente.

Eso no tenía nada alarmante.

-¿Quieres un poco de café?

-¿Tiene descafeinado?

La mujer suspiró.

-Otra de esas. Estos jóvenes -comentó, luego chilló-. ¡Dickie! -luego continuó con su tono nasal normal-. Eres capaz de quedarte despierta toda la noche, pero te asusta la cafeína.

Richard reapareció.

-¿Ha llamado? -preguntó con elocuencia.

-Tengo otra bebedora de descafeinados. Prepáranos una cafetera, ¿quieres, cariño?

-Ya está haciéndose -respondió Richard, o Dickie-. Maybelle, te dije que no iba a querer tu brebaje cargado.

Maybelle lo miró con expresión descontenta mientras desaparecía, silencioso como un gato.

-Ya nadie quiere café de verdad -comentó.

Mallory comenzó a preocuparse otra vez. Sus buenos modales le indicaban que debía quedarse el tiempo suficiente para la taza de café que acababa de pedir, pero no más tiempo, y había un par de cosas que debía aclarar antes de revelar algo de sí misma a esa supuesta creadora de imagen, que parecía como si ella misma necesitara un cambio.

-¿Cuánto cobra por sus servicios?

-Todavía no es necesario que hablemos de eso -indicó Maybelle con un movimiento de una mano llena de diamantes.

Mallory oyó un carraspeo, y luego apareció Richard, que se situó detrás de Maybelle como si fuera un guardaespaldas.

-La señorita Ewing cobra cien dólares la hora y prefiere ver a las clientas nuevas a diario durante la primera semana, espaciando las citas en las semanas subsiguientes -entonó como si fuera una grabación-. La verá cada noche a las siete y a las cuatro los fines de semana hasta nuevo aviso. Una clienta típica, puede esperar una factura de unos dos mil dólares. ¿Leche y azúcar? -añadió, rodeando la mesa con la bandeja de plata que había estado sosteniendo mientras proporcionaba la información.

-Solo, gracias.

Maybelle sonrió.

-Vaya, aún queda algo de esperanza para ti.

Mallory frunció el ceño. Había una cosa más que tenía que saber.

-¿Qué clase de preparación posee para este negocio? -preguntó, esforzándose por decirlo con amabilidad, como si sólo le interesaran los antecedentes de Maybelle.

-¿Preparación? -rió Maybelle con estridencia-. No hace falta que te preocupes por eso, cariño. Me preparé en un montón de cosas. Mira los diplomas -con el pulgar señaló por encima del hombro mientras Richard abandonaba la habitación.

Mallory tomó el asa de una exquisita taza de porcelana como si fuera la única pieza a la vista después de un naufragio, y dirigió la mirada hacia la pared detrás de Maybelle. Estaba llena de diplomas enmarcados en dorado.

Entrecerró los ojos. Los diplomas se podían falsificar con facilidad. Tenía la poderosa impresión de que la mujer que había detrás del escritorio no titubearía en comprar diplomas a granel.

-Además -decía Maybelle-, mírame -se puso de pie.

Ese era el problema. Mallory la estaba mirando. La mujer no debía medir más de metro cincuenta, y debajo de la elegante chaqueta negra vio unos vaqueros claros y un par de botas con tacón de color negro, con flores amarillas y púrpura.

Mallory parpadeó, vaciló, dejó el plato en el borde de la mesa y se incorporó, sin dejar de sostener la taza por su delicada asa. Con cuidado rodeó la mesa para unirse a Maybelle junto a la pared.

Muchos de los diplomas procedían de escuelas por correspondencia y declaraban que había concluido con éxito cursos en una asombrosa variedad de campos, desde las matemáticas hasta la cerámica.

-No les prestes atención -Maybelle los descartó con un gesto displicente de la mano. Los diamantes enormes de sus anillos proyectaron arco iris por el techo alto de la habitación-. Tomé esos cursos para pasar el rato y educarme a la muerte de Hadley. Mi marido -explicó.

-Lo siento dijo Mallory.

-Yo también lo sentí, y me aburrí mucho sin tener a alguien con

quien pelearme

-avanzó a lo largo de la pared, seguida de Mallory.

Ahí había diplomas escritos en caracteres chinos y uno de la Escuela de Diseño Parsons.

-¿Ha sido diseñadora de interiores? -preguntó, mirando otra vez el escritorio.

-Oh, sí. Fue ahí cuando más me divertí.

-Además de ser un campo lucrativo.

-No -Maybelle se mostró reflexiva-. El dinero jamás me interesó mucho. Sin embargo, me aburro con facilidad, de modo que lo siguiente que saqué fue un doctorado en Psicología Clínica...

El café se vertió sobre los únicos pantalones negros de Mallory.

-... para saber a lo que vosotros, los jóvenes, os enfrentáis en el mundo de los negocios. ¿A qué campo profesional has dicho que te dedicabas?

El doctorado era de la universidad Johns Hopkins.

-Soy abogada -respondió con más humildad.

-Puede que sea el siguiente diploma que consiga declaró Maybelle-. La media naranja de Dickie está involucrado en una demanda con un montón de gente, y he de decirte que el abogado que los lleva se va a forrar cuando acabe todo.

Mallory se puso tensa.

-Ah, ¿qué clase de demanda?

Maybelle regresó al escritorio y Mallory volvió a seguirla.

-Sucedió algo descabellado -comenzó mientras se sentaba-. Tiene el gusanillo del mundo del espectáculo, e iba a una audición para un papel en el que querían a un pelirrojo... No podía ser. Era imposible.

-Ahora que hemos llegado a conocernos, ¿te importa si me quito la chaqueta?

-Maybelle se interrumpió a sí misma, quitándosela sin aguardar una respuesta.

-Por supuesto que... -miró la camiseta que había debajo de la chaqueta- no -no exhibía el habitual motivo de piel de serpiente. Retrataba a una pitón enroscada en torno al cuerpo flaco de Maybelle, con la cabeza bajando por un hombro.

-... y ese líquido le tiñó la cabeza de verde.

-¡No! -exclamó, quebrando el contacto visual con la pitón al darse cuenta de que tenía algo mucho peor que una serpiente de lo que preocuparse.

-Oh, sí -corroboró, malinterpretando la reacción explosiva de Mallory-. Y es muy minucioso en eso del desarrollo del personaje, ¿sabes? De modo que no sólo se tiñó el pelo de la cabeza, no señor. Se tiñó todo, si entiendes por dónde voy.

Mallory, sentada en el mismo borde del sillón, preguntó:

-¿Quiere decir que...?

-Quiero decir que durante un tiempo hasta sus genitales fueron verdes

-respondió Maybelle-. Y quiero asegurarte que estaba muy disgustado -hizo una pausa momentánea-. Tienen un apartamento aquí, en la casa. La conversación a veces se vuelve muy personal.

-Maybelle, hay algo que debo decirle -comenzó Mallory. ¿Cómo iba a poder ayudarla si tenía un conflicto de intereses?

Maybelle se adelantó.

-Desde luego, y aquí estoy yo hablando de otras cosas. Todas venís en busca de ayuda. Mallory sopesó sus opciones. Esa mujer podía estar chiflada, pero tenía todos esos diplomas y esos diamantes, y poseía ojos inteligentes. ¿Por qué debía saber que estaba en el bando contrario en la demanda de su inquilino? Sólo porque ella se sentía moralmente obligada a contárselo. Pero, ¿por qué? Si Maybelle estuviera involucrada en el caso, sería diferente, pero...

Mientras su mente daba vueltas en círculos, Maybelle continuó:

-No sé qué es lo que te preocupa tanto. Eres bonita. Eres inteligente. ¿Qué quieres cambiar?

¿De lugar? ¿Volver al hotel y recordar esa experiencia únicamente como una velada interesante? Después de sopesar todas las pruebas, la conclusión a la que llegó fue que en el transcurso de un día trascendental, había pedido algo a Santa Claus, se había presentado allí, había empleado una aldaba fálica y no había huido.

Quizá nunca volviera a mostrar ese valor. «Es ahora o nunca».

-A mí -susurró-. Quiero cambiarme, desde dentro.

Capítulo 5

-La boda fue un éxito -comentó Athena-. Tenía que competir con todas esas esnobs con que se acompaña la princesa y sabía que no había un diseñador en la faz de la tierra que las impresionara, de modo que bajé a la Cuarenta Oeste y compré toneladas y toneladas de chifón de seda en distintos colores, y entonces...

«Quizá se hizo la liposucción y por accidente le succionaron el cerebro junto con la grasa». Carter forzó una sonrisa dedicada a la mujer que tenía sentada frente a él en Le Bernardin. Athena medía un metro ochenta y estaba aún más flaca que la última vez que la había visto, cuando había pesado unos cuarenta y cuatro kilos. La cena que no estaba tomando, le iba a costar, tranquilamente, unos doscientos cincuenta dólares.

-... Instituto de Moda, y la enrolló a mi alrededor como si fuera una toga -hizo una breve pausa-. Más o menos como una toga, porque las togas por lo general son blancas, ¿verdad? Pero esta no lo era... esta era de todos esos colores que yo había elegido, de modo...

«Gracias por aclarármelo». Trató de imaginar que mantenía una conversación de ese estilo con Mallory, pero no pudo. «Me pregunto con quién habrá salido.

¿Alguien a quien conoce desde hace tiempo? ¿Un amigo de la familia? ¿Un pariente?»

Era verdad que Mallory y él habían mantenido una conversación sobre calcetines. ¿Qué sentido había tenido toda esa escena? Se había acercado con aire remilgado para interferir en su compra de calcetines, como si supiera mejor que él los que iba a necesitar... y al tenerla allí de pie, bastante irritado con esa actitud de sabidilla, había experimentado el impulso extraño de besarla. Cuanto más cerca había estado, más fuerte el impulso. Había tenido que controlarse para no besarla en la tienda.

-Cuando esa anoréxica de Simonetta me vio, chilló. Luego se me acercó corriendo y me dijo: «¿Quién te hizo ese vestido tan divino?», pero lo dijo en italiano, y yo pensé que intentaba atacarme por haber subido la oferta por aquel apartamento que ella quería, así que me enfadé de verdad y estuve a punto de tirarle del pelo, pero Fernando se presento justo a tiempo y me tradujo al inglés lo que había dicho...

-¿Postre? -preguntó, con la esperanza de no sonar tan desesperado como se sentía.

-En cuanto termine de contarte -respondió Athena-. De modo que le dije que había encontrado un diseñador nuevo del que no pensaba hablarle a nadie hasta estar segura de tener su más absoluta y total lealtad -frunció los labios brillantes y carnosos hasta formar una línea severa.

-Le robaste el apartamento -indicó Carter-. ¿No crees que le debes

un diseñador de ropa? -santo cielo, me estoy metiendo en la conversación. Dentro de diez minutos le preguntaré si soy más un tipo de hombre Brioni o... ¿cómo se llamaba aquel tipo de los trajes cruzados amplios? Ambrose. Armand. Eso es, creo, Ar...»

Athena plantó los diez centímetros de tacón de aguja en el suelo debajo de la mesa. Fue lo bastante dramático como para sobresaltarlo.

-No había ningún diseñador –manifestó, con voz grave-. Era un estudiante del Instituto de Moda. Ahí estaba la gracia, que hice algo realmente creativo y dejé a Simonetta aturdida, y tú ni siquiera me escuchabas.

-Te escuchaba -protestó-. Te envolvió como en una toga. Quiero decir, las telas que compraste, las pasó a tu alrededor como en una toga de muchos colores -se sentía bastante avergonzado de sus modales. Cuando se salía tanto como él, tarde o temprano se vivía una de esas noches de aburrimiento, pero uno aprendía a comportarse con decencia lo que duraba la catástrofe, para luego no volver a llamar a la mujer.

Debía de haber disfrutado de su última cita con Athena, de lo contrario, no habría vuelto a llamarla. Lo gracioso era que no podía recordar cuándo había tenido lugar dicha cita.

-Estaba preciosa -la voz de Athena subió un poco-. Soy preciosa. Y tú no me estás prestando la más mínima atención -se puso de pie-. No tomaría tu postre ni aunque fuera el último postre que alguien fuera a ofrecerme. Voy a reunirme con Fernando en el bar Fressen. Él me presta atención -le lanzó una mirada de desaprobación-. Él -añadió como golpe final- se viste de Armani.

«Ese es el nombre. Armani». Sin lamentar nada salvo el hecho de haber sido grosero con Athena, llamó al camarero.

De vuelta al St. Regis, le pareció significativo no poder recordar la última cita con Athena. Pero una cosa era segura, no habría otra. Brie... Brie era una joven trabajadora y sensata, una vendedora de bonos en Wall Street.

Tomarían un chuletón y ella pediría el suyo medio hecho. La noche del día siguiente iría mejor.

Se preguntó cómo estaría yendo la noche de Mallory.

Después del discurso de Maybelle, Mallory seguía sintiéndose obstinada ante la insistencia de la mujer de que al día siguiente se pusiera la chaqueta roja de Carol.

Había argüido que era demasiado sexy para un ambiente de trabajo. En uno o dos días compraría algo más luminoso.

Sin embargo, como le había dicho a Carter que esa noche iba a salir, era mejor que diera la impresión de que acababa de llegar ante la eventualidad de que se presentará de forma inesperada. De modo que se cambió los pantalones negros por la falda negra y la blusa

negra por la blanca; volvió a ponerse la chaqueta. Se hallaba en el salón, trabajando y prestándole poca atención a una película en la televisión cuando oyó que la tarjeta era introducida en la cerradura y la puerta se abría.

Sobresaltada, alzó la vista.

-Carter. Llegas pronto -el simple hecho de verlo hacía que el corazón le diera un vuelco.

-Tú has llegado antes -la miró furioso-. ¿Ha sido una buena cita?

-Fabulosa -repuso con una sonrisa que esperó que lo engañara-. Pero me puse a pensar en el caso.

-Yo también -sonaba gruñón-. Voy a llevar el material a mi habitación para trabajar un rato.

Ella se levantó de un salto.

-Puedes trabajar aquí. Yo iré a mi habitación. Pensé que irías...

-Pues no es así. He vuelto, ¿de acuerdo? Pero quédate donde estás.

-No, no, yo... -la miró con tanta impaciencia que calló, decidiendo dejar el tema.

La puerta de él se cerró con fuerza y en la suite reinó el silencio.

Mallory volvió a bajar el volumen de la película y se puso a leer otra vez el informe de los primeros intentos de Sensuous de resolver el caso Verde con los demandantes. Aún consideraba que la oferta realizada por su empresa era extremadamente generosa. Sin embargo, la señorita Angell había visto una oportunidad y había convencido a los clientes que había agrupado de que estar verde podía representar millones.

Tal como Maybelle había dado a entender, la señorita Angell era la que ganaría millones. Abogados.

También ella era abogada. ¿Qué hacía criticando las costumbres de los miembros de su propia profesión? Pero ella jamás haría lo que estaba haciendo la señorita Angell, y estaba bastante segura de que tampoco lo haría Carter. Aunque en realidad, desconocía qué podía o no podía hacer Carter.

No había disfrutado lo suficiente de la cita con Athena como para pasar la noche con ella, y eso le encantaba. Y había mostrado curiosidad acerca de su cita. Eso era aún más emocionante.

Se miró. Quizá Maybelle tuviera razón. Costaría creer que había tenido un encuentro ardiente e intenso vestida con esa ropa. Sin embargo, la chaqueta roja era demasiado, demasiado...

-¡Mallory! -un grito procedente de la habitación de Carter-. ¿Tienes una... -se abrió la puerta- copia de Lindon contra Hanson, ya sabes, aquel otro caso de tinte para el pelo...?

-Aquí -buscó la copia en su maletín. Con los calcetines, la camisa medio abierta, Carter parecía somnoliento y devastadoramente deseable. Sacó el documento y, con él, media docena de hojas cayó al

suelo.

Él las recogió con una mano grande.

-Le pedí a Brenda que me pasara una copia al portátil, pero supongo que no lo hizo. O la archivó en algún sitio donde sólo ella podría encontrarla -gruñó-. No sé por qué ya nadie hace nada bien. Eh, ¿qué es esto?

Pudo ver lo que sostenía y se sintió profundamente abochornada, su intimidad violada.

-Mmmm, es mi, ah, lista para la maleta. Supongo que tú lo llamarías programa de guardarropa. Aquí tienes...

-De modo que es así como lo haces. «Martes: pantalones negros, chaqueta y camisa negras. Miércoles: falda negra, chaqueta, camisa blanca, pañuelo. Jueves, viernes, lunes... ¿qué haces los fines de semana? ¿Vas desnuda? -movió las cejas con exageración.

Ella apretó los dientes para ocultar el escalofrío que la recorrió.

-No en invierno. Me pongo los pantalones negros con un jersey. Dame eso.

La mantuvo a raya.

-Lunes: Chaqueta negra, falda negra, blusa beige. Sí que usas la chaqueta negra.

-Sólo necesitas una -lo miró con frialdad.

-¿Y si le pasa algo?

-A una chaqueta negra de lana no le puede pasar nada que no se solucione con un poco de agua fría.

-¿Nada?

-En ese caso, la mandas al tinte.

Él entrecerró los ojos.

-¿Y si es algo que no se pueda solucionar en seguida? ¿Y si, por ejemplo, sucediera algo ahora mismo? ¿De verdad crees que el hotel te va a limpiar la chaqueta y devolvértela por la mañana?

-No, pero, ¿qué podría pasar? -lo vio buscar algo en el bolsillo de sus pantalones y, por algún motivo, eso la puso nerviosa.

-Oh, quizá algo así -con un gesto veloz, cortó la esquina de un pequeño envoltorio de plástico y apuntó la abertura en su dirección. Masas informes de color amarillo surcaron el aire y cayeron sobre su ropa. Dio un salto.

-¡Carter! Esto es... esto es... ¡mostaza!

Le dedicó una sonrisa perversa.

-Así es. ¿Y ahora qué vas a hacer?

-Me voy a mi habitación -repuso con voz helada, y se marchó.

Allí observó la ruina de la chaqueta que había planeado ponerse todos los días.

En la falda había algunos puntos de mostaza que, probablemente, podría solucionar ella misma, o podría volver a ponerse los pantalones

negros, que apenas olían al café que se había derramado en la casa de Maybelle, pero aunque lograra eliminar la mostaza de la chaqueta, el día siguiente olería fatal.

Enterró la cara entre las manos. Después de todo, iba a tener que ponerse la chaqueta roja.

Carter abrió la puerta del dormitorio con cautela y vio que Mallory salía de su habitación como si esperara una emboscada. Se reunió con ella en el centro del salón, donde se observaron como las líneas opuestas de un partido de fútbol.

El equipo de Mallory era el de rojo. Carraspeó.

-Tenías otra cosa para ponerte.

-Por fortuna -exhibió la chaqueta negra manchada.

Era una bomba de rojo. Llevaba una chaqueta sorprendentemente ceñida y sexy que disparaba la imaginación... aunque no era lo único que disparaba.

-Dame eso -le tomó la chaqueta, la metió en la bolsa de plástico que proporcionaba el hotel y la colgó en el exterior de la puerta-. La recogerán, la mandarán al tinte y te la devolverán esta noche. Figurará en mi factura -añadió, y entonces se sintió más en control. Y cada vez más tonto mientras ella lo observaba en silencio.

-¿En qué pensabas cuando lo hiciste? preguntó al final.

-No lo sé.

-¿Por qué tenías mostaza en el bolsillo? ¿Llevaste a Athena a comer una hamburguesa?

-No, Athena y yo fuimos a comer pescado crudo muy caro. Luego yo fui a comer una hamburguesa.

-Oh -se pasó al hombro un bolso negro, recogió el maletín y se dirigió hacia la puerta. Lo miró brevemente.

Su papel era seguirla hacia los ascensores, lo que hizo, sintiéndose como un joven avergonzado. ¿Qué lo había impulsado a cometer un acto tan infantil como mancharla de mostaza? Ese extraño comportamiento debía tener algo que ver con el humor con el que había llegado a casa después de soportar dos horas de conversación vacía con Athena y encontrar a Mallory perfectamente arreglada y trabajando. Ese estado de ánimo, más el efecto que ella estaba ejerciendo en él, hacían que volviera a comportarse como un adolescente.

Mientras le miraba la espalda y tenía esos pensamientos realizó un descubrimiento importante. Tenía el trasero más bonito, redondeado y pequeño que cualquier hombre podía esperar encontrar en una mujer. De pronto, ella se volvió y Carter alzó con celeridad la vista, pero no antes de que ella lo sorprendiera mirándole el trasero.

«Un buen comienzo para conseguir que te respete». Lo único que había conseguido hasta el momento era hacer que Mallory pareciera

un poco menos respetable con esa chaqueta roja. La chaqueta que le realzaba el trasero. «Para ya, Compton». Llegaron al vestíbulo y pudo oler huevos y beicon, oyó el sonido de los cubiertos. Pretendía tomar un desayuno opíparo.

Ayudaría que ella estuviera sentada. Si es que era capaz de mantener los ojos apartados del escote. Descendía entre sus pechos, que la chaqueta hacía sobresalir y a los que se pegaba.

El calor lo recorría en oleadas, y sólo era el desayuno. Debía mantener las manos lejos de ella. Si no lo hacía, el respeto que sentía por él alcanzaría el punto más bajo desde que se conocían. Era duro. Era fuerte. Podía hacerlo. No había problema.

-Señorita Angell -dijo Carter, y extendió la mano-. Carter Compton.

-Mallory Trent -se presentó Mallory y también alargó la mano-. Me alegro de conocerla en persona después de todas las conversaciones tele... -calló. El problema era que Phoebe Angell aún sostenía la mano de Carter y parecía estar derritiéndose delante de los dos.

Era tan alta como Mallory y ahí se terminaba el parecido. Phoebe Angell tenía el pelo negro y lo llevaba corto y en varias direcciones, penetrantes ojos negros, piel del color de un flan de almendras, los labios y las uñas de un gris metálico y una falda de piel negra lo bastante corta como para que en Illinois le quitaran la licencia para ejercer la abogacía. La lucía con una blusa blanca impecable. Zapatos rojos puntiagudos, a la moda, y tacones de diez centímetros. En una palabra, era impresionante.

Mallory supuso que podía vestirse de esa manera porque ejercía la abogacía con su padre. El bufete de Angell & Angell se hallaba situado en un prestigioso edificio del centro y en una planta alta. Estando sólo ellos dos, con un personal de apoyo compuesto de ayudantes y pasantes, no era un bufete grande, pero sí lujoso. Mallory se preguntó qué era lo que ambicionaba Phoebe Angell, por qué consideraba que ganar ese caso sería un punto crucial en su vida profesional.

Los tres se hallaban en la puerta abierta del despacho de Phoebe, donde ésta había salido a recibirlos. Un retrato enorme de Alphonse Angell dominaba la pared que había frente a su escritorio. Hombre de aspecto formidable, ni siquiera había esbozado una sonrisa para posar. Mallory se preguntó cómo conseguía Phoebe sacar adelante algún trabajo bajo el escrutinio vigilante de esos fríos ojos negros. Tembló.

Después de haber evaluado a la oposición con la mano aún colgando en el aire, Mallory miró de reojo al hombre que se suponía que estaba de su lado. Quizá fuera una fantasía proyectada por su propio cerebro, pero daba la impresión de querer recuperar la mano, y la sonrisa que exhibía era impersonal.

-Gracias, Phoebe -manifestó Mallory, abandonando la posibilidad de estrecharle la mano-, por ofrecernos su sala de conferencias para

las declaraciones.

-¿Mmmm? -comentó Phoebe como en un sueño-. Oh, sí -soltó la mano de Carter y recuperó su aplomó con admirable velocidad, conduciéndolos a la sala de conferencias en cuestión, situada a varias puertas de su despacho-. Parecía lo más sensato, ya que todos los demandantes viven cerca de aquí. El tinte verde estaba concentrado en el Lote Número 12867, expedido a Nueva jersey.

«Lo sabemos». No apartó los ojos de los de la otra abogada.

-Además -continuó Phoebe, sellando su destino con Mallory-, jamás he conocido a un habitante del medio oeste que no quisiera disfrutar de un viaje con gastos pagados a Nueva York. Y he de decir que no puedo culparla -puso los ojos en blanco, como descartando la ética de trabajo, los patrones y los valores del medio oeste.

Mallory no sabía por dónde empezar... «No es un viaje con gastos pagados»,

«Mantén las manos lejos de Carter» o «Nos vemos en la parte de atrás de tu bufete y veremos cómo cambiar esa actitud hacia el medio oeste».

El codo de Carter la contuvo. Estuvo segura de que fue algo fortuito que la rozara justo debajo del pecho. No obstante, la dejó sin aliento, de modo que no dijo ni hizo nada drástico, sólo se subió un poco la falda con sumo disimulo.

-¿Su padre participará en el caso? -le preguntó a Phoebe.

-Mi padre está centrado en un caso importante en Minneapolis -respondió con brusquedad-. No estará en el bufete. Desde luego, hablaré del caso con él. Le interesa mucho -miró hacia su despacho, donde colgaba el cuadro.

-Esta mañana vamos a escuchar a Tammy Sue Teezer, ¿verdad? -preguntó Carter, comenzando a depositar sobre la mesa el contenido de su maletín.

-Sí -repuso Phoebe-. Llegará en unos minutos. Ya están aquí la estenógrafa del tribunal y también el cámara. He pedido café y pastas para la mañana, sándwiches y galletitas para la tarde. Si tienen tiempo para empezar con Kevin Knightson, estará disponible a la una. ¿Algo más?

-Eso es perfecto para nosotros -indicó Carter-. Nos prepararemos.

-Griten si necesitan algo más antes de que llegue Tammy Sue -indicó Phoebe.

-Viaje con gastos pagados -musitó Mallory.

-Es una Viuda Negra -susurró Carter-. Los demandantes debieron de ser masilla en sus manos.

-Limo -dijo Mallory-. Es verde.

-Buen chiste -dijo él sin atisbo alguno de diversión en la voz-. Voy a colocar a la testigo en la cabecera de la mesa y yo me sentaré a un

lado. Tú siéntate a mi izquierda, la estenógrafa ha solicitado su propia mesa anexa, que está ahí -señaló-. El cámara estará en el otro extremo de la mesa con una visión directa de la testigo, y la Viuda Negra puede sentarse junto a su clienta. ¿Y esa falda? No puedo imaginarte yendo al trabajo con una falda así.

«Pues prepárate para una sorpresa, amiguito». El pensamiento pasó como una ráfaga salvaje por su mente. ¿De verdad estaba pensando en seguir el consejo de Maybelle para conseguir la atención de Carter?

Desde luego, esa mañana se había mostrado fascinado con su trasero.

Aunque reajustara su exterior, aún le quedaba mucho trabajo por hacer en su interior.

-La Tierra a Mallory.

-Oh, lo siento -dijo-. El acuerdo suena bien. Tammy Sue Teezer -añadió-. ¿Será su verdadero nombre?

-Esa pregunta figura en mi lista -indicó Carter.

-Estoy preparado -anunció el cámara.

Desde su posición en un extremo de la mesa, grabaría todos los interrogatorios.

Si el caso iba a juicio, el jurado podría observar las cintas para ver a cada testigo en persona.

-¿Señorita White? -le preguntó Carter a la estenógrafa del tribunal, una mujer de mediana edad sentada ante su máquina de taquigrafía.

-Preparada -respondió.

-Que pase la primera testigo -dijo Carter.

Phoebe apareció ante la puerta con una mujer que probablemente no era tan joven como parecía a primera vista. La falda negra de cuero era más corta que la de Phoebe y la cazadora de motera era mitad cuero y mitad cremalleras. Tenía el pelo corto, rizado y de una peculiar tonalidad de verde en los extremos. Podía justificarse porque el que le había crecido era casi blanco. El peróxido no había eliminado el verde, simplemente lo había atenuado un poco.

-Hola -saludó y posó para el cámara, luego se sentó y extendió unas uñas que eran rojas en el centro y verdes en los extremos. Causó toda una impresión.

-Buenos días, señorita Teezer -dijo Carter y se atragantó. Maldijo. Iba a reírse.

Le lanzó una mirada desesperada a Mallory, quien le devolvió un gesto ceñudo y reprobador. Logró presentarlos a los dos, luego dijo-: Intente relajarse. Aquí no se encuentra en un juicio. Todos somos amigos y colegas profesionales que tratan de alcanzar una solución equitativa a un problema difícil.

Costaría imaginar a alguien más relajado que a Tammy Sue. Estaba reclinada en el sillón, con una bota apoyada en la rodilla y mascando

chicle.

-Diga su nombre completo, por favor, para la estenógrafa del tribunal.

-Como he dicho, Tammy Sue Teezer.

-¿Es el nombre que recibió al nacer?

-No -los labios rojos formaron un mohín.

-¿Qué nombre recibió al nacer?

-Kimberly.

-¿Kimberly...?

-Kimberly Johnson.

-Gracias. ¿A qué se dedica?

-¿Puedo hacerle una pregunta a mi abogada?

-Desde luego.

Mientras escuchaba los murmullos del otro lado de la mesa, recogió la pluma y comenzó a moverla entre los dedos índice y anular. Se había prometido dejar de hacer eso. Se le daba mejor la otra promesa... apagar a las mujeres, no encenderlas.

Había hecho lo que había podido con Phoebe Angell, pero percibía problemas en su futuro. No pensaba recurrir a la testosterona para alcanzar una solución en el caso, sin importar lo pragmática que pudiera parecer esa solución...

-Servicios -respondió Tammy Sue con dulzura-. Servicios personales.

-Ya conozco por sus respuestas a los interrogatorios que se dedica a servicios personales, Tammy Sue -expuso Carter-. Me gustaría que me dijera con exactitud qué servicios desempeña. ¿Comprende la pregunta?

Tammy Sue ladeó la cabeza en gesto reflexivo.

-Sí. Supongo que podría decir que ofrezco servicios de naturaleza personal -le sonrió al cámara.

-Necesita ser más específica -insistió, comenzando a frustrarse. ¿Por qué se mostraba tan evasiva?

-No, no lo necesita -contestó Phoebe por Tammy.

-Sí lo necesita -persistió Carter-. ¿Es usted enfermera, Tammy Sue? ¿Entrenadora personal? ¿Ama de llaves? ¿Manicura?

-Protesto por la pregunta -dijo Phoebe.

-Carter -intervino Mallory con suavidad-, quizá podamos referirnos a Tammy Sue como profesional de «servicios de acompañamiento» cuando le hablemos al jurado.

Se preguntó hasta dónde podía ser obtuso.

-Perfecto -aceptó. Carraspeó-. ¿Lugar de residencia? ¿O también deberíamos evitar esa pregunta?

-Vivo en el 455 de la Calle Dieciocho Oeste -respondió con orgullo,

aunque la barbilla comenzó a temblarle-. Espero que pueda seguir viviendo allí. En marzo y abril tuve que recurrir a casi todos mis ahorros al no poder trabajar debido a mi pelo.

Si en algún momento se había preguntado por qué Phoebe Angell había elegido a una prostituta como una de sus testigos principales, había quedado claro. Dos horas más tarde, va no tenía ganas de reír. Había agotado su lista de preguntas neutrales. ¿Había seguido las indicaciones? Sí lo había hecho. Al pie de la letra. ¿Se había puesto guantes de goma? El tinte había penetrado en los guantes. ¿Había probado primero el tinte en unos pocos cabellos? No, porque llevaba usando esa tonalidad de Sensuous desde que había decidido pasar de rubia a pelirroja y siempre le había funcionado con anterioridad.

Había llegado la hora para la gran pregunta.

-¿De modo que no pudo... solicitar... ningún cliente durante qué período de tiempo? ¿Y cuánto cobra por... mmm, servicio? ¿Y cuántos... servicios de esa clase hace al día?

Esperó parecer más ecuánime que como se sentía.

-Protesto con determinación a esa pregunta -intervino Phoebe.

-Señorita Angell, usted sabe tan bien como yo que los daños no se pueden evaluar a menos que sepamos cuántos ingresos se han perdido.

Phoebe miró a su cliente, luego a Carter.

-Ya le proporcionaremos esa información.

-De acuerdo. Me reservo el derecho para volver a interrogar a la testigo después de que nos haya dado la información. Tammy Sue -dijo al final-, creo que eso es todo por el momento. Gracias por su colaboración. El resto... -e incluyó a la estenógrafa y al cámara -... pararemos para un descanso -cuando Mallory y él volvieron a estar solos, añadió-: ¿No tienes mejor opinión de mí al no saber reconocer a una prostituta cuando hay una justo delante de mí?

Para su sorpresa, ella rió entre dientes. No supo si era una buena o mala señal.

Capítulo 6

Los dos almorzaron los sándwiches que Phoebe había proporcionado, ya que a la una en punto interrogarían a Kevin Knightson, el cliente de Phoebe Angell.

El hombre joven que entró en la habitación era atractivo y musculoso. El fluido pelo rubio adquiría un exuberante tono verde hojas de primavera a partir de la mitad de su extensión. Entró luciendo una sonrisa preparada para la cámara, miró a Mallory, luego a Carter, abrió la boca para hablar y volvió a cerrarla, como un actor necesitado de que le apuntasen.

Phoebe, quien lo había conducido al interior, le lanzó una mirada penetrante y se la proporcionó.

-Siéntese aquí -le apartó la silla de la cabecera de la mesa y él obedeció.

Mallory notó que le temblaba la boca en las comisuras. Parecía asustado.

-¿Sucede algo? -inquirió Carter.

-Oh, no -repuso-. Lo que pasa es que no esperaba una... habitación tan grande.

Ni un cámara. Ni... -bajó la vista a la mesa- galletitas -su voz era profunda y sonora, pero también tenía un deje suave, y el comentario terminó en algo muy parecido a una risita.

«Sí», pensó Mallory, «está nervioso».

-Tenga una -Carter adelantó el plato hacia él-. Relájese -continuó, ofreciéndole el mismo discurso que le había dado a Tammy Sue y que probablemente le daría a cada testigo... que todos eran amigos y que sólo trataban de llegar a la verdad. Luego ofreció-: ¿Café?

-Por favor. Gracias. Mucho mejor que la leche -dijo el testigo. Luego recogió una servilleta de la mesa, se la llevó a la boca y resopló sobre ella. Recobrado, se sirvió una gran cantidad de edulcorante de cero calorías, añadió leche, revolvió con vigor y al final miró a Carter.

Éste quebró el silencio.

-¿Podemos empezar ya? Quiere decir su nombre para la estenógrafa, por favor.

-Kevin Knightson -sonrió.

-¿Dirección?

-225 de la Calle Sesenta y Siete Este.

Mallory se quedó helada. La dirección no había significado nada al estudiar los interrogatorios, pero sí en ese momento. Era la de Maybelle. De modo que Kevin Knightson era la media naranja de Richard.

«¿Qué he hecho para merecer esto?» Mallory comenzó a redactar una nota para poder pasarle a Carter. Pero, ¿qué decirle que no llegara a revelar que había consultado a una creadora de imagen? Lo

consideraría una tontería. Peor, querría saber por qué. Kevin no la conocía, de modo que no podría delatarla. Sin embargo, deseó haberle contado a Maybelle por qué se hallaba en Nueva York. Sería lo primero que hiciera esa noche.

-¿Ocupación?

Kevin titubeó.

-Soy actor de profesión -sonrió otra vez y añadió-: Se supone que tiene que preguntar «¿En qué restaurante?»

Carter le devolvió la sonrisa.

-Sé que es una profesión dura -repuso con verdadera simpatía en la voz-. Le deseo toda la suerte del mundo. Entonces... ¿en qué restaurante?

Todos rieron menos Mallory. Estaba ocupada redactando la nota mental.

-En marzo trabajaba para el Blue Hill en el Greenwich Village -respondió Kevin-. Eso terminó cuando aparecí con el pelo verde, aparte de las cejas y las uñas.

-Sí -aceptó Carter pensativo-. Y desde entonces, ¿ha estado empleado?

-De forma esporádica -contestó Kevin-. Haciendo esto y aquello. Chapuzas para mi casera, algunas tareas para un decorador de interiores y, mmm, cosas temporales.

-¿Dónde trabaja ahora?

-Me opongo a esa línea de interrogatorio -intervino Phoebe.

-¿Sobre su trabajo? -preguntó Carter sorprendido.

-Puedo asegurarles que no está ocupado en nada ilegal o inmoral -insistió Phoebe con obstinación.

-La parte demandada tiene derecho a conocer su historia laboral para evaluar los perjuicios -Carter sonó igual de pertinaz.

Phoebe adoptó un aire de arrogancia moral.

-Es sencillamente un trabajo que requiere una cierta dosis de anonimato.

Agradecería que respetaran su intimidad.

Carter suspiró.

-Supongo que podemos hacerlo, por el momento. Sin embargo, me reservo el derecho de citar a este testigo en el juicio para interrogarlo en el tribunal.

-Cuando quiera -ronroneó Kevin.

Mallory aprovechó la oportunidad para deslizarle la nota a Carter. Él la leyó y frunció el ceño. Comenzó a escribir con rapidez, luego le devolvió a Mallory el bloc de notas.

Ésta leyó la respuesta y jadeó en voz alta. «¿Quieres decir que te has acostado con él?» Al darse cuenta de que tanto Phoebe y Kevin como el cámara la miraban, dijo:

-Lo siento. Hace un poco de calor aquí, ¿verdad? -se abanicó con el bloc de notas.

Nadie respondió. Al parecer, no lo creían. Mientras Carter pasaba a la siguiente pregunta, ella escribió: «¡Claro que no me he acostado con él!» Golpeó a Carter en el codo con el bloc, pero estaba ocupado interrogando.

-¿Cuáles fueron sus ingresos como actor antes de tomar la decisión de teñirse el pelo de rojo para la audición en cuestión? Deje que lo exponga de esta manera.

¿Cuáles fueron sus ingresos el año pasado?

Mmm... -musitó Kevin-. Quinientos del espectáculo del barco, doscientos cincuenta de la Feria de juguetes... -continuó musitando para sí mismo durante varios minutos y al final anunció una cantidad que no habría cubierto una mensualidad de la hipoteca de Mallory.

-¿Y cuánto gana en su trabajo actual?

-Mmm... -Kevin desvió la vista antes de tartamudear una cantidad.

-¿De modo que ahora gana más que antes del supuesto incidente desafortunado con el tinte?

Hasta Mallory se sobresaltó por la sequedad de la voz de Carter.

-Pero habría podido conseguir ese papel -insistió Kevin-, si no me hubiera...

Carter se dedicó a hacer preguntas y a escribir en el bloc al mismo tiempo.

Luego le deslizó el bloc a ella.

«Entonces, ¿de qué os conocéis?»

«No es asunto tuyo», replicó ella, acercando el bloc hacia él.

«Desde luego que lo es. Es testigo en un caso en el que me he comprometido para ganar»».

-Quizá este sea un momento adecuado para un descanso -intervino Phoebe con mordacidad-. Los dos podréis discutir verbalmente vuestros problemas en vez de marear ese bloc de notas.

-Perfecto -aceptó Carter.

-Perfecto -convino Mallory.

Se miraron con ojos centelleantes mientras Phoebe, Kevin, el cámara y la estenógrafa se retiraban.

-¿Y bien? -dijo él con ojos centelleantes.

-Él no me conoce. Yo conozco a alguien que lo conoce a él, eso es todo. La información sobre Kevin surgió en una conversación desligada del interrogatorio. Es pura coincidencia.

Carter la observó largo rato, luego pareció calmarse un poco.

-Se comportó de forma peculiar al entrar.

-Es imposible que me conociera –insistió ella-. A menos que Richard o Maybelle le mencionaran mi nombre. Pero eso no sería ético.

Carter la observaba con atención.

-¿Conocerlo te impediría hacer bien tu trabajo?

-Claro que no -«sólo podría impedirme obtener mi nueva imagen, eso es todo».

-¿Estás segura?

-Absolutamente.

-De acuerdo -gruño-. Supongo que me excedí en mi reacción. ¡Phoebe! -gritó a través de la puerta cerrada. Estamos listos para continuar.

-Aquí tienes tu otra chaqueta -dijo él, pasándole la bolsa de plástico del tinte una vez en el hotel-. Refréscate y podremos tomar una copa juntos antes de que salgamos. Tengo cosas de las que hablar contigo... ah, cosas sobre los interrogatorios de hoy –carraspeó-. Varias cosas.

-Gracias. Me siento lo bastante tensa como para aceptar algo fuerte. Me apetecería un margarita -se marchó con un leve contoneo de las caderas.

En el dormitorio, se desabotonó despacio la chaqueta roja, se quitó la blusa negra por la cabeza y se quedó quieta un momento, mirándose en el espejo. El sujetador era negro, pero sin encaje. Había llevado otro sujetador.

Era blanco... aunque tampoco con encaje. Se quitó el negro.

Luego examinó con atención la falda. Era muy bonita, con un corte excelente y llegaba hasta la rodilla, incluso después de haber doblado la cintura. La enrolló otra vez, y otra. En ese momento mostró bastante más pierna sin abultarse demasiado en la cintura. Después de contemplar la chaqueta negra en la bolsa, volvió a ponerse la roja, se la abotonó y se miró otra vez de frente.

-Ayyy -musitó-. No puedo hacerlo.

Se quitó las manos de los ojos. El botón superior de la chaqueta llegaba justo debajo de sus pechos. Las solapas se curvaban sobre ellos, casi cubriéndolos, aunque no del todo. Si mantenía los hombros encorvados...

Pero ésa no era la idea. Un milímetro por vez, irguió los hombros y sintió que los pechos subían. Entraría en el salón de esa manera, mostrando todo lo que tenía y orgullosa de ello.

Una mujer lanzada a la seducción. Esa era la actitud que necesitaba.

De modo que era eso lo que haría, justo después de cepillarse los dientes, retocarse el lápiz de labios, lavar el sujetador y la blusa, sacarle brillo a los zapatos...

«Nunca te desvíes, nunca te desvíes, nunca te des...»

Esa era la voz inconfundible de Ellen Trent, débil, con menor presencia, pero aún allí. Maldijo en voz baja. No era como si

pretendiera abandonar todo lo que había aprendido de su madre. Le gustaba la eficacia y la pulcritud. Sólo pensaba relajar un poco toda la rigidez para ver si eso le proporcionaba un poco más de suavidad, de feminidad.

Diablos. Se lavó los dientes, se puso carmín y regresó al lado de Carter.

Al salir al salón, él alzó la vista y pudo ver la expresión aturdida que pasó por su cara. Con rapidez volvió a centrarse en el documento que había estado leyendo.

-Te refrescas muy bien -musitó.

-Gracias -se sentó en el borde del sillón y con suma lentitud cruzó las piernas-.

¿Prefieres tomar la copa aquí o bajar al bar del hotel?

-Aquí. Ya las he pedido. Les dije que se dieran prisa.

-Bien. He de estar en otra parte a las siete.

-Yo también. ¿A qué hora tienes que salir?

-Debería irme a las siete menos cuarto.

-Yo también.

-Veo que tenemos el mismo horario.

-Exacto. Disponemos de unos treinta minutos para hablar -volvió a mirarla y se movió un poco en el sillón mullido que ocupaba. Ella se adelantó y le ofreció una sonrisa de ánimo-. Bien. ¿Qué impresión te causaron hoy los testigos? -preguntó, y clavó la vista en el escote de la chaqueta.

«Contrólate», gruñó para sus adentros. «Contrólate y no quieras devorarla. Eres un abogado. Actúa como tal. Ella es tu colega de profesión. Trátala como tal. No pienso dejarla ir a ver a nadie con ese aspecto. ¿Y cómo vas a detenerla?»

-El tiempo juega a nuestro favor -repuso Mallory, con expresión pensativa y al parecer ajena al hecho de que sus pechos prácticamente querían estallar la ropa.

Y qué pechos. Cuando iban a la facultad de Derecho no tenía esos pechos. No podría haberlos tenido, de lo contrario, los habría notado.

Las llamas le apuñalaron la entrepierna al darse cuenta de que no llevaba sujetador, o, de llevarlo, era el de escote más pronunciado del mercado. Maldición.

Volvió a cambiar de posición en un intento vano de esconder la clara evidencia de lo que tenía en la mente y dijo:

-Estoy de acuerdo. El ritmo lento de la ley juega a nuestro favor.

-Nadie se puso enfermo, el daño no es permanente y la dura experiencia ya casi ha pasado para los demandantes, al menos en términos de apariencia personal.

-Sí. Veamos -con el fin de tener algo que hacer con las manos al igual que algo con lo que cubrirse el regazo, Carter recogió el

calendario impreso de los acontecimientos-. El incidente del tinte tuvo lugar el diecisiete de marzo. El lote salió el veinticuatro... estuvo a la venta el... exacto... el último frasco se compró el... y se utilizó una semana más tarde... De modo que la persona que adquirió ese último frasco ha dispuesto de seis meses para que le crezca el pelo. Si Kevin se hubiera cortado la mitad del pelo, ya sería rubio otra vez.

Había mencionado a Kevin adrede. Quería ver la reacción de ella. Se le ruborizó un poco.

-¿Ha presentado Phoebe ya las fotos del pelo de sus clientes? -le preguntó.

-No. No están programadas hasta dentro de diez días.

-¿No podemos conseguir que acelere el proceso?

-Lo más probable es que no.

-Podemos intentarlo.

-Inténtalo tú.

-Lo haré -convino Mallory-. ¿Qué hay de los otros daños que reclaman?

Le contestó distraído. No creía que estuviera saliendo con Kevin Knightson.

Estaba tan seguro como se podía estar en esos casos de que a Kevin le interesaban más otros hombres que salir con Mallory. Entonces, ¿cuál era la conexión?

-Es una pena que no tuviéramos éxito en las negociaciones con los demandantes en la primavera. De haberlo conseguido, quizá habríamos logrado rehabilitar a Tammy Sue. Ahora podría estar vendiendo cosméticos en unos grandes almacenes

-suspiró.

Carter contuvo el aliento, a la espera de que esos pechos se liberaran por completo de la chaqueta.

-Tu departamento legal llevó muy bien las negociaciones. El problema es que Phoebe los atrapó. ¿Sabemos cómo lo hizo?

-Según me han contado -indicó Mallory-, sus padres y ella se encontraban en su club de campo en Nueva jersey, hablando con unos amigos que conocían a alguien que conocía a alguien cuyo pelo se había vuelto verde... ya sabes cómo se extienden esas noticias. Phoebe captó las implicaciones y se centró en ello. Es un buitre

-concluyó cuando llegaron sus copas.

Un buitre y una viuda negra. Al salir de su bufete, le había deslizado su número privado de teléfono. Una vez más, Carter se enfrentó a la vergonzosa posibilidad de que le hubieran asignado el caso por ese motivo, para seducir a Phoebe y convencerla de alcanzar un acuerdo.

Bebió un sorbo de whisky. Podía hacerlo... podía seducir a Phoebe para alcanzar un acuerdo. Así se haría justicia. Sensuous estaba

dispuesta a pagar una suma global de cincuenta millones. Phoebe se quedaría con el cincuenta por ciento.

Pero ella solicitaba cien millones. Si el juez se acercaba a esa cantidad, después de años de apelaciones y recursos y de generar enormes facturas legales, eso podría representar la bancarrota para la empresa.

Miró a Mallory. Perseguía la sal alrededor del borde de su copa con la punta de una pequeña lengua rosada. Mirarla le producía más calor que el whisky. Sí, suponía que podía seducir a Phoebe, pero no disfrutaría y terminaría por odiarse. No, iba a llevar esa situación y ese caso con el cerebro, y se cercioraría de que Mallory lo notara.

-¿Sabes? -dijo él, sintiéndose como un torbellino de hormonas al tiempo que trataba de sonar como el abogado más entregado y responsable de toda la profesión-, no tenemos nada que hacer saliendo esta noche. Ninguno de los dos. Deberíamos tener una cena de trabajo. Juntos funcionamos mejor. Voy a llamar a Brie para decirle que quedaremos otro día -la miró con gesto expectante. Era su turno. Parecía sorprendida y ominosamente insegura.

-No puedo...

Carter frunció el ceño.

-Bueno, supongo que puedo... -corrigió ella.

El corazón de Carter se iluminó. Enarcó las cejas, diciéndole en silencio:

«Continúa, continúa».

-Lo haremos así -repuso al final-. He de ir a romper la cita en persona y luego quedaré contigo para cenar. Podré terminar a las ocho y cuarto. ¿Quieres que recurramos al servicio de habitaciones o salimos?

-Veré si consigo una mesa en el Judson Grill. Es lo bastante ruidoso como para que podamos hablar sin que nadie nos oiga.

Alzó el teléfono y marcó información. Sabía que no podía pasar una velada en la suite sin saltar sobre ella. Ese sólo era el Paso Uno: No dejar que nadie saltara sobre ella. El Paso Dos era ganarse el respeto de Mallory por su inteligencia y habilidad profesional, que para él significaba llegar a un acuerdo en ese caso y salvar la empresa. Se le hizo agua la boca al pensar en el Paso Tres: cuando conseguiría que deseara su cuerpo, que siempre había sido la parte fácil.

-Tengo la reserva -gritó a través de la puerta, ya que ella se había retirado para hacer Dios sabía qué.

-No es más que una cena de trabajo -le dijo Mallory sin aliento a Maybelle quince minutos más tarde.

-¡Hurra! -exclamó la otra-. ¡Un avance! ¡Dickie! -y luego a Mallory-. Hemos de ir de compras.

Mallory se quedó boquiabierta.

-No puedo. Le dije a Carter que estaría en el restaurante a las ocho y cuarto.

-¿Y? Yo he de regresar aquí a las ocho para reunirme con el presidente.

-¿El presidente?

¿Sí? -preguntó Richard al cruzar la puerta.

-Nuestros abrigos. Saca el coche. Vamos a Bergdorf's.

-¿El presidente? -repitió Mallory.

-Oh, oh, de compras -dijo Dickie, pero regresó en medio minuto con el abrigo negro de cachemira de Mallory y uno para Maybelle, que parecían varias llamas cosidas.

Se lo puso encima de un top con lentejuelas y rayas diagonales de color púrpura, amarillo y rojo. Hacía que pareciera un loro.

-No nuestro presidente -explicó de repente, como si acabara de asimilar la pregunta de Mallory-. Es el presidente de un país pequeño. De esos que llaman de economía emergente. Necesita un cambio de imagen si quiere ganar las próximas elecciones. Tampoco debería habértelo contado. Vamos, cariño, no hay, tiempo que perder.

-No necesito más ropa -protestó Mallory mientras Maybelle la arrastraba al coche.

Era un Cadillac enorme de color azul claro. Richard iba al volante.

-Claro que necesitas más ropa, como esa chaqueta roja -contradijo Maybelle-.

No me extraña que él no quisiera que vieras a nadie más esta noche.

¿Por eso había sugerido una cena de trabajo?

-He de reconocer que forzó mi mano, y esa es la única razón por la que llevo la chaqueta roja -indicó, y le contó lo sucedido con la mostaza.

Maybelle rió.

-Suena como si hubiera ansiado que te quitaras esa chaqueta negra.

-Entonces, me pondré otra vez la roja.

-No puedes ponértela todas las veces o te descubrirá -arguyó Maybelle.

-Entonces mañana me pondré el traje negro, le guste o no a Carter -Maybelle la miró-. De acuerdo -capituló-, quizá pueda comprar otra chaqueta sexy para ponerme mañana. Pero después realmente he de irme para reunirme con Carter.

Justo lo que yo tenía en mente -corroboró Maybelle-. Tú sígueme, cariño, y llegarás a ese restaurante a tiempo.

-Maybelle, hace semanas que no te vemos -exclamó una vendedora mientras cruzaba a toda velocidad el suelo alfombrado.

Estaban en Bergdorf Goodman, una tienda cara que una persona

sensata tendería a evitar, y se hallaban en la tercera planta, la dedicada a firmas famosas. Sin embargo, la vendedora se dirigía hacia un loro que lucía botas vaqueras e iba envuelta en llamas. A Mallory esa hospitalidad le resultó acogedora. Maybelle se quitó el abrigo y lo dejó caer sobre un banco, como si fuera la dueña del local.

-Hace semanas que no tengo a una clienta que necesitara ropa. Ésta la necesita y deprisa -su diminuta figura fue de un expositor a otro, en ese momento más parecida a un colibrí que a un loro.

-Necesitamos un par de trajes sexys...

-Dije sólo un traje... quiero decir, una chaqueta -replicó Mallory, deteniéndose para inspeccionar una etiqueta con un precio y pasarse la mano por la frente-. Me la pondré con los pantalones y la falda negros.

-O algún otro pantalón o falda negros -indicó Maybelle.

Mallory la alcanzó en la boutique dedicada a Gianfranco Ferré y le habló en susurros:

-Maybelle, gano un buen sueldo, pero no me puedo permitir...

Maybelle descartó ese razonamiento absurdo con un gesto de la mano cargada de diamantes.

-Aquí tengo cuenta -explicó-. Más adelante ya podremos hablar del dinero.

Mallory gimió. Más adelante seguiría siendo mucho dinero.

De algún modo se vio en el vestidor, con Maybelle y la vendedora quitándole su ropa y poniéndole las prendas nuevas.

-Creo que podremos sacar adelante el fin de semana sin ropa interior -le confió Maybelle a la vendedora como si Mallory no se hallara presente-. Y ahora, cariño, eso es lo que yo llamo un traje negro.

Se volvió lentamente hacia el espejo. La chaqueta de ese traje tenía hombros estrechos, una cintura muy marcada y era demasiado corta incluso para cubrirle medio trasero. Los pantalones eran tan ceñidos que sin las aberturas en los costados no habría sido capaz de pasar los pies.

Estaba fantástica. Hasta ella misma tuvo que reconocerlo. Apretó los dientes.

-De acuerdo, me llevaré todo el traje. Pero nada más.

-Déjate puestos los pantalones nuevos -indicó Maybelle-. Ahorrará tiempo.

Además del traje negro, abandonó esa planta con una chaqueta ligera que hacía juego con sus ojos y una blusa nueva, una falda que no era tan corta como la de Phoebe Angell, aunque casi, y otra muy ceñida que le llegaba hasta la mitad de las pantorrillas. Tanto Maybelle como la vendedora, en cuyos ojos habían empezado a centellear símbolos de dólar, insistieron en que la larga debía

ponérsela con tacones muy altos.

Por eso marchaban a toda velocidad hacia los zapatos de marca en la quinta planta... para reducir aún más las acciones y los ahorros que tenía, con los que había albergado la intención de vivir mejor cuando se jubilara. Allí la vendedora comenzó a conferenciar con un vendedor que la había mirado con arrogancia hasta que vio a Maybelle. En un tiempo asombrosamente breve, Mallory dispuso de unos zapatos de Prada con unos tacones como rascacielos.

-¿Tienen esos zapatos de plástico que cubren...?

-Botas para la nieve -interrumpió Maybelle-. Queremos un par con tacones no muy altos y con piel hasta los tobillos. No las guarde. Las llevará puestas.

Y en cuanto se las probó, comprendió que no podría vivir sin ellas. Ya había dejado de mirar los precios. Era ése el momento en que necesitaba vivir, no cuando se jubilara. Terminaría de pagarle a Maybelle en dos, tres, cuatro, diez años y luego empezaría a ahorrar otra vez.

La dominó el pánico. ¿En qué estaba pensando? Su madre la repudiaría.

A su lado, Maybelle dijo con serenidad:

-Haré que te lleven el resto de las cosas a la suite de tu hotel. Y me cercioraré de que tu joven amigo no se encuentre presente cuando las entreguen. Y ahora, vete.

Dispones de veinte minutos, tiempo de sobra.

-He de decirle algo antes de irme.

-Dispara.

Respiró hondo.

-Soy abogada de Sensuous, la empresa que fabricó el tinte que le dio al pelo de Kevin un color verde. Iba a contárselo anoche, pero, de algún modo, se cambió de tema.

Fue extraño que Maybelle no pareciera sorprendida. Descartó la confesión que Mallory había temido realizar con uno de sus típicos gestos de mano.

-No te preocupes por eso, cariño -abrió muchos los ojos azules e inocentes-.

Aquí todos somos profesionales. Eso no va a tener nada que ver con los consejos que te ofrezca.

-No lo habría sabido si no lo hubiéramos interrogado hoy -expuso Mallory, aliviada de que Maybelle no pareciera molesta.

-Y eso no habría representado ningún problema si yo no me hubiera ido de la lengua anoche -indicó Maybelle antes de suspirar-. No sé qué me impulsó a hacerlo.

Entonces, cuando me contó que hoy lo interrogasteis, yo...

Eso la sobresaltó.

-¿Le contó que yo lo interrogué?

-Él me contó que lo habían interrogado -aclaró, clavándole otra vez esos ojos inocentes-. Tú me contaste que lo habías interrogado. Creo que Kevin lamenta haberse dejado arrastrar a esta demanda -prosiguió Maybelle-. De no haberlo hecho, podríamos haber restaurado por completo el cuarto de baño de arriba... diablos, yo misma podría haber realizado el trabajo; y Kevin podría haber tenido cortes de pelo y manicuras gratis hasta que se le hubiera ido el tinte verde, al menos donde se puede ver. Y podría haber estado sirviendo mesas y haciendo pruebas otra vez... en lugar de, bueno, haciendo lo que hace ahora.

En esos momentos, Mallory lo supo. Aquello explicaba que Kevin no hubiera querido decir a qué se dedicaba, e incluso entendía su broma acerca de la leche y las galletitas, lo que tradicionalmente dejaban los niños a Santa Claus.

-Maybelle, ¿quién era Santa Claus?

Maybelle pareció disgustada.

-Nunca he podido guardar un secreto. Sí, Kevin es tu Santa Claus.

Capítulo 7

Carter se hallaba en el bar, sin beber, simplemente con el codo apoyado en la barra mientras observaba la puerta y contaba los minutos... las ocho y doce, ocho y trece, ocho y catorce.

Cuando la vio entrar y el pulso se le desbocó y el corazón empezó a bombear toda la sangre hacia el sur, observó que ella no parecía especialmente contenta de verlo.

-Hola -lo saludó, mirando el local antes que a él-. ¿Llevas mucho rato esperando?

-Cuatro minutos -mintió. Llevaba allí desde las ocho, por si el hombre al que había ido a ver la acompañaba hasta el restaurante. Pero estaba sola. La examinó con atención-. Nuestra mesa está lista.

Una mujer de aspecto muy neoyorquino y cosmopolita le quitó el abrigo antes de que Carter la dirigiera hacia la encargada del local, quien hizo que un camarero con coleta los llevara a la mesa. Él avanzó detrás de Mallory. La buena noticia eran sus pantalones. No eran esos holgados y con pinzas que había llevado en el avión.

Esos le estaban tan ceñidos, que iba a tener que llamar a los bomberos para que la ayudaran a salir de ellos. Aunque ya que compartían la suite, él se ofrecía voluntario para ir al rescate.

Esa deliciosa fantasía se desvaneció al recordar que al salir del St. Regis había lucido una falda. ¿Qué indicaba un cambio de ropa que no se había producido en la intimidad de su dormitorio?

Se sentaron. Ella adelantó el torso. Carter cerró los ojos, y al volver a abrirlos, la vio jugar con los cubiertos. Se preguntó cuáles habían sido sus planes para la velada.

Aparte de cambiarse de ropa.

La respuesta lo golpeó en el estómago. El tipo con el que había salido le había arrancado la falda. Mallory se había visto obligada a ponerse los pantalones, que debía guardar en el apartamento de él, porque no se los había visto con anterioridad.

Cualquier idiota podía deducir lo que eso significaba.

El camarero con la coleta regresó a su mesa.

-¿Les gustaría empezar con un cóctel antes de la cena?

-No -dijo Mallory.

-¿Les traigo los menús?

-Sí -aceptó Carter.

-¿Y una carta de vinos?

-Desde luego.

Tendría que averiguar qué relación mantenía con ese tipo. Mejor saberlo.

-Algo te mantiene tensa -comentó después de haberle echado un breve vistazo al menú y a la carta de vinos-. Espero que tu acompañante no se enfadara cuando le dijiste que tenías que trabajar.

-¿Quién? -alzó la vista del menú-. Oh. No -dio la impresión de verlo por primera vez-. Yo pensaba que tú estabas tenso por algo. ¿Brie se enfadó?

-No puso objeción -respondió. De hecho, Brie le había dicho que también ella necesitaba trabajar, que las acciones bajaban y los bonos subían y que tenía que atacar mientras la situación estuviera caliente.

-¿Ese de ahí es Regis Philbin? -preguntó ella a continuación.

-No me sorprendería -indicó Carter-. Es un restaurante frecuentado por los magnates de los medios. Volviendo a tu cita. Si no ha sido él quien te ha contrariado,

¿qué lo ha hecho?

-¿Están listos para pedir? -preguntó el camarero, acercándose.

-Sí, lo estamos. ¿Mallory?

-Ensalada de pera y roquefort y mollejas de ternera.

Él no le quitaba la vista de encima.

-Yo tomaré los mejillones y el chuletón. Compartiremos unos aros de cebolla. Y

una botella de... -había olvidado el vino y tuvo que quebrar el contacto visual con ella.

No podía sentir celos. No tenía ningún derecho sobre Mallory. Pero sí se sentía responsable por ella, sentía la necesidad de protegerla de los lobos y de otra clase de depredadores.

-¿Tiene algo que ver con ese tal Kevin? -insistió cuando el camarero se hubo marchado. Vio que se ruborizaba y que exhibía una expresión de gran culpabilidad.

-Su vino, señor -indicó el *sumiller*, ofreciendo la botella a la inspección de Carter.

-Perfecto -repuso sin mirarla-. No, no quiero probarlo. Simplemente, sírvalo.

Mallory había recorrido la distancia desde Bergdorf's hasta el restaurante con la esperanza de que sus elegantes botas nuevas fallaran en la primera prueba.

Resbalaría en la helada acera y se caería. Con lo bien que se le daba no llamar la atención, podía quedarse quieta en las frías baldosas hasta congelarse y morir, lo que parecía infinitamente preferible a contarle a Carter que Kevin conocía su deseo má profundo.

Les había contado a los testigos de la oposición que para Navidad quería conseguir al abogado de la defensa. Kevin podría chantajearla. ¿Hasta dónde llegaría ella para evitar que le revelara a Carter lo que sentía por él? Peor aún, ¿y si Kevin le estaba contando en ese momento a Phoebe que tenían a la abogada de la defensa en un aprieto? Gimió.

-¿Perdona? -Carter enarcó las cejas.

-Me da pánico contarte lo que tengo que contarte -al menos ya

había dado un paso.

Él dio la impresión de ponerse un poco tenso.

-Siempre es mejor no reservarse nada y quitárselo de encima.

Ella suspiró.

-Kevin era el Santa Claus de los grandes almacenes.

-¿Cómo lo sabes?

Había llegado el momento de mentir.

-Preferiría no contártelo -apretó los labios y supo que él no iba a conformarse con esa respuesta, pero le daría un segundo para pensar en otra.

-Yo preferiría que me lo contaras -también él apretó los labios.

-Una Torre de Roquefort y Pera para la dama -entonó el camarero-. Y mejillones al curry para usted, señor, además de unos deliciosos aros de cebolla.

Mallory atacó la ensalada con fingido ímpetu, pero incluso con la vista baja podía sentir que le perforaba un agujero a través de la frente.

-Lo adiviné -anunció de repente.

-Lo adivinaste.

-Sí.

-¿Cómo?

-Oh, su voz. Algo.

-De modo que sólo se trata de una conjetura por tu parte.

-No, luego se lo pregunté.

-¿Cuándo?

-En un momento en que tú... no estabas presente.

Él frunció el ceño, tratando de recordar un momento durante la tarde en el que Kevin y ella hubieran podido estar a solas, y ella esperó que no se concentrara demasiado. No iba a encontrar ninguno porque ninguno había habido.

-Comprendo -aceptó Carter al final-. Bueno, ahora que hemos aclarado eso, quizá podamos volver a trabajar. ¿Cómo crees que deberíamos llevar a la mujer con los dientes verdes que vamos a interrogar mañana?

Carter pensó que podría hablar y rumiar al mismo tiempo. No creía que se lo hubiera preguntado a Kevin. No creía que hubiera habido un momento en el que hubiera salido de la sala mientras Kevin y ella seguían dentro. Aún mantenía secretos. Por no mencionar quiénes habían sido sus citas.

Y lo peor era que le importaba. Ese era el problema. No era el momento idóneo para que su relación se volviera física, pero se la veía tan hermosa, tan deseable, con esos pechos blancos. Podría haberse acostado con esa mujer cinco años atrás si hubiera activado su encanto cuando tuvo la oportunidad, y el hecho de no haber

aprovechado esa oportunidad lo estaba matando.

Tenía que quitársela de la cabeza, aunque no era su mente la que le planteaba problemas, hasta que hubiera cerrado con éxito el caso y ella se desmayara de admiración. De modo que saldría con Brie al día siguiente por la noche y con otra el viernes, y luego ya pensaría en algo para salvar el fin de semana.

Mallory discutía con él incluso en ese momento, y no podía culparla, porque había estado fantaseando con ella y dicho algo estúpido. Se acabaron las estupideces.

Su vida dependía de ello.

Fue a la mañana siguiente cuando Mallory sintió el pleno impacto de su reciente desvío del sendero conocido de orden y serenidad.

Cuando Carter salió de la habitación que ocupaba con aspecto de estar listo para desayunar, ella se hallaba vestida con los nuevos pantalones ceñidos, la chaqueta azul verdosa, un escandaloso top que Maybelle había metido en la bolsa en el último instante y los Prada de tacones altos, mientras sacaba de forma metódica todo el contenido de su bolso.

-¿Qué haces?

-No encuentro mi tarjeta de crédito.

-Llama y pide que te envíen otra.

Le lanzó una mirada que habría enorgullecido a su madre.

-De acuerdo -musitó él-. ¿Cuándo fue la última vez que la usaste?

Trató de centrarse en la tarjeta perdida y no en la boca cíe Carter.

-En Bloomingdale's, creo, cuando fuimos a comprar calcetines.

-Lo más probable es que la guardaras en algún lugar raro.

-Nunca, como dices tú, guardo mi tarjeta en un lugar raro. Tiene su sitio y es ahí donde la pongo.

-Debí imaginarlo -comentó con sarcasmo. Pero esta vez... -le apuntó con un dedo triunfal- no lo hiciste.

Ella apretó la boca.

-No necesito que alguien que ni siquiera es capaz de guardar unos calcetines me indique eso.

-No, supongo que no. Tú nunca olvidas nada, ¿verdad? -se acercó a la mesa, escudriñando los objetos diseminados sobre ella-. Veamos qué hay aquí -añadió con una sonrisa que no podría calificarse de amistosa.

-Mantente alejado de mi bolso -le ordenó.

-Sólo busco tu tarjeta de crédito, no toco nada -expuso-. Un bolso lleno de material de primeros auxilios no es muy privado, ¿no? Santo cielo. Qué tenemos aquí. Un equipo diminuto de herramientas. Un tubo de súper pegamento. ¿Guardas por alguna parte una grúa plegable? ¿Y dónde llevas la cinta aislante?

El rostro de ella se encendió. De hecho, siempre llevaba consigo un

rollo de cinta adhesiva y de cinta aislante, al igual que unas tijeras, dos agujas, una con hilo negro y la otra con hilo blanco, dos imperdibles, discos de velero...

-Es bueno estar preparada para una emergencia.

-¿Con cuánta frecuencia tienes una emergencia? -quiso saber.

-De vez en cuando tengo que repasar un bajo.

El alzó la cara hacia el techo.

-Oh... santo cielo, es una crisis. Que echen a esa mujer de la reunión. Le cuelga el bajo.

-Si exhibes tu mejor aspecto, trabajas mejor -repuso ella, aunque a sus propios oídos sonó poco convincente.

-No necesariamente. Por ejemplo, tengo un aspecto estupendo -comenzó a ayudarla a sacar cosas del bolso de mano. Cuando se encontró con una caja que contenía exactamente doce aspirinas, la abrió, puso una en su mano y se la tomó sin agua-. Y ahora voy a trabajar mejor. ¡Eh! Aquí tienes la tarjeta de crédito -la extrajo de un bolsillo interior y la alzó con gesto de triunfo.

-Gracias -dijo, sintiéndose cansada-. Jamás la habría buscado allí. Ese es el bolsillo para mi agenda electrónica, no el de la tarjeta de crédito. No me extraña no haber podido encontrarla.

-Creo que funciona mejor cuando no sabes dónde está todo -comentó él mientras Mallory volvía a guardar las cosas-. De ese modo, cuando pierdes algo, sabes que tendrás que buscarlo por todas partes.

-Veo un defecto en tu razonamiento -musitó ella.

-Podemos discutirlo durante el desayuno. ¿Lista? Esta mañana voy a pedir tortitas. Tantos huevos me están dando demasiada energía.

«Yo conozco una manera estupenda en que podrías utilizarla».

-Ve a la sala de conferencias -dijo cuando llegaron a Angell y Angell-. Voy a hablar con Phoebe acerca de acelerar la presentación de las pruebas fotográficas.

-Buena suerte -le deseó.

Dejó el maletín en el pasillo, justo al lado de la sala de conferencias, y fue hacia el despacho de Phoebe, donde oyó voces a través de la puerta entreabierta. En realidad, sólo una voz; la de ella.

-Hago lo que puedo, padre -decía-. Pero no me gusta. No es ético y... Lo sé

-añadió tras escuchar largo rato. Sonaba vencida-. Sí, padre, lo sé. Dura y pragmática

-recitó un momento más tarde-. Seguiré intentándolo, desde luego.

Mallory se alejó con sigilo. Alphonse Angell controlaba las decisiones de Phoebe desde Minneapolis. Se preguntó qué querría que hiciera su hija que ésta consideraba poco ético.

-¿Aceptó? -preguntó Carter al verla regresar a la sala de conferencias.

-Hablaré con ella más tarde -respondió-. Estaba ocupada.

-Te acobardaste -los ojos le brillaron con expresión perversa.

-¡No es verdad!

-Apuesto que sí.

-Si es así, que mis dientes se vuelvan verdes -juró-. Y ahora calla. Aquí viene nuestra testigo.

-Lo que no entiendo -dijo Maybelle- es por qué esa mujer no se hace blanquear los dientes.

-Lo que yo no entiendo -dijo la experta en maquillaje-, es por qué abrió la boca al máximo y echó la cabeza atrás en pleno proceso de teñirse el pelo.

Mallory contuvo un suspiro impaciente, más que nada para no soplarle en la cara a la experta. Maybelle había decretado que se reunieran en Bergdorf's a las siete, y Mallory casi había llegado bañada en lágrimas, queriendo contarle a Maybelle que, a pesar de la chaqueta roja, de los pantalones con los que apenas podía sentarse y de las coquetas botas, la noche anterior no había pasado nada. De hecho, lo primero que había hecho Carter cuando llegaron al hotel, había sido llamar a Brie para repetir la cita esa noche.

En realidad, había llorado un poco al quitar las etiquetas de la ropa nueva para colgarla... había llorado por Carter y por el dinero que había gastado. O no gastado, ya que aún no había llegado a pagar por los artículos. Y luego, para rematarlo, Carter había invitado a Phoebe Angell a comer.

-Quiero decir, esos tratamientos de blanqueado son increíbles -decía Maybelle.

Convencí al presidente de que se sometiera a uno.

La experta en maquillaje se detuvo en seco con el lápiz para los labios.

-¿El presidente?

No el nuestro -intervino Mallory, orgullosa de poder añadir algo a la conversación-. El presidente de una nación emergente que necesita cambiar de imagen para ser reelegido.

-Exacto -dijo Maybelle-. Desde luego, comprendo que esa mujer de la que hablas espere hasta después del juicio...

-No va a haber ningún juicio -intervino Mallory.

-Quédese quieta -pidió la maquilladora.

-Claro que no va a haber ningún juicio, pero supón que lo hubiera, ella querría esperar a que terminara, pero Kevin me ha dicho que la mujer afirma que es permanente.

-Tiene fundas -explicó Mallory con los labios cerrados-. Ése es el problema.

-Pero, ¿por qué abrió la boca y echó la cabeza atrás? -insistió la maquilladora.

-Porque -silbó Mallory a través de los dientes- se estaba tiñendo el pelo de rojo y...

-Ya puede abrir la boca.

-... tiñendo el pelo de rojo para el papel de Annie Ado en la obra teatral *Oklahoma*, y de repente tuvo ganas de ensayar la canción *I Can't Say No*.

-Gracias. Me siento mejor al saberlo.

-¿Y qué pasa con las fundas? -Maybelle se ciñó al tema.

-Se pueden blanquear los dientes pero no las fundas de porcelana -explicó Mallory.

-Vaya. Desde luego, me alegro de que el presidente tenga todos sus dientes.

-Ya está -anunció la maquilladora-. Mírese.

Mallory tuvo que reconocer que los colores eran sutiles. Pero no le convencieron las pestañas.

-La gente pensará que son falsas -le susurró a Maybelle, ya que no quería herir los sentimientos de la experta.

Maybelle suspiró.

-Oh, cariño, casi eres un caso perdido. De verdad. Pero si piensas que me voy a rendir contigo, olvídalo. Vamos a dar con algo que te haga sentir sexy, eso es lo único que cuenta -pasó de amiga exasperada a consejera en una fracción de segundo-. No suelo meterme en temas freudianos, pero creo que en tu caso podría ser interesante saber de dónde sacaste la idea de lo que se supone que debe ser una mujer.

La dejó sorprendida. Lentamente, metió la mano en su voluminoso bolso y sacó el último libro de su madre. Lo extendió hacia Maybelle.

-Lea esto -dijo-. Nos ahorrará mucho tiempo.

-Santo cielo. ¿Quién lo escribió? -alejó el libro, en apariencia para verlo mejor.

-Mi madre.

-Eso debe de ser interesante. Gracias, cariño, lo leeré. Aquí tienes tu maquillaje

-aunque Mallory no había visto que se intercambiara dinero ni tarjetas de crédito, la vendedora había presentado una bolsa llena de maquillaje, que Maybelle le entregó a ella-. Ve a casa y sorprende a ese hombre con tu nueva cara. Observa qué sucede.

Volvamos a quedar aquí mañana por la noche. Parece que aquí nos va mejor que en la oficina. Quizá sea por el escritorio y tanto cuerno.

Y se marchó. Entonces, Mallory se volvió hacia la maquilladora.

-¿No tengo que pagar por estas cosas?

-Oh, no. Ya está solucionado.

-No puedo dejar que vaya comprando cosas que tendré que pagar más adelante

-dijo, perdiendo su natural necesidad de discreción por el pánico que la dominó-. No sé el precio de ningún artículo que he comprado en los dos últimos días. Podría estar en la bancarrota sin saberlo.

-Oh -la joven descartó la idea con un movimiento displicente de la mano-, no se preocupe por eso. Deje que Maybelle se divierta.

-No puedo evitar que me caiga bien -comentó Mallory con más desesperación-, pero hay un límite a la diversión que le puedo permitir.

La joven rió.

-Puede que acabe sin pagar por nada -afirmó.

-¿Qué?

-No conoce a Maybelle, ¿verdad?

-Tiene muchos, muchos diplomas -anunció con tono sombrío.

-Y también muchas, muchas parcelas de tierra de Texas -explicó la experta-. Las heredó cuando murió su marido.

-¿Qué tamaño tiene cada parcela?

-¿Cómo voy a saberlo? -respondió la muchacha-. Pero son muchos acres, y algunos están justo a las afueras de la ciudad -la sonrisa se amplió, y en ese momento fue simplemente una joven bonita y agradable que era realmente buena con el maquillaje.

-¿Qué ciudad?

-Dallas.

-Ahhh.

-Sí, y en las tierras que estaban en West Texas, donde Maybelle vivía, había mucho petróleo -rió entre dientes.

-Petróleo -soltó otro «ahhh».

-Hablo de un montón de petróleo. Maybelle decía que se volvió deprimente vivir con ese olor -la joven rió abiertamente-. Yo le dije que era la clase de depresión que no me importaría tener.

-Entonces... tiene cuenta aquí y acaba de...

-Las vendedoras reciben una pequeña sesión de orientación cuando empiezan a trabajar en Bergdorf's -explicó la joven-. Maybelle elige, nosotros lo sumamos y lo enviamos a contabilidad, contabilidad habla con el contable de ella y éste envía dinero. Todos felices.

Mallory se vio reducida a murmurar estupideces del tipo de «Ya veo»,

«Bmmm», «Ohhh». Le dio las gracias a la joven por la información y se preparaba para marcharse cuando la maquilladora dijo:

-Puse algunas instrucciones en la bolsa. No estoy segura de que prestara atención mientras le maquillaba la cara.

-Gracias dijo Mallory-. Tiene razón.

-No se preocupe. Si tiene algún problema, venga a verme. Yo puedo arreglar las cosas pequeñas, Maybelle puede arreglar las grandes.

-¿De verdad lo cree?

La cara de la joven exhibió una expresión misteriosa.

-Le apuesto un brillo Pink Pearl para los labios a que el presidente al que está aconsejando sale reelegido.

Capítulo 8

«Siéntete sexy». Aún la obsesionaba la idea mientras bajaba en las escaleras metálicas desde el piso de maquillaje hasta la primera planta. Allí se detuvo, pensó y trazó un plan. Hasta el momento mágico en que empezara a sentirse sexy por dentro,

¿cómo iba a progresar con Carter? Encontró las escaleras mecánicas de subida y fue a la octava planta, entrando en otro mundo de fantasía de árboles muy decorados en el que todo estaba a la venta, árboles y adornos. Y allí, colgando en el umbral de una puerta, había una bola de muérdago.

Unos minutos más tarde, poseía su propia bola. Era dueña de algo salido de Bergdorf's por lo que había pagado ella.

En cuanto cruzó la puerta de la suite, descubrió que Carter y ella también tenían un árbol de navidad. Era uno diminuto, vivo, metido en una maceta de terracota, y alguien lo había colocado sobre la pequeña mesa redonda que podían usar para cenar si alguna vez cenaran allí. Dio por hecho que se trataba de un regalo de cortesía del St. Regis hasta que vio la tarjeta.

De una amiga, ponía. *Espero que todos tus deseos de navidad se hagan realidad.*

Con tristeza, pensó que probablemente era de una de las mujeres de Carter.

Pero olía bien. Los árboles de su madre no olían nada. Se preguntó qué conclusión sacaría Maybelle del libro de su madre. Lo sabría pronto, porque había descubierto que Maybelle no era una mujer que se callara, y cuanto antes fuera, mejor.

Distribuyó el nuevo maquillaje sobre la encimera de mármol de su cuarto de baño y abrió la caja del muérdago. La bola venía con un colgador propio, así que acercó una silla hasta el arco que conducía a su dormitorio.

Entonces, titubeó, reflexionó un minuto y desarrolló la escena en su cabeza.

Parecería demasiado obvio si lo hacía retroceder hasta la puerta de su dormitorio, por lo que decidió arrastrar la silla hasta el arco que llevaba al dormitorio de Carter.

Se veía hermoso ahí arriba, y con el árbol, la suite había adquirido un maravilloso aire navideño.

En ese momento ya podía concentrarse en el caso hasta que Carter regresara.

Siempre y cuando pudiera ver a través de las pestañas.

-Los tipos de interés están bajando y yo, personalmente, considero que esta tendencia va a continuar.

-Hmmm -musitó Carter. Esa noche comía mollejas de ternera en un restaurante de la parte baja de la ciudad, Chanterelle, porque la noche

anterior las mollejas de Mallory habían tenido buen aspecto. Por otro lado, la conversación de Brie no avivaba el fuego.

-Esperamos algunas ofertas nuevas y atractivas de municipios de todo el país.

Muy elevadas, Carter, y en tu franja impositiva... -frunció el ceño con aparente preocupación de verdad deberías pensar en invertir ahí.

-Hmmm -empezaba a preguntarse, tal como había hecho con Athena, qué lo había hecho pensar que Brie podría ser la mujer con la que quisiera sentar la cabeza.

Era preciosa, aparte de una mujer dedicada a su trabajo, y seria, lo que representaba una cualidad perfecta en una mujer para largo plazo. Pero no había recordado lo seria que era.

-Podría llamar a tu agente de bolsa por la mañana -indicó Brie-. De hecho, me gustaría establecer una relación con tu firma de valores. Todos sus clientes deberían subirse a este caballo ganador y pronto.

-Hardy & White -dijo Carter.

-¿Qué?

-Mi firma de valores en Chicago es Hardy & White. Son tuyos si me dejas irme a casa-. Si no te enfadas cuando te diga que en cuanto acabe la cena he de irme al hotel. El caso empieza a complicarse. Aún no he terminado el trabajo del día.

-Pensé que sólo estabas tomando declaraciones -entrecerró un poco los ojos.

Supuso que ésa era la causa por la que la había incorporado a su lista de posibles esposas. Había mostrado un interés en los asuntos legales.

-Y así es -respondió mientras el camarero se llevaba los platos y les presentaba el menú de los postres-. Pero las pruebas han expuesto algunas ramificaciones, potencialmente complicadas, que...

-Yo tomaré la créme brúlé y un expreso -le dijo Brie al camarero.

-Lo mismo -se apresuró a pedir Carter, porque la boca de ella ya estaba preparada para el siguiente ataque.

-¿Por quién debería preguntar al llamar a Hardy & White?

-Dan Whitcomb. Ahora bien, esas ramificaciones deben abordarse antes de que nos encontremos en una situación de crisis de la que no podamos salir...

-Estoy segura de que podrás encontrar un minuto por la mañana para prepararme el terreno con Dan Whitcomb -dijo ella, escribiendo algo en la pantalla de su agenda.

-Será lo primero que haga -le aseguró con vehemencia. Por una simple llamada de teléfono, podría recuperar su alma y regresar a casa para averiguar qué había estado haciendo Mallory esa noche.

Parecía un precio pequeño.

Carter no había querido ir a almorzar con Phoebe Angell ese día,

pero ella casi lo había arrinconado. Tampoco había disfrutado de la cita con Brie, pero al menos había tenido una excusa para no «retomarlo donde lo dejamos» con Phoebe, que era lo que ella le había sugerido para esa noche. En su apartamento. No tenía muchas dudas sobre lo que planeaba.

Los dos encuentros poco satisfactorios deberían haberle brindado la oportunidad de quitarse a Mallory y sus secretos de la mente, al menos durante un rato, pero habían surtido el efecto contrario. No era la misma persona a la que había conocido en la facultad, y el cambio resultaba perturbador. Mordiéndose el labio, entró en la suite. Se sorprendió al ver las pestañas de Mallory.

-Hola -saludó, casi tartamudeando. Sentada con aspecto inocente al escritorio, delante de su portátil, ella volvió a mover las pestañas, por dos veces.

-Hola -repuso-. Ninguno de los dos parece ser ave nocturna.

-En todo caso, no ahora. La presión del trabajo, el estrés... -calló, fascinado por la línea azul verdosa bajo los ojos de ella, que incluso podía ver a través de las pestañas inferiores, tan asombrosas como las superiores.

-Mira en la mesa -dijo ella a continuación mientras tecleaba algo-. Alguien te envió un árbol de navidad.

Se acercó al árbol y leyó la tarjeta.

-No sé quién -indicó-. Quizá alguien te lo enviara a ti -ella tenía que saber quién se lo había mandado. Uno de los hombres a los que había estado viendo, o peor, con el único con el que había salido las tres noches que llevaban en Nueva York.

Pareció titubear antes de responderle, y cuando lo hizo, no le ofreció una contestación definitiva.

-Quizá -fue todo lo que dijo-. Sea como fuere, tenemos un árbol.

Había esperado que le dijera «estoy segura de que no».

-Feliz navidad -felicitó al no ocurrírsele otra cosa-. No sé tú, pero mi deseo de Navidad es alcanzar un acuerdo para este caso -«y ganarme tu eterna admiración y sentirme lo bastante hombre como para cortejarte». Se acercó para disfrutar de otra visión de sus pestañas-. ¿En qué trabajas?

-He decidido investigar un poco las fundas de porcelana.

-No te hacen falta fundas -ya casi babeaba. En un esfuerzo por dejar de mirarle las pestañas, la inspeccionó a ella. Se había quitado la chaqueta que hacía juego con sus ojos, y en ese momento llevaba los pantalones ceñidos y el top que se había puesto debajo de la chaqueta. Casi podía ver la sombra provocada por sus pechos.

¿Habría salido con ese tipo, quienquiera que fuera, con esa ropa?

-No son para mí -explicó con paciencia. Pestañeó-. Quería saber si la testigo de los demandantes podía blanquearse los dientes.

-¿Qué has averiguado? -le importaba un bledo, pero necesitaba una distracción.

-Nada.

-Eso está bien -lo tenía hipnotizado la diferencia de su aspecto. Cada línea de su rostro parecía más... impresionante, o algo.

-No, Carter, no está bien -se volvió para mirarlo, y esbozó una sonrisa deslumbrante-. Tienes que estar cansado. Quizá sea hora de que nos acostemos.

«Oh, vaya, ¿de verdad lo crees? ¿No piensas que necesitamos conocernos un poco mejor? ¿Compartir primero unos besos? ¿Una o dos citas románticas? De acuerdo, si para ti está bien ahora, por mí no hay problema».

Con gran dificultad, logró salir de su sueño utópico. Mallory no había querido decir que se acostaran juntos. Menos mal que se había tomado unos segundos para reflexionar antes de hablar.

Ella se puso de pie.

-Desde luego, si quieres tomar una infusión primero, o un café... -avanzó hacia él. Y Carter retrocedió un paso de forma instintiva.

Su cabello brillaba a la luz de la lámpara. Parecía un poco revuelto, lo que le preocupó, ya que Mallory jamás lo tenía revuelto, aunque el lápiz de labios estaba perfecto, lo que lo tranquilizó.

-¿Ha llamado Phoebe para informarnos de los testigos que irán mañana? -lo que de verdad quería saber era el tiempo que llevaba en casa.

-Acabas de perderte su llamada -respondió Mallory. Movía la boca de forma diferente, más despacio-. La supermamá McGregor Ross consiguió una canguro, de modo que vamos a disponer de nuestros dos testigos -la sonrisa que exhibía se ampliar-. Phoebe pareció decepcionada de no encontrarte aquí.

-En tu imaginación -repuso Carter. Aún no la había llamado al teléfono de su casa que le había dado, y durante el almuerzo ella le había mencionado la omisión.

Mallory se acercó un poco más.

-No es mi imaginación. Tienes algo.

Él tragó saliva y retrocedió otro paso. Pero ella avanzó. Repitieron esa coreografía un par de ocasiones hasta que se dio cuenta de que lo había hecho retroceder hasta la puerta de su dormitorio. ¿Qué pretendía ella?

Mallory lo miró directamente a los ojos. Entreabrió los labios.

-Mira arriba -pidió-. Te he atrapado bajo el muérdago.

-¿Qué muér...? -soltó, pero la súbita presión de la boca de Mallory le cortó la palabra. No era más que un beso amistoso, una tradición navideña, entonces, ¿por qué se sintió tan acalorado?

La sintió jadear sobre su boca. Ésa era la señal que había estado

esperando. La sangre pasó de temperatura ambiente a hervir en un segundo al experimentar la súbita visión de cómo sería Mallory en la cama. Tímida al principio, por una vez sin tomar la iniciativa, aunque tampoco fingiendo que era reacia, para estallar bajo su contacto en calor y llamas, en oro líquido vertiéndose sobre él con una intensidad ardiente.

El sudor rompió en su frente y las rodillas estuvieron a punto de cederle cuando la sangre se precipitó hacia su creciente erección. Apoyó una mano a cada lado de la cara e ella, la mantuvo quieta y se permitió besarla como había anhelado hacerlo, de una forma profunda, cálida y apasionada. Pero quería más, quería sentirla en sus brazos y por ello la rodeó y extendió las manos en la espalda de ella, aplastándole los pechos contra su torso. Luego bajó las manos a la cintura, empujando las deliciosas curvas contra la dura tensión de su cuerpo.

Ni siquiera eso fue suficiente. Quería aferrar ese pequeño trasero, apretarla más contra él, pero cuando las manos comenzaron a descender por la espalda de Mallory, una voz dijo: «¿Qué diablos estás haciendo?»

No fue la voz de Mallory, sino una voz dentro de su cabeza. Ella no había solicitado eso de él... sólo un beso inocente bajo el muérdago. A regañadientes, se obligó a soltarla.

Estaba acalorada, con la boca inflamada, los ojos entornados. Carter se preguntó si lo había imaginado o si de verdad los labios de ella se habían aferrado a los suyos hasta el último momento. Lo había imaginado. No encajaba con Mallory que no lo instara a parar.

-Vaya -murmuró ella con voz ronca-. Besa a Phoebe Angell de esa forma una vez y no tendremos ningún problema en convencerla de alcanzar un acuerdo.

Lenta, dolorosamente, dejó caer las manos a los lados. ¿Bromeaba o hablaba en serio? Retrocedió, alejándose del muérdago, de la mirada de esos ojos que en una ocasión había considerado fríos y que en ese momento veía como el interior de una sauna.

-No es así como quieres que solucione este caso, ¿verdad?

-No -repuso con expresión inescrutable.

-Bien, porque yo tampoco quiero solucionarlo así -entró en su habitación y cerró la puerta con un clic definitivo. Habría sido... infantil dar un portazo.

Mallory no podía dormir. Al final se levantó, se puso una práctica bata de viaje, que de pronto odió, y salió de puntillas al salón. Había una mezcla de chocolate caliente en la pequeña cocina. Se prepararía una taza para ver si así conseguía dormir.

Desde donde se hallaba, podía ver la puerta de Carter a través del arco del que colgaba el muérdago. No pudo resistirlo. Los pies se

dirigieron hacia esa puerta. Con cuidado, apoyó la oreja contra la superficie. Desde dentro le llegó el ronquido suave que había imaginado en la fantasía con él, el ronquido que vibraría contra su piel desnuda. Un ronquido que la ayudaría a dormir.

El palpitar que sentía entre los muslos se hizo casi insoportable. Se apoyó en la puerta y dejó que ésta la mantuviera erguida mientras lo deseaba con una intensidad de la que no se creía capaz. La puerta se abrió y, con un chillido, cayó en el dormitorio.

La luz se encendió. Él se sentó en la cama y parpadeó con gesto somnoliento.

-¿Mallory? -la miró con ojos apenas abiertos.

-Mmm, sí -se levantó del suelo-. Cielos, lo siento tanto. No podía dormir, así que fui a prepararme un chocolate caliente y...

«Está desnudo bajo las sábanas. Y su habitación es un caos».

-Y tropecé con la banqueta, ya sabes, la pequeña que hay delante del sillón de terciopelo beige -continuó, agrandando la mentira a medida que proseguía-. Temí haberte despertado, así que escuché detrás de la puerta para cerciorarme de que seguías dormido.

Pudo ver que él empezaba a despertarse. La miraba con expresión extraña, incluso mientras se subía la sábana por el pecho.

Probablemente fuera por su bata. No la hacía sentirse nada sexy.

-Entonces la puerta se abrió y me caí. Lo siento mucho, mucho, vuelve a dormirte porque no volverá a suceder.

Ya estaba. Había logrado salir viva. Después de volver a humillarse, huyó de la habitación, cerró la puerta y permaneció un momento fuera. De haber dejado pasar un minuto, se habría metido con él en la cama. O se habría puesto a ordenarle el cuarto.

Carter aún pensaba en lo sucedido mientras se duchaba al día siguiente y trataba de enfriarse. La había tenido a su alcance, y había tenido que luchar consigo mismo para no arrastrarla a la cama. Había estado preparado para ella, caliente, adormilado y drogado por un deseo que había ido creciendo tanto en su interior, que apenas te permitía mantener el control.

Pero no lo habría respetado por aprovecharse de ella. Habría lamentado haberlo despertado. Después de todo, el episodio se había debido a una casualidad.

Gruñó, salió de la ducha y se secó. Una casualidad más y no sabía cómo respondería. Tenía que hacer tantas cosas al mismo tiempo. Solucionar ese caso, impresionar a Mallory, hacerla desear hacer el amor con un hombre tan inteligente y con éxito como él.

Lo que tenía que hacer era lograr que lo considerara inteligente y con éxito, arreglara o no el caso. Se vistió deprisa. Luego fue al salón.

Como siempre, Mallory ya estaba allí, con un aspecto más nervioso que la mañana anterior, cuando no podía encontrar su tarjeta de

crédito. Llevaba puesto el traje negro. La miró mejor. No era el traje negro de siempre, sino otro, completamente distinto. Hasta era posible que no llevara ningún top debajo, sólo la chaqueta ceñida y los pantalones ajustados.

Era irresistible.

Pero debía resistir. Necesitaba distraerse. Miró en torno al salón.

-¿Has perdido otra cosa?

-No, no, bueno, buscaba la tarjeta de una peluquería que me dio alguien, porque voy a necesitar un corte si nos quedamos mucho más tiempo o pareceré una reencarnación de los setenta, y quería estar preparada, ya sabes, pedir una cita para luego poder cancelarla si volvíamos a casa antes...

Arrojaba tarjetas profesionales como una loca. De pronto, las recogió todas y dijo:

-La verdad es que me siento muy abochornada por lo sucedido anoche. Me siento realmente estúpida.

Por una vez en la vida, Carter iba a comportarse como un verdadero caballero.

-¿Qué pasó anoche? -preguntó, con la esperanza de exhibir una expresión desconcertada.

-¿No lo recuerdas? -dejó de hurgar entre las tarjetas.

-Anoche. Claro que recuerdo anoche. Llegué, tú investigabas las fundas de porcelana en Internet, nos regalaron un árbol y me besaste bajo el muérdago.

Ella se ruborizó.

-Me dejé llevar por el espíritu navideño. Pero después de eso... ¿no recuerdas nada después de eso?

-Sí, hoy a las siete de la mañana.

Lo miró fijamente.

-Pero me hablaste.

-Siempre te hablo. ¿De qué me estás hablando?

-De nada -esbozó una sonrisa leve y bonita-. Creo que ya estamos listos para bajar a desayunar.

Aunque las pestañas no parecían tan largas como el día anterior, sí estaban mucho más largas que de costumbre y no quería empezar a obsesionarse con ellas o en lo que pudo haber pasado y no pasó, de modo que se situó detrás de ella y la guió hacia la puerta, sin permitirse mirarle el trasero en esa ocasión.

Casi habían salido cuando tuvo una ocurrencia. Sería una nimiedad, pero ayudaría a que la habitación se impregnara aún más del espíritu navideño. Después de todo, ella había comprado muérdago para recordar las fiestas.

-He olvidado una cosa dijo-. Ve delante y elige mesa. Bajaré en el siguiente ascensor -la empujó hacia el pasillo y cerró la puerta.

Tardó tres minutos en localizar lo que buscaba debajo del montón de ropa que se había puesto y quitado desde que habían llegado. Cinco minutos más tarde, el árbol de navidad exhibía un único adorno, el que había comprado en Bloomingdale's como su contribución a la fiesta de navidad que iba a celebrarse en su bufete. Era una bola de cristal enorme con líneas doradas y plateadas. Empequeñecía el árbol diminuto, pero le pareció que quedaba muy bonita. Esperó que Mallory la notara.

De camino al ascensor, vio una tarjeta en el suelo del pasillo. Se agachó para recogerla. Y como tuvo que esperar unos minutos a que llegara, la leyó.

M. Ewing. Creadora de Imagen.

¿Creadora de imagen?

Pensó en su imagen. En la imagen que quería cambiar.

Esa gente solía engañar.

Aunque algunos expertos no lo hacían. Importantes figuras públicas pagaban por los servicios de creadores de imagen.

Nunca sabría si esa persona era una impostora o no. No necesitaba que nadie lo ayudara. Sólo necesitaba...

O quizá sí. Tal vez necesitara ayuda. No estaría de más que guardara la tarjeta.

Llegó el ascensor. Guardó la tarjeta en el bolsillo y bajó para desayunar con Mallory, y esa mañana pensaba volver a los huevos. Al cuerno su corazón. Necesitaba toda la energía que pudiera conseguir.

Capítulo 9

-¿Las manchas verdes le produjeron alguna incomodidad al bebé?

-No, y no gracias a su tinte -resopló McGregor Ross-. Se lo lavé de inmediato y le pasé loción por el pecho.

Aquella mujer se había teñido el pelo con el producto defectuoso. Al mirarse en el espejo y ver que su pelo estaba verde había agitado las manos y dejado caer tinte en el pecho del bebé.

Carter jugó con la pluma entre los dedos. Pensó que podría ser una mujer bonita si no tuviera esa expresión de mal genio.

-¿Cuánto tiempo persistieron las manchas?

-El tiempo suficiente para que se perdiera una audición importante, que podría haber lanzado su carrera de modelo.

-Pero ahora puede presentarse a las audiciones -Carter sonrió con gesto de ánimo.

-¡Está creciendo! ¡Perdió seis meses cruciales de oportunidades!

-¿Tuvo algún encargo en los meses anteriores al incidente del tinte?

-No, pero... -la señora Ross reaccionó como una gallina enfadada.

-¿Tuvo algún encargo después de que desaparecieran las manchas verdes?

-Bueno, no, pero...

-Me opongo a esta línea de interrogatorio -intervino Phoebe.

Carter necesitaba un descanso... un descanso de la avariciosa señora Ross, un descanso de los ojos invitadores de Phoebe y del modo en que los contradecía con sus protestas y comentarios agudos, y por encima de todo, necesitaba un descanso de la presión que le producía tener a Mallory sentada al lado, tan cerca, que casi podía sentir cómo el calor de los cuerpos de ambos se combinaban en una reacción química explosiva.

La oportunidad le llegó en forma de llamada telefónica. Se excusó y siguió al pasante que le había llevado el mensaje, que lo guió a un despacho vacío.

-Carter. Bill Decker.

-Hola, Bill. ¿Qué sucede? -Mallory y él informaban al jefe tres veces al día, de modo que debía de haber tenido una idea lo bastante buena como para no poder esperar a que uno de los dos lo llamara.

-He estado pensando -se detuvo.

-Pensando... -empleó el mismo tono de impaciencia que con la señora Ross.

-Bueno, odio sacar el tema.

Carter controló su impaciencia.

-¿Cómo os lleváis Phoebe Angell y tú?

-Bien, creo. ¿Se ha quejado de algo que haya dicho o hecho?

-No, no se apresuró a decir-. Bueno, sólo quiso saber qué clase de

relación teníais Mallory y tú, lo que hizo que me preguntara...

En ese momento Carter simplemente esperó. Tenía el mal presentimiento de que sabía lo que se avecinaba.

-Le aseguré que Mallory y tú sólo erais compañeros. Quiero decir, Mallory es Mallory.

«Ya no». Apretó la pluma entre los dedos. Sin analizar las alternativas, Bill descartaba cualquier posibilidad de que pudiera sentir algún interés físico en Mallory.

-Mi relación con Mallory no es asunto de Phoebe -manifestó, sonando tan tenso como se sentía.

-Desde luego que no -se apresuró a corroborar Bill-, pero...

Carter suspiró.

-¿Pero qué, Bill? Suéltalo.

-Me preguntaba si un poco de atención personal a Phoebe podía facilitar el camino, suavizar la atmósfera, recanalizar sus intereses. ¿Entiendes lo que estoy diciendo?

«¿Cómo no entenderlo? Lo has explicado de tres maneras»

-¿Por eso me asignaste el caso? -preguntó. Era directo y no lo idóneo para decirle al hombre que, en ese momento, era su jefe, pero tenía que saberlo-. ¿Quieres que me prostituya para sacar a Sensuous del apuro?

-Por supuesto que no -exclamó; luego continuó con suavidad-: Te quería en este caso porque estaba seguro de que podrías alcanzar un acuerdo... -titubeó- empleando todos los medios a tu disposición.

Sonó tan conmocionado, que le confirmó que ésa era precisamente la causa por la que le había dado el caso.

-Yo también tengo la certeza de que puedo alcanzar un acuerdo, Bill -afirmó, llegando a la conclusión de que la indignación no iba a aportarle nada-. Sin embargo, prefiero llevarlo de una forma más directa.

-¿Se te ha ocurrido alguna idea directa? -preguntó Bill con sequedad.

-Mallory y yo estamos llenos de ideas -mintió-. Es sólo cuestión de elegir la que mejor funcione.

Concluyeron la llamada en términos amistosos, pero Carter no se sentía bien consigo mismo. Era la gota que colmaba el vaso. Durante los últimos cinco minutos, había estado jugando en el bolsillo con la tarjeta de los Creadores de Imagen y en ese momento la sacó. Necesitaba cambiar su imagen... no sólo para que Mallory lo valorara, sino para conseguir también su propia aprobación. Emplearía un nombre falso, pagaría en efectivo, nadie tendría que saber que el prometedor Carter Compton tenía, a la avanzada edad de veintinueve años, una crisis de seguridad.

Una voz masculina respondió en el número de Creadores de

Imagen.

-Me gustaría solicitar una cita -dijo Carter.

-Sí -ronroneó la voz-. ¿Su nombre?

Carter titubeó.

-Jack Wright.

-Señor Wright.

«Me gustaría ser el hombre perfecto para Mallory».

Ese pensamiento lo sobresaltó tanto, que soltó la pluma y a punto estuvo de aplastarla con el zapato antes de recordar que era una pluma Mont Blanc y no un cigarrillo encendido.

Se agachó para recogerla.

-Mmm, quizá no sea una buena idea -musitó, sintiendo que la frente se le perlaba de sudor.

-Cuando nuestros clientes dicen eso -comentó la voz-, por lo general indica una emergencia. ¿Puede venir ahora mismo?

-¿Ahora? -graznó la palabra-. No, no, no puedo. Estoy trabajando.

-¿A la hora de comer?

Tal como había pensado. Un fraude. No tenían clientes. Ni siquiera suficiente sofisticación como para fingir que M. Ewing se hallaba muy ocupado, aunque quizá lograrían hacerle un hueco. Pero empezaba a pensar que, tal como había dicho el hombre, podía tratarse de una emergencia, y jamás obtendría tan deprisa una cita con un psiquiatra. Tal vez sólo necesitaba hablar con alguien y cualquiera serviría.

-Podría estar a las doce y media -dijo.

-Ella lo recibirá entonces.

¿Ella?

-¿Ella? -repitió en voz alta.

La voz se tornó helada.

-¿Tiene algún problema por consultar su imagen con una mujer?

-No, no, no -se apresuró a repetir-. Di por hecho, ya sabe, con el nombre M.

Ewing, que... -se recobró-. Estaré allí a las doce y media -prometió con tono más firme.

Pero primero tenía que escuchar a una mujer que estaba decidida a meter a su bebé en el juego de la moda. Pobre criatura.

A las doce y veinticinco, después de dejar a Mallory y a Phoebe en el bufete, ganándose sus miradas extrañadas al ver que las abandonaba, observó con aprobación la mansión que al parecer albergaba a los Creadores de Imagen.

Subió por los escalones limpios hasta la puerta, donde sus sensaciones positivas se desplomaron. Contempló la aldaba. Bajo ningún concepto iba a agarrar esa cosa para hacerla sonar contra las bolas. Con sólo pensar en ello, experimentaba un agarrotamiento en la entrepierna. Así que llamó con los nudillos. Un momento más tarde, la

puerta se abrió.

-Señor Wright -dijo el hombre ante la puerta, pero sus ojos fueron directamente al llamador-. Oh, gracias al cielo, pensé que lo habían robado.

-¿Alguna vez ha pensado en poner un timbre? -gruñó Carter.

El hombre sonrió.

-Soy Richard -se presentó-. Maybelle está lista para recibirlo.

-¿Maybelle? -dijo, pero de todos modos lo siguió por el recibidor de mármol.

Asimiló el despacho de esa tal Maybelle con un escrutinio rápido, observó que era poco usual, luego le dedicó un estudio a la mujer que había detrás del peculiar escritorio y llegó a la conclusión de que el pelo debía de haber pasado por varios tratamientos de choque. Se sentó, la miró con ojos centelleantes y dijo-: Su aldaba es obscena. Si está interesada en las imágenes de otros, me sorprende que no sea más cuidadosa con la suya.

También la mujer lo había estado estudiando, pero en ese instante centró su atención en la cara de él.

-¿De qué está hablando?

Carter hizo una mueca por el simple hecho de oír la voz de ella. Era una farsante, no cabía duda, y pensaba largarse de allí en cuanto dejara clara su postura acerca de la aldaba.

-El llamador -explicó.

-Oh, eso. Le dije a Dickie que eligiera uno. Yo jamás uso la puerta delantera, así que no sé qué compró. ¿No le gusta? Desde luego, transmite un sonido bien claro.

Carter se puso de pie.

-Será mejor que le eche un vistazo y que decida por sí misma.

Si comentaba «Eh, es fantástico», o lo que fuera que dijera con ese acento tejano, sabría que no pintaba nada ahí. Pero cuando salieron al exterior juntos y echó un vistazo a la puerta, chilló:

-¡Dickie!

El grito reverberó en las elegantes fachadas que alineaban la calle tranquila e invernal.

-¿Señora? -Richard apareció con expresión tímida.

-¿Qué es eso? -señaló Maybelle con dedo tembloroso.

-Bueno, es...

-No lo digas -espetó la mujer-. ¿Intentas arruinarme? ¿Qué va a pensar la gente?

Yo te diré qué... que dirijo un servicio de acompañamiento masculino.

Dickie se irguió.

-Para mí, dice que tenemos sentido del humor.

-Bueno, pues no es eso lo que me dice a mí. Deshazte de ello.

Compra alguna aldaba antigua y bonita que sólo parezca un llamador, ¿entendido?

-De acuerdo -aceptó con un suspiro.

-Y prepáranos un poco de café. ¿Le gusta normal o descafeinado? -le dedicó una mirada de evaluación.

-Normal, pero no... -se iba a ir, era lo que había decidido, en cuanto recuperara el abrigo.

La mirada expresó su aprobación.

-Por todos los santos. Le gusta normal, ¿has oído, Dickie? Prepáranos algo bien fuerte -añadió antes de conducir a Carter de vuelta por el recibidor-. No ha venido sólo para eso, ¿verdad? Me refiero a gritarme por la aldaba.

En vez de pedirle el abrigo, la miró, miró en unos ojos azules enormes que se ofrecían a escuchar lo que él tuviera que decir.

-No -reconoció.

-Entonces, siéntese -lo guió hacia el sillón que había del otro lado de su escritorio, que parecía el nido fosilizado de algún pterodáctilo ya desaparecido-.

Ahora que nos hemos ocupado del llamador -indicó-, dígame qué le parece este escritorio. Quizá deba dedicar unos minutos a trabajar en mi propia imagen.

Había hecho todo lo que Maybelle le había indicado y, aun así, había invitado a otra a almorzar. Tampoco era a Phoebe Angell. Al menos a Phoebe ya la conocía.

Rechazó la poco entusiasta invitación de ésta para que comieran juntas y regresó al Hotel, ocupó una mesa para uno en el restaurante, pidió una ensalada y luego subió a la suite.

Abrió la puerta de la habitación y lo primero que vio fue el diminuto árbol de navidad... con el adorno que Carter había comprado en Bloomingdale's la primera noche que pasaron allí.

El mensaje no verbal de ese único adorno la aturdió. Ella era demasiado verbal como para saber lo que significaba, pero estaba segura de que su intención era comunicarle algo. «Me alegro de que compraras el muérdago o algo así». Fue consciente del peso que se había asentado en el tronco inferior de su cuerpo, y comprendió que no era nada nuevo, estaba allí cada segundo que pasaba con Carter, aunque parecía hacerse más pesado, más duro de soslayar.

Mientras contemplaba el adorno, una certeza se aposentó en sus huesos. «Esta noche o nunca».

Después de acabar con el interrogatorio de McGregor Ross a las cinco y media, él anunció que tenía que irse.

Con una hora vacía hasta el encuentro con Maybelle en Bergdorf s, Mallory decidió comprobar su correo electrónico.

La sorprendió tanto ver la dirección de Macon en la columna de

recibidos, que prescindió de todos los mensajes de trabajo y abrió el de su hermano. Era mecánico, como de costumbre, pero el mensaje no era tan habitual.

«mallory ¿crees que alguien que ha sido educado como nosotros puede relajarse lo suficiente como para enamorarse de Macon?»

¿Macon? ¿Preguntaba sobre el amor? ¿La Tierra seguía girando? ¿La luna había escapado de su órbita?

Le contestó:

«No lo sé, pero creo que debemos probarlo para averiguarlo», los dedos aminoraron el ritmo sobre el teclado, luego tecleó con celeridad. «¿Qué es lo que haces exactamente en Pennsylvania»

Se levantó del ordenador. La suite parecía vacía sin Carter. Sentía como si su vida hubiera estado vacía sin él, y que continuaría estándolo. Era un buen consejo el que le había dado a Macon. Ella tampoco lo sabría jamás hasta no intentarlo.

-Esta noche vamos a comprar ropa interior -le informó a Maybelle cuando se reunieron en la primera planta de Bergdorf's, en el departamento de joyería.

La miró a los ojos.

-Oh, cariño, esto empieza a sonar bien -entonó Maybelle-. Pensaba dejar lo de la ropa interior para más tarde, pero si te sientes preparada, adelante. ¿Hoy ha sucedido algo interesante?

Subieron por la escalera mecánica hacia lencería.

-Carter ha salido con alguien -dijo, sintiéndose desanimada-. No con Phoebe, y no mencionó ni a Athena ni a Brie, de modo que es un desafío nuevo. Explicó que había ido a que le hicieran una endodoncia. Quizá haya mentido, pero tenía un aspecto horrible al volver.

Maybelle soltó una carcajada.

-Hoy recibí a un hombre que actuó como si hablar conmigo fuera peor que una endodoncia -movió la cabeza.

-Hombres -dijo Mallory-. Odian abrirse, ¿verdad?

-Sí, son como ostras -los ojos le brillaron victoriosos-. Con sólo mirar a éste supe que curiosear en su vida no serviría de nada. Tuve que aplastarle la coraza con un mazo. Lo hice venir una segunda vez en el mismo día. Es un récord.

Mallory sintió una cierta simpatía por el sujeto.

-¿Cuál era su problema, ya que no mencionamos nombres? -quiso saber.

-Oh, uno de los corrientes -indicó Maybelle-. Siempre se le han dado bien las mujeres, pero ahora quiere que lo miren de manera diferente. Si quieres saber mi opinión, está enamorado de una chica, pero todavía no lo sabe, y aunque lo supiera, no tendría ni idea de cómo decírselo.

Al llegar a lencería, Maybelle se perdió entre sedas, nylon, tonos pastel, negro y motivos de leopardo. Mientras daba vueltas y recogía cosas, charlando con otra vendedora obsequiosa, Mallory permanecía paralizada, contemplando un maniquí con un camisón y una bata de color rosa intenso. La bata era de estilo kimono, con mangas amplias y un cinturón. Era corta, y el camisón aún más corto, con rebordes de encaje y unas sencillas tiras finas en los hombros. Maybelle pasó de camino a un probador.

-Quiero esto -anunció Mallory.

Maybelle se detuvo en seco.

-Es muy bonito -se dirigió a la vendedora-. Tráele un juego para que se lo pruebe, ¿quieres, cariño?

En el vestidor, tuvo una sensación con el camisón, y se intensificó cuando se lo puso. Debajo estaba desnuda y le rozaba el cuerpo como una caricia. Se movió con placer. El palpitar familiar del deseo se intensificó hasta que creyó que las rodillas le cederían. Si Carter hubiera estado con ella en el vestidor...

Se probó la bata. La cruzó sobre los pechos y la sujetó con el cinturón, luego vio cómo empezaba a separarse por la parte frontal, seda contra seda. Durante un momento, se apoyó en la pared del vestidor.

-¿Va todo bien? -quiso saber Maybelle.

-Sí -susurró.

-¿Eh?

-Al fin he descubierto lo que quiere decir -dijo con sonoridad suficiente para atravesar la puerta-. Me siento sexy.

-Sea lo que sea lo que tenga puesto -le susurró Maybelle a la vendedora-, nos lo llevaremos -luego la voz llegó con debilidad a través de la puerta -cerrada-. Ahora que lo sientes, cariño, ¿qué vas a hacer al respecto?

Se parecía mucho a lo que debería ser una confesión. En el anonimato del vestidor, hablando en voz baja a través de la puerta, le contó a Maybelle exactamente lo que pretendía hacer.

Entró en su habitación con su nueva ropa interior, luego salió de puntillas otra vez. No pudo evitarlo, tenía que colgar su abrigo. De pronto muerta de hambre, regresó al dormitorio y llamó al servicio de habitaciones.

-¿La subimos su cena con la del señor Compton? -preguntó la voz que contestó el teléfono.

Tuvo ganas de preguntar si era sólo una cena o dos, pero no podía hacerlo.

Pensó un minuto.

-No, suba la suya cuando esté lista.

Desde su dormitorio, oyó el timbre, luego a Carter salir de

puntillas para recibir su cena. Mallory tenía la oreja pegada a la puerta. De modo que, cuando el timbre volvió a sonar treinta minutos después, fue ella quien salió de puntillas y condujo al camarero con el carrito hacia su habitación. Cuando el camarero abandonó su cuarto, oyó a Carter salir con sigilo para entregarle la bandeja vacía.

Sintió que la tensión crecía. Cuando hiciera lo que tenía intención de hacer, tal vez lo sorprendiera. Su plan era lo que se podía llamar una emboscada, muy poco deportivo, pero altamente eficaz.

La noche siguió su curso. Al terminar de cenar, fue otra vez de puntillas a depositar la bandeja fuera de la puerta de la suite. Desde la habitación de Carter llegaban los sonidos apagados de una película de acción: ¡Bam! ¡Bang! ¡Crash! A continuación, se dio un baño de espuma. Se lavó el pelo, se lo secó hasta dejarlo como una cascada de seda, se maquilló otra vez y luego puso una película romántica.

Cuando ya no pudo soportarlo más, se acercó con sigilo hasta la puerta de Carter. Estaba dormido. El ronquido suave era una señal inconfundible.

Había llegado la hora.

Como si fuera una campaña de guerra, volvió a comprobar sus municiones. El maquillaje, ni poco ni mucho, el pelo, el camisón y la bata rosados, las uñas de las manos y de los pies.

«Deja de titubear. De acuerdo, primero puedes ponerte un poco de perfume».

Se dijo que quizá empezaba demasiado pronto.

«¡Cruza ese condenado pasillo!»

Avanzó por el salón, se situó en el exterior de la puerta de Carter...

Había olvidado los papeles que se suponía que tenía que agitar ante su cara.

Volvió a atravesar el salón. Recogió los papeles. Regresó a la puerta de Carter.

«Basta de tonterías. Adelante».

Abrió la puerta con un ruido ensordecedor.

-¡Carter, se me ha ocurrido algo! -anunció-. Despierta. Tengo que hablar contigo ahora, mientras sigue fresco en mi mente -había llegado junto a la cama, donde él se debatía, tratando de sentarse. Se dejó caer en el borde y subió una rodilla hasta que lo tocó.

-¿Es por la mañana? -graznó él.

-Todavía no. Esto es demasiado importante para esperar hasta la mañana.

El acto de separar las piernas de esa manera, sintiendo que la bata se abría y que el aire fresco de la habitación penetraba entre sus muslos mientras en todo momento permanecía tan cerca de la masculinidad abrumadora de Carter, empezaba a surtir un efecto sorprendente en ella. Dejó los papeles del otro lado, lo que le brindó la

excusa de inclinarse sobre él y rozarle el torso con los pechos. É1 daba la impresión de tratar de cubrirse más, pero la posición que mantenía ella se lo imposibilitaba.

-¿Puedes despertar lo bastante como para escuchar?

Estaba tan despierto como nunca lo había estado en la vida. Quizá no tuviera los ojos plenamente abiertos, pero debajo del edredón todo cobraba vida. En la luz que entraba por el umbral, podía ver con bastante claridad como para reaccionar a la suavidad de la escueta bata que llevaba puesta. La rodilla de ella le empujaba el muslo y la bata se abría, proporcionándole un vistazo de sus pechos, suaves, cremosos, como la copa de un helado que suplicara que la lamieran.

Bajo la bata llevaba un camisón, pero no ocultaba nada. Sus manos anhelaban deslizarse por la abertura de la bata, coronarle los pechos, llevarlos a la boca uno por vez, descubrir y explorar los pezones. Quería hacerla gritar de placer y que le suplicara más.

Su erección, súbita y poderosa, palpitaba con insistencia.

-Hay un punto en común que aparece en todas las declaraciones -dijo ella, pero sus sentidos se pusieron en alerta cuando se acercó más, se inclinó más y apoyó la mano en el pecho de él con los dedos abiertos.

El aroma de su perfume le invadió el olfato, no abrumador pero sí fascinante, algo rico, misterioso y sugestivo. El resplandor de su cabello, el centelleo de sus ojos... proyectaban un hechizo sobre él.

Mallory también lo sintió. Lo notó por el modo en que su voz salió lenta, densa, hasta que sonó como miel espesa.

-Todos quieren algo -afirmó, pero tenía los ojos clavados en su cara.

Dios, cuánto deseaba bajarla sobre él y tomarle la boca con tanto ardor y pasión que hiciera que ella deseara que la tomara toda con igual intensidad.

-Todo el mundo quiere algo -logró decir él con voz ronca.

Estaba desesperado por manifestarle lo que él quería. No, por demostrárselo, con la boca, con la lengua, con las manos, con el pene que le palpitaba dolorosamente por el anhelo de estar dentro de ella.

Pero eso era más de lo que podía esperar.

-Sí -corroboró Mallory-, y lo interesante de estos testigos es que todos ellos quieren lo mismo. Quieren... quieren...

A Carter se le paralizó el corazón cuando la boca de ella se acercó más y más, hasta que de pronto la tuvo allí, con los labios pegados a los suyos. La rodeó con los brazos y le recorrió el cuerpo largo, esbelto y dulce. Luego, al final, con un gemido que vibró por todo su ser, ella extendió las piernas sedosas e interminables y las situó encima, estirándolas sobre toda la extensión de su cuerpo.

Mallory ya se encontraba en un estado de semejante éxtasis, que

no supo cómo podría soportar más. Él era todo dureza masculina, la lengua se mezclaba con la suya, las manos le aferraban los glúteos y la moldeaban contra la parte de él que estaba más firme y era más exigente... En una agonía de deseo suspendido, separó los muslos y los cuerpos se fundieron, calor y humedad, e instintivamente se movió sobre él, paladeando el poder de Carter mientras ella buscaba la liberación que con tanta desesperación necesitaba.

La besó con una pasión que no requería palabras ni explicaciones. El torso estaba pegado a sus pechos y Mallory frotaba los pezones contra el vello rizado, enloquecida por el placer que le brindaba, disolviéndose en un torrente de fuego líquido.

-No podemos hacer esto -intentó apartarla.

Ella supo que tanto su corazón como su cuerpo no compartían sus palabras.

-Sí que podemos -le susurró al oído con absoluta determinación-. Lo estamos haciendo.

-No, no, no deberíamos... oh, Dios -musitó cuando ella le introdujo la lengua entre los labios para apoderarse otra vez de su boca.

-¿Por qué no deberíamos? -le mordisqueó la mandíbula.

-Porque tú realmente no quieres -jadeó a medida que los labios llegaban a su cuello-. Es sólo el momento. Es la noche y la navidad y la tensión del caso...

Sin aliento, se encontró tendida al lado de él. Era agradable, pero no donde quería estar.

-¿Y qué tiene de malo eso? -preguntó, la voz tan ronca por el deseo, que apenas podía hablar.

-Oh, Mallory -musitó-. Nada, excepto... por la mañana vas a respetarme incluso menos.

Antes de que pudiera organizar su mente para preguntarle qué quería decir con esa declaración, Carter la rodeó rápidamente con el brazo y le tomó la boca.

Habían pasado el punto de no retorno.

Capítulo 10

«De modo que esto es el éxtasis». Derrumbada en sus brazos, hormigueando todavía por los espasmos que la habían sacudido minutos antes, quiso pellizcarse para asegurarse de que no se trataba de un sueño nacido de sus sueños más profundos. Nunca le había pasado algo así. Unas relaciones breves e insatisfactorias que habían terminado de mutuo acuerdo y con igual alivio, pero en ningún momento se había sentido de esa manera. Se había jurado sentir eso con Carter, y al fin sucedía.

Debía de haberse estado reservando para él todos esos años.

Se acurrucó contra su hombro y le besó el cuello. Él le había estado mordisqueando el lóbulo de la oreja y en ese momento deslizó su boca hacia la mejilla de ella, para llenarla de besos hasta el mentón. Después de desnudarla, le besó los pechos y le mordisqueó los pezones. Se retorció contra él, sorprendida de sentir que el calor palpitante volvía a crecer. Había otra cosa que quería, algo con lo que había fantaseado. Seguro que a él no le importaría.

El cuerpo sudoroso se deslizó por el de él hasta que se situó a horcajadas y pudo sentir la deliciosa dureza presionando la parte más sensible de su cuerpo. Con un sonido bajo de sorpresa, Carter se acomodó debajo de ella, le coronó los glúteos con las manos y la movió con gentileza, bajándola más con cada oscilación de un modo que la iba a volver loca como no se moviera con fuerza y velocidad. Comenzó a mecerse contra él al tiempo que la palpitación crecía y se hacía más fuerte. Él se adaptó al ritmo y la instó a continuar, y cuando los espasmos volvieron a consumirla, Mallory gritó:

-¡Dentro de mí! Te quiero dentro de mí ahora -sabía que era lo único que le hacía falta para sentirse completa.

-Sshhh -susurró él-. En un minuto, en un minuto...

-Oh, oh... -los temblores la recorrían como un terremoto, fragmentándola con su poder-. Ahora, por favor, ahora -gimió.

De algún modo, él estaba protegido y lo tuvo donde quería tenerlo, encima de ella, tomando el control, penetrándola. Jadeó ante el calor y la dureza de Carter y éste al principio la poseyó con suavidad. Luego, dominado por su propia necesidad, la embistió mientras ella se arqueaba a su encuentro, sintiendo la urgencia desesperada y suplicándole que compartiera su placer, hasta que al final, con un grito, la penetró una última vez y juntos se desplomaron en los profundos y palpitantes estremecimientos de la liberación.

Después, se aferró a ella, deslizándose a un costado, pero sin dejarla ir, sin dejar que se sintiera sola, y ella permaneció en sus brazos, jadeante en el aire fresco de la noche.

-¿Lo lamentas? -susurró Mallory con voz extenuada.

-No -le mordisqueó el lóbulo de la oreja con suavidad-. ¿Y tú?

-Uh, uh. Ha sido agradable.

-Agradable. ¿Agradable?

Sintió la sonrisa de Carter contra su mejilla.

-Extremadamente agradable.

-Estoy seguro de que puedo mejorar eso -con las manos inició una lenta y enloquecedora exploración de su cuerpo. La noche no había hecho más que empezar.

Si eso era todo lo que podría tener de él, atesoraría esa única noche. Ella había provocado que tuviera lugar en un acto de atrevimiento del que nunca había soñado ser capaz, y lo mantendría para siempre en su corazón, aunque no pudiera tener a Carter para siempre en sus brazos.

-Vaya, prácticamente hemos destruido todo -Carter se sentó en la cama y contempló el caos del dormitorio con aparente satisfacción.

Todavía dormida a medias y tumbada boca abajo, Mallory pasó la mano por la alfombra y recogió varias piezas de celofán que él había tirado con descuido en dirección a la papelera. De hecho, algunas habían aterrizado dentro.

-Admiro tu aplomo -manifestó antes de bostezar-. Me refiero a que recordaras los preservativos cuando decidimos cambiar de dormitorio.

-Tú no eres la única que está preparada.

-No pienso entregarte la medalla de oro -indicó ella-, pero te subiré un poco la nota -aún tenía puesto el reloj y lo miró, sorprendida de que hubiera sobrevivido a las acrobacias de la noche-. Menos mal que es sábado.

-Sí. De lo contrario, estaríamos metidos en serios problemas -Mallory sintió que le pasaba los brazos por debajo del cuerpo y que le daba la vuelta-. Ha llegado el momento de la verdad -le recorrió el cuerpo con la vista.

-Ja -se burló, asombrada de lo descarada que se sentía-. Tú pierdes.

El le pasó los dedos por el vello púbico, que era de un rubio claro, e hizo que se moviera inquieta bajo las sábanas.

-Yo no lo llamaría perder -suspiró con pesar-. No estoy seguro de poder continuar hasta no haber desayunado y tomado una ducha.

-No pasa nada -aseguró ella-, aunque no era lo que había esperado de ti, pero...

Carter, no te atrevas. Para ya. Sólo bromeaba. Necesitamos café. Ducharnos.

Desayunar. Quiero cepillarme los dientes... Carter...

Su cita con Maybelle era a las cuatro de esa tarde, y ésta le había anunciado que tomarían el té en el Salón de Té de Lady Mendl, en Gramercy Park. Tomar el té en una tarde invernal sonaba maravilloso. Tenía que pensar en una razón plausible para separarse de Carter... y al fin la había encontrado.

-Esta tarde tengo una cita para que me arreglen las puntas del pelo -le dijo mientras almorzaban una sopa de pescado y quiche de cangrejo en la mesa redonda del salón-. Puede que esté ausente un par de horas. Necesito algunas cosas, pantys...

-calló y se preguntó si era imaginación suya o por la cara de Carter había pasado una expresión de alivio. Tampoco podía culparlo. Ella misma se sentía exhausta. Y

hambrienta. Rara vez tomaba más de una ensalada en las comidas, pero atacaba el cangrejo como si llevara días sin comer.

-A mí tampoco me vendría mal un corte de pelo, aparte de que me he quedado sin crema de afeitar.

-No me he dado cuenta -le dedicó una sonrisa íntima.

-Te habrías dado cuenta mañana.

De modo que aún no estaba aburrido. Eso era bueno.

-De acuerdo, entonces, podemos irnos a...

-Me gustaría irme a las dos y media -la interrumpió-. Puede que llegue al final del partido de fútbol si me voy pronto.

-Yo me quedaré un rato más y ordenaré mi ropa para la semana próxima.

Volveré a eso de las cinco y media.

Lo miró y notó que él parecía mirarla de la misma manera, del modo en que las personas se observan cuando no han contado toda la verdad.

La mentira de ella, desde luego, era perfectamente inocente. Compraría unos pantys en Saks y, antes de ir a tomar el té, se metería en una de las innumerables peluquerías de Nueva York para que le retocaran las puntas. Lo único que hacía era no mencionar su cita con Maybelle, eso era todo. Tenía la impresión de que el plan de Carter no era tan inocente.

Quizá tenía que despedirse de alguien. Para siempre.

Quizá tenía que calmar a alguien hasta que se aburriera de ella.

Quizá necesitaba un corte de pelo y crema de afeitar, pero para ella su pelo estaba bien. Y allí donde su cara la había tocado, lo había sentido maravillosamente suave. Tembló.

-Lo que pienso, Jack -le dijo Maybelle-, es que te has enamorado de alguien y que te da miedo no ser lo bastante bueno para ella.

-No lo sé... enamorarse puede ser una palabra excesiva. O tal vez no. Desde luego, me ha obsesionado. En cuanto a lo de no ser demasiado bueno, no se, quizá sea lo bastante bueno, pero no lo bastante inteligente. O tal vez sí lo sea. Lo que pasa es que no consigo que nadie me vea de esa manera -se sentía aturdido de tanto desayuno, tanto almuerzo, tanta excitación, poco sueño e insuficiente información acerca de dónde diablos tenía que ir Mallory esa tarde. Había mostrado algo evasivo en el modo en que había mencionado su

corte de pelo.

Por supuesto, tampoco él había dicho la verdad, pero sabía sobre qué mentía y era perfectamente inocente.

-Bueno, háblame de tu chica -pidió Maybelle-. De cómo os conocisteis. Quizá algo haga clic en mi cabeza.

-La conozco desde hace mucho tiempo. Fuimos juntos a la facultad de Derecho.

-¿Los dos sois abogados?

-Sí.

-Es una coincidencia -musitó Maybelle, más para sí misma que para él.

-En realidad, no -indicó Carter-. La gente se conoce en la facultad. Es lo que nos pasó a nosotros. Estudiamos juntos.

-¿Estudiasteis juntos? ¿Nada más?

-No.

-¿No la considerabas bonita?

-Sí, me parecía muy bonita.

-Pero no era sexy.

-No se comportaba de forma, mmm, accesible -reconoció Carter.

-De acuerdo, os conocíais desde hacía tiempo, pero no había ocurrido nada y de pronto quieres hacer algo. ¿Qué ha cambiado?

-Ella -soltó-. Quiero decir, más o menos.

-¿Qué cambió? ¿Su pelo? ¿Su ropa?

-Su pelo no -respondió con rapidez-. Más le vale no cambiarlo. Su pelo...

-empezaba a excitarse con sólo pensar en su condenado pelo-. Es como maíz de seda, pero incluso de un tono más claro -concluyó.

La expresión de Maybelle cambió. Fue un cambio infinitesimal, pero Carter había pasado demasiado tiempo en los tribunales como para no notar los matices en las caras de las personas. La estudió con detenimiento.

-¿Te han dicho alguna vez que tienes alma de poeta? -fue lo que dijo ella.

-No.

-De modo que ella no cambió su pelo. ¿Qué me dices de su ropa?

-Siempre tuvo un aspecto agradable -jugó con la pluma entre los dedos-. Lo que pasa es que su ropa no te hacía pensar que debajo había un cuerpo.

-¿Y ahora sí?

Carter frunció el ceño.

-Bueno, después de que le ensuciara el traje negro... -Maybelle se sobresaltó de forma visible-. ¿Estás bien?

-Sólo una punzada de la artritis, cariño. Continúa. ¿Cómo le ensuciaste el traje?

-Le eché mostaza encima. Luego apareció con esa chaqueta roja... -calló porque Maybelle había tirado al aire su taza de café.

-Oh, diablos -dijo, sonando realmente nerviosa-. ¡Dickie! -chilló-. Ven y tráeme unas toallas de papel.

Sí, estaba loco. Se enfrentaba al momento más importante de su vida, y se ponía en manos de una chiflada declarada.

Ahí demostraba lo inteligente que era. ¡Recurriendo a alguien que había descubierto al recoger una tarjeta en el pasillo del hotel! Si Mallory lo supiera, podría despedirse de cualquier posibilidad de ganarse su respeto.

Maybelle jamás llegaba tarde, de modo que Mallory notó cuando esa vez lo hizo. Llegó como un viento huracanado, con un abrigo que parecía compuesto por trozos de arco iris.

-Lo siento, cariño -dijo mientras, prescindía de la encargada del guardarropa y usaba el respaldo de su sillón para dejar el abrigo, cuyas mangas alcanzaron el suelo-Qué día he tenido.

-Lamento oírlo. ¿Algún problema personal o se trata de uno de sus clientes? -la sorprendió ver que apretaba los labios.

-No voy a decir ni una palabra de ninguno de mis clientes. Dickie siempre comenta que tengo la lengua suelta. Pensaba que si no mencionaba nombres... quiero decir, no es mi intención causarle ningún perjuicio a nadie, pero son todos tan interesantes... Pero ya no, voy a ser recta -frunció el ceño para indicar que hablaba en serio, y su rostro se colapsó en un millón de arrugas finas.

-Percibo que ha sucedido algo que te ha hecho sentirte de esta manera -comentó Mallory.

-Aún no ha sucedido -afirmó Maybelle con tono sombrío-, pero podría. Y ahora, cariño, te toca a ti. ¿Funcionó anoche tu plan?

Mallory asintió.

-Avanzamos -fue lo único que dijo, ya que no pretendía hablar de su vida sexual con nadie. Además, su vida sexual había sido tan escasa, que ya había adquirido la costumbre.

-Bueno, eso está bien -Maybelle la estudió-. ¿Crees que todo se ha debido a la ropa y a los zapatos, a todo ese maquillaje?

-¿Qué otra cosa podría haber sido? -contrarrestó, desconcertada por la pregunta.

-Podrías haber sido tú, que al fin has tenido la oportunidad de estar con el hombre que siempre has querido -comentó con nostalgia.

Mallory contuvo el aliento. Maybelle se había aproximado demasiado a la verdad.

-Y por el modo en que lo hiciste, finalmente te has desviado.

-Has estado leyendo el libro de mi madre.

-Todas y cada una de sus palabras.

-¿Qué te ha parecido?

Maybelle suspiró.

-Tenías razón, cariño. Que lo leyera nos ha ahorrado un montón de tiempo. Tu madre y tu padre te hicieron tal como eres, una persona muy dulce, pero tienes mezcladas tus prioridades.

Mallory se sintió realmente aturdida.

-Mis prioridades no están mezcladas -protestó-. Lo primero era una vida ordenada. Es la única manera de mantener la cabeza centrada.

-Y tu corazón bajo llave, a la espera de que termines de limpiar la casa -indicó Maybelle en voz alta. Hurgó en un bolso que era un canguro con cremallera en la parte delantera, extrajo el libro de Ellen Trent y lo plantó de un golpe sobre la mesa.

Todo el mundo en el elegante y pequeño salón de té alzó la vista-. Es un libro muy bueno -afirmó-, pero no es una vida buena salvo para tu santa madre, y disculpa mi franqueza.

-Señoras, ¿quieren tomar el té o han venido a romper el mobiliario? -un camarero arrogante las observó con marcado disgusto.

Después de que Maybelle le dedicara una mirada similar, abrió mucho los ojos.

-Wayne, ¿eres tú?

El hombre volvió a mirarla y el rostro se le iluminó.

-Maybelle, por todos los cielos. Desde luego que soy yo. ¿Y cómo estás tú?

-Muy bien -respondió Maybelle, luego añadió-: En cualquier caso, casi todos los días -el rostro volvió a despejársele y a irradiar luz-. ¡Y mírate tú! -musitó con tono de conspiración-. Impecable y trabajando en este lugar exquisito.

-Gracias a ti -le faltó hacer una genuflexión-. A propósito, Maybelle, ha pasado un año y aún no me has enviado una factura. Me preguntaba...

Maybelle realizó ese gesto con la mano llena de diamantes tan típico de ella.

-Sí, he de ponerme a ello uno de estos días. Pero ahora no podemos hablar de negocios. Estamos listas para tomar el té. Tráenos todo, y con bastante de esa nata de Devonshire.

Mallory alzó una mano para parar un taxi que la llevara de vuelta al St. Regis.

Maybelle tenía la costumbre de dejarla con comentarios sueltos en lugar de consejos específicos. Y el comentario que no podía quitarse de la cabeza era «Es un libro muy bueno, pero no es una vida buena salvo para tu santa madre».

¿Acaso no le habían indicado lo mismo los sucesos de la última semana? Que el momento más feliz de su vida había sido despertar en pleno caos al lado de Carter esa mañana. Que el mejor árbol de navidad que jamás había tenido era el árbol diminuto de la suite. Que

el mejor hombre que jamás había conocido era Carter Compton, quien en ese mismo momento la estaba esperando con sus posesiones diseminadas por todas las superficies planas. No sólo se había desviado, sino que había girado y pataleado y...

-¡Taxi!

Encontró a Carter encorvado delante del televisor del salón, moviendo los hombros al ritmo del quarterback del Northwestern, gritando palabras de ánimo a su equipo. Llevaba unos vaqueros negros y un jersey negro de cuello vuelto y tenía un aspecto celestial. Diseminados a su alrededor se veían los cojines del sofá, un periódico, la lata de un refresco, una bolsa de palomitas de maíz para microondas, el mando a distancia, sus zapatos, la bufanda, los guantes, el abrigo...

Había cierta esperanza para él. Al parecer había llevado sólo un abrigo. Mallory sonrió.

-Eh -exclamó al verla-. Sólo perdemos por catorce puntos. ¡Es una victoria moral!

Se sentó en el sofá a su lado y dejó la bolsa de Saks en el suelo.

-Vamos, encanto, enciéndeme el árbol -cantó ella.

-Un momento, sólo un momento... ¡Defensa! -gritó, y casi la sacó volando fuera del sofá-. Lo siento -se disculpó de inmediato-. ¿Qué has dicho?

-Puede esperar -se acurrucó contra él y lamentó no saber ronronear.

Se había cortado el pelo. Había comprado crema de afeitar y luces para el árbol de navidad. Estaba enamorada.

Celebraron la victoria moral del Northwestern con una botella de champán.

Hicieron el amor en el sofá, sentados, con Mallory a horcajadas sobre él, rodeándolo con las piernas... y en todo momento el cuerpo y el corazón de ella hormiguearon con deseo y amor y el anhelo abrumador de estar con él siempre.

Luego observó que su ropa se hallaba diseminada desde la cocina, donde habían empezado a hacer el amor, hasta la puerta de entrada, donde Carter había lanzado su nuevo sujetador rojo de encaje.

Mallory consideró que era una suerte magnífica que el cuarto de baño estuviera equipado con una bañera y una ducha separadas, al estilo europeo. Carter había ofrecido resistencia a la idea de darse un baño, insistiendo en que los hombres de verdad no tomaban baños de espuma, que él jamás había tomado un baño de espuma y que no iba a empezar en ese momento, pero en cuanto estuvo metida en la bañera, oculta por las burbujas y la espuma, cambió de parecer.

Le lavó el pelo a Mallory con el champán que quedaba. El baño los condujo inevitablemente de vuelta a la cama. Para cenar pidieron que

les subieran paté, queso, pan italiano y fruta.

Se hallaban acurrucados en el sofá, Mallory con un camisón negro corto y Carter únicamente con unos boxers, cuando dijo:

-Como ibas diciendo...

Ella alzó la cabeza de su hombro.

-¿Cuándo?

-Anoche, cuando te metiste en mi habitación. Dijiste que se te había ocurrido una idea que podría llegar a funcionar con Phoebe y sus demandantes.

Ella suspiró y se hundió contra su pecho.

-No puedo imaginar que alguna vez tuviera una idea. Oh, espera, ya vuelve.

Había sido una idea loca, de psicología barata, que se había inventado como excusa para seducir a Carter con su nuevo camisón y bata rosas, aunque no podía revelarle eso.

-Pensaba que todo el mundo anhela obtener algo. Por ejemplo, sabemos por su testimonio que Kevin Knightson quiere entrar en el mundo del espectáculo, y McGregor Ross quiere que su hija sea una modelo infantil.

-Debería pensar más en la educación que va a recibir la pequeña -comentó Carter.

-Lo sé, pero ella no quiere lo que querríamos tú y yo -calló, sintiéndose un poco avergonzada-. Me refiero a lo que tú querrías y a lo que yo querría.

-Te he entendido.

-Hubo un momento -continuó, aliviada de que él no hubiera captado nada posesivo en sus palabras- en que los afectados parecían satisfechos con volver a tener sus cuartos de baño bien y ellos recuperar la normalidad. Phoebe los convenció de que querían más.

-Dinero.

-Sí, y todo el mundo quiere dinero, pero lo que sugiero es que tratemos de averiguar qué quieren más que el dinero.

-Mmmm -musitó Carter.

Mallory insistió.

-Probablemente hay algo que tú quieras más que el dinero, ¿no?

«Sí, quiero solucionar el caso para oírte decir que soy un abogado brillante. Y

que tú no quieras otra cosa que añadir un abogado brillante a tu vida. De acuerdo, sé que no soy brillante, pero soy más inteligente que lo que imagina la gente, y de verdad espero no volver a recibir jamás otra llamada como la que me hizo Bill Decker, porque quiero perder la imagen de donjuán y sentar la cabeza con...»

Una sacudida de electricidad recorrió el cuerpo de Carter, pero fue más como una alarma de seguridad que la electricidad que generaba

Mallory en él. Esos eran pensamientos serios. Quizá demasiado serios para un hombre que había visto cambiar a una mujer de la antigua y conocida Mallory a su objeto de deseo en el transcurso de una semana extremadamente tensa.

-No es una mala idea decía ella-, pero no sé cómo ejecutarla. No podemos conseguirle a Kevin un papel en Broadway. Yo no conozco a ningún productor o director de Broadway. ¿Tú? -bostezó.

Él sonrió. Incluso sin el bostezo, habría sabido que empezaba a entrarle el sueño. Jamás hablaba tanto.

-Iremos paso a paso. Primero averiguaremos qué es lo que quieren -dijo Carter.

-¿Cómo?

-Preguntándoselo.

-Qué gran idea -los ojos se le entrecerraron. Luego añadió-: Nuestro árbol necesita más adornos.

-Mañana compraremos algunos.

-Yo los compraré. Tú compraste la luz.

-¿Crees que podremos cargarlos a nuestras cuentas de gastos?

-No.

-Me temía que dirías eso.

-Y tú también lo habrías dicho.

Tenía razón. Jamás engañaría en una cuenta de gastos. Pero, ¿cómo lo sabía ella?

-Deberíamos llamar a Bill antes de salir esta mañana -dijo Mallory el lunes.

Llevaba puesta una de esas faldas largas con la chaqueta que hacía juego con sus ojos.

Carter se encendió al recordar el top revelador que había lucido debajo de esa chaqueta la semana anterior. Esa noche, cuando llegaran a casa, le quitaría la chaqueta con rapidez para explorarla debajo del top. Gruñó.

-¿Qué te parece?

-Ah. Sí. Llamar a Bill. Podemos comentarle tu idea, ver si piensa que podemos hacer algo con ella.

Pero media hora más tarde, Mallory dijo:

-No sonó especialmente entusiasmado, ¿verdad?

-No tiene tu imaginación. Yo sigo añadiendo esa pregunta a mi interrogatorio...

«¿Qué es lo que quiere de verdad?»

-Eres muy brillante interrogando a los testigos. Eres educado, pero no cedes un ápice. La verdad es que estoy impresionada.

-Gracias -aquel comentario le había sonado a música celestial-. Podemos ver si emerge algún patrón, algo con lo que podamos trabajar.

Lo que no podía decirle a Mallory era que Bill tenía su propia idea para solucionar el caso, a saber, que aceptara una de las no tan sutiles sugerencias de Phoebe de que fueran a cenar y vieran alguna película en la tele. En casa de ella.

Aquella segunda semana de interrogatorios, ella intensificó su persecución. Lo único que tenía que hacer Mallory era solicitar un descanso para ir al tocador entre sesiones con los testigos, y Phoebe reanudaba el caso de ambos en un abrir y cerrar de ojos.

-El que seamos oponentes profesionales -solía concluir- no significa que no podamos ser amigos personales.

Él aducía estar ocupado, tener concertada ya una cita o simple cansancio, lo que era verdad. Porque vivía para las noches, cuando Mallory y él podían olvidarse de sus fachadas distantes del día y entregarse al fuego devorador de sus actividades sexuales.

El viernes por la noche, después de otra semana larga de interrogar a los testigos, Mallory extrajo una copia de las transcripciones de la estenógrafa y sugirió que empezaran a repasarlas en busca de pistas sobre los deseos especiales de cada testigo.

Carter tenía otras ideas sobre cómo podían pasar el tiempo, que compartió libremente con ella.

-Podemos trabajar en la cama -sugirió Mallory con una caída de ojos.

-Oh, de acuerdo -cedió él.

Pero ella se centró exclusivamente en el trabajo. De forma metódica, leyeron las transcripciones y subrayaron las respuestas de los testigos que podrían indicar sus deseos más profundos. En el portátil, Mallory escribió los nombres de los testigos, la página en la que aparecía la respuesta y un breve resumen de ésta.

-¿Tienes que ser tan organizada? -se quejó él.

-Sí -respondió.

-De acuerdo -se encogió de hombros. Fuera lo que fuere lo que necesitara ella para ser feliz, creía poder sobrellevarlo. Volvió al trabajo con su rotulador verde.

Una hora más tarde, ya habían reunido la siguiente información: Kevin Knightson: *Un buen papel en una producción, de teatro o de cine.*

Tammy Sue Teezer: *Quiero salir en un anuncio .y ganar toneladas de dinero y comprarme una casa en el campo y un perro grande.*

McGregor Ross: *Quiero que todo el mundo sepa que tengo el bebé más hermoso que jamás haya nacido.*

Compton: (Inaudible)

Trent: (Inaudible)

-No tenías que copiar toda la conversación -volvió a quejarse él, porque en realidad ya tenía ganas de pasar a las Fases Dos, Tres, Cuatro y quizá Cinco de la noche.

-Era demasiado graciosa como para no hacerlo -Mallory frunció los bonitos labios rosados.

Trabajaron un rato más.

-Todos tienen en común el mundo del espectáculo, Carter -observó ella.

-Y es una suposición bastante lógica -indicó él-. La gente que se tiñe el pelo de color rojo zanahoria, o lo intenta -añadió con una mueca-, tiene un objetivo.

-Trata de llamar la atención -acordó Mallory.

-Haciendo algo tan diferente que capte la atención de los demás.

Ella suspiró.

-Me parece que vamos a tener que montar un espectáculo en el granero de papá.

-¿De qué estás hablando?

-¿Nunca has visto esas viejas películas en blanco y negro con Judy Garland y Mickey Rooney?

-¿Esas en que Judy y Mickey montan un espectáculo para recaudar dinero para la escuela o la orquesta?

-Sí, las mismas.

-No, jamás las vi.

Ella le dio un golpe en el brazo. Pero Carter se adelantó, se la atrapó, se la abrió, se llevó el dedo índice a la boca y lo rodeó con la lengua.

-Consultémoslo con la almohada -indicó ella con voz somnolienta.

-O no -la miró fijamente-. Por favor, ¿quieres deshacerte de ese portátil?

-Encantada.

Capítulo 11

Carter entró en el despacho de Maybelle el martes por la noche y la descubrió repasando lo que parecía ser un catálogo de universidades.

-Hola, Jack -saludó, guardando el catálogo con celeridad en un cajón.

El miró el conjunto impresionante de diplomas, tardó un segundo en especular si estaría pensando en añadir otra experiencia académica, luego se sentó y comenzó a hablar. Lo primero que mencionó fue la idea de Mallory de determinar lo que quería cada demandante para tratar de conseguírselo como un modo de solucionar el caso.

-Parece una mujer verdaderamente brillante -afirmó Maybelle.

Exhibía esa expresión peculiar que él ya le había notado varias veces. Pero había renunciado a tratar de descifrar su significado.

-Lo es -convino-. Y creo que empieza a pensar que yo también soy bastante brillante -bajó la cabeza.

-¿Qué ha dicho? -Maybelle sonó encantada.

Carter parafraseó el cumplido de ella acerca de lo bien que manejaba el interrogatorio de los testigos. No quería sonar como si alardeara.

-¡Hurra! -exclamó ella-. ¡Querías hacer ese pequeño cambio en tu imagen y lo has conseguido! -por su cara pasó una expresión de alivio-. Ya no me necesitas más.

-Sí que te necesito.

Ella hizo un gesto de cansancio. Con el ceño fruncido, Carter pensó si sus problemas serían tan aburridos.

-Mi jefe sigue siendo un problema -desde el principio, había tenido cuidado de no mencionar nombres-. Prácticamente me pidió que sedujera a la oposición si quería solucionar este caso lejos de los tribunales.

-¿Hombre o mujer?

-Mujer.

-En todo caso, eso es un plus -cuando él la miró con ojos centelleantes, ella preguntó-: ¿Quieres seducir a la dama?

-No.

-Entonces, no lo hagas.

-No pretendo hacerlo.

-Bien. Ya hemos aclarado eso -Maybelle pareció satisfecha.

-No hemos aclarado nada -Carter sintió que enrojecía-. La cuestión es que prácticamente me pidió que le hiciera el amor a la abogada de la oposición. Es poco ético y profesional.

-Inverosímil.

-Mucho.

-Supongo que porque estás cautivado por esa otra chica.

-No, sólo porque es poco ético y profesional.

Maybelle bufó y él cruzó los brazos.

-Me da la impresión de que estás más interesada en ella que en mí.

-¿Qué ella?

-En la mujer por la que... tengo ciertos sentimientos... aunque decir que estoy

«cautivado» es ir demasiado lejos. Creo que buscas una respuesta fácil a mi problema.

También ella lo imitó y cruzó los brazos.

-Quizá es porque tu problema tiene una respuesta fácil. Abre los ojos, y de paso la boca. Ve a casa y piensa en ello.

Desde el punto de vista de Carter, no fue una sesión satisfactoria. Quizá fuera hora de que Maybelle regresara a la universidad.

El miércoles por la tarde se hallaba en la sala de conferencias de Phoebe leyendo la nota que le había dejado Mallory . *Voy a comprar una maleta. Regresaré al hotel poco después de las ocho.*

Bajo ningún concepto podía creer que Mallory pudiera hacer el amor con él con un placer tan evidente y al mismo tiempo ver a otro. Sin embargo, en la mano tenía prueba de lo contrario. Por segunda vez esa semana, había ido a alguna parte sin él.

Le habría encantado haberla ayudado a elegir una maleta, pero no lo había invitado.

Ergo, tenía una vida que no lo incluía a él, en la que posiblemente estaba incluido otro hombre. Si algo había aprendido con la práctica de la abogacía, era a ser lógico.

Estaba apretando los dientes, mordiéndose el labio y jugando con la pluma al mismo tiempo cuando un ligero ruido lo alertó del hecho de que no era la única persona en la sala. Giró y a su espalda vio a Phoebe.

Ella se había quitado la chaqueta y lucía una camiseta que no tenía espacio suficiente para sus pechos y que no terminaba por cubrirle la cinturilla de la falda muy corta. Además, lo miraba con ojos entornados.

«Sí, estoy metido en problemas».

-Hola, Phoebe -empleó el tono animado que usaba con las mujeres cuando intentaba comunicarles que no estaba interesado-. Ya me iba. Nos vemos por la...

Le bloqueaba el paso.

-No te vayas -su voz fue tan suave, que costaba creer que pertenecía a Phoebe la abogada-. Tengo una botella de un vino maravilloso en mi despacho. Ven a probarlo.

De pronto, se le ocurrió que, en un momento u otro, iba a tener que enfrentarse al problema, y bien podía ser allí mismo, cuando estaba un poco furioso con Mallory.

-De acuerdo -aceptó-. Gracias.

Al llegar, observó que ella había atenuado las luces. «Gran problema».

Comenzó a abrir el vino, sin hablar, mirándolo mientras giraba el sacacorchos, tal como una serpiente podría hacer con un ratón. Pero ni Phoebe parecía una serpiente ni él se sentía como un ratón. Aunque sabía que lo que ella tenía en mente era devorarlo.

Se le ocurrió hablar de los más cercano.

-Ya casi estamos en Navidad -dijo-. ¿Qué quieres de la Navidad, Phoebe?

Lo miró con anhelo.

-A ti -susurró.

-¿Cuál es tu segunda elección? -habló con tanta gentileza como fue capaz.

Lo miró fijamente, y él se sintió horrorizado al ver que sus ojos parecían brillantes.

-¿Quieres decir lo que quiero realmente de la vida? -la voz le tembló.

Carter asintió tontamente, con un susto de muerte de que fuera a contárselo.

-Lo que quiero es que, por una vez, mi padre me diga que he llevado bien un caso -tartamudeó-. Todo esto... -con la mano abarcó el vino, la camiseta- fue idea suya. Yo no quería hacerlo de esta manera. No es la correcta y, además, cualquiera con dos ojos puede ver que estás enamorado de Mallory.

Carter le entregó el pañuelo del bolsillo del pecho y una de las tarjetas de Maybelle, luego permaneció allí un rato, palmeándole el hombro y preguntándose si tenía razón. ¿Amaba a Mallory?

Cada mañana Mallory se preguntaba cómo podía ser más perfecta la vida. El jueves al amanecer mientras reflexionaba sobre ello supo cómo podía ser más feliz.

No soportaba que a veces Carter se fuera sin que ella supiera adónde iba. Claro que ella también lo hacía.

El día anterior por la tarde, se había escabullido del bufete de Phoebe mientras Carter juntaba algunas cosas, dejándole una nota en la que le decía que iba a comprar una maleta nueva y que lo vería en el hotel. Había comprado la maleta en diez minutos y luego tomado un taxi hasta la boutique en el Upper East Side, donde Maybelle y ella habían charlado y elegido dos vestidos de noche y dos chaquetas más.

-La variedad es la salsa de la vida -había dicho Maybelle.

Y mientras ella se había mostrado todo lo considerada que podía con los sentimientos de Carter, el martes por la noche él había dicho: «Tengo que hacer un recado. Te veré a las ocho».

Lo había dicho como si no le debiera una explicación, y, desde

luego, así era.

Era su fama de seductor lo que le preocupaba. Quizá sólo la viera como otra de sus mujeres, mientras que para ella...

En ese momento, dormía de cara a ella, y tuvo que reconocerse que, si ya no le hubiera dado parte de su corazón, no se habría mostrado tan decidida a practicar el sexo con él.

Pero Carter jamás había dicho que la amara ni indicado de ninguna manera que se sintiera comprometido con la relación que mantenían. Debía aceptar la posibilidad de que quizá nunca lo hiciera.

«Salvo por eso», pensó con tristeza; «todo es perfecto».

-Hola -dijo él con la voz ronca del que acaba de despertarse.

Esbozó una sonrisa lenta, cálida y del todo irresistible.

Las delicias de primera hora de la mañana hicieron que resultara del todo incomprensible que aquella noche dijera con indiferencia:

-Le dije a un tipo que conocí en la universidad que quedaría con él para tomar una copa. No te importa que me vaya un rato, ¿verdad?

La verdad era que le importaba mucho. Mientras se distraía con algunas cosas en su escritorio, tratando de permanecer ocupada durante su ausencia, sonó el teléfono. Era Bill Decker, quien después de intercambiar unas palabras amenas con ella, dijo que quería hablar con Carter.

No sabía por qué necesitaría decirle algo a él que no pudiera compartir también con ella, pero no quería sonar celosa o competitiva, de modo que repuso:

-En este momento no se encuentra aquí, Bill. Con franqueza, no sé dónde está, pero...

La risita de Bill la interrumpió.

-Creo que lo adivino.

-¿Dónde? -espetó.

-De acuerdo, seré franco contigo. No iba a hacerlo, ya que pensaba que podía avergonzar a Carter, pero le he estado hablando de Phoebe Angel.

-¿Oh? -en esa ocasión logró suavizar su voz-. ¿Qué pasa con Phoebe?

Más risitas. Deseó que se atragantara y que no hubiera nadie cerca que supiera hacerle la maniobra de Heimlich.

-En una conversación que tuve con ella -continuó cuando consideró que ya había reído bastante-, quedó claro que estaba interesada en él. A Carter le sugerí que le prestara un poco de atención.

-Cuando regrese de prestarle atención -indicó, sintiéndose muy fría por dentro-le diré que te llame.

Permaneció quieta lo que le pareció una hora entera. Luego supo lo que tenía que hacer. Debía ir a ver a Maybelle. Sabría que se trataba de una emergencia. Le encontraría un hueco en su agenda. Se

puso el abrigo y las botas y salió a la noche.

-Has hecho bien, cariño -Maybelle le dijo a Carter después de que éste le describiera su encuentro con Phoebe-. Eres un buen hombre y has realizado un acto amable. Seguiste los dictados de tu propia conciencia sin hacerle más daño del que debías. Y... -resaltó eso apuntándole con una uña dorada -averiguaste lo que ella más deseaba en el mundo.

Le sorprendió lo bien que lo hacía sentir el cumplido de Maybelle.

-Y he estado pensando en lo de los deseos de los demandantes.

-Se agradecen todas las ideas.

-Creo que esta es buena. Podríais producir un programa con gente verde y que aparecieran todos tus testigos, es decir, si están dispuestos a alcanzar un acuerdo.

Aunque en realidad no es tan buena idea. Hablé con alguien del mundo del cine que conozco y rechazó de pleno la idea. Según él, el concepto, no lo entusiasmó.

La mente de Carter iba a toda velocidad.

-No, esa idea era excesiva -confirmó despacio-, pero creo que has podido darme una que quizá funcione.

El resto de la sesión no fue tan productivo. Maybelle parecía decidida a hacerlo reconocer que estaba enamorado de Mallory y, más aún, a revelarle su amor a ella y comprobar qué tenía que decir ella al respecto. Pero no tenía intención de volverse vulnerable ante Mallory hasta que tuviera la certeza de que la respuesta de ella sería:

«Yo también te amo».

Mallory corrió alocadamente hasta la puerta de Maybelle. Tenía una aldaba nueva. Una mano cerrada en un puño, como si se hallara a punto de llamar. Eso hizo.

Apareció Richard. Pareció sobresaltado de verla. De todos modos, ella pasó a su lado.

-Necesito ver a Maybelle. Sólo un minuto.

-Está con un cliente -susurró, señalando la puerta cerrada y cruzando dos dedos sobre sus labios.

-Esperaré.

-No le gusta que sus clientes se encuentren -dijo Richard, tratando de hacerla retroceder hacia la puerta-. Es una cuestión de intimidad.

-No conoceré a la persona -insistió ella-. No soy de esta ciudad, ¿recuerdas? No pasará nada.

-Creo que no -Richard empezaba a ponerse pomposo. Esto es lo que haremos.

Ve a casa y Maybelle te llamará en cuanto quede libre.

-No puedo ir a casa -afirmó Mallory-. Estoy demasiado alterada -oyó voces detrás de la puerta cerrada-. ¿Lo ves? -dijo-. Ya casi han terminado. Así que voy a esperar y...

La puerta se abrió y Carter salió por ella.

Él abrió mucho los ojos al tiempo que palidecía.

-¿Qué haces aquí? -susurró ella.

-La pregunta es -replicó Carter- ¿qué haces tú aquí?

El recibidor se sumió en un silencio atronador, pero no por mucho rato.

-Oh, Dios mío, sabía que esto iba a suceder, lo sabía -chilló Maybelle desde alguna parte detrás de Carter.

-Intenté mandarla a casa, Maybelle, de verdad -indicó Richard con expresión desolada-. Pero es una mujer muy decidida.

-¿Has estado consultando a Maybelle? -le preguntó Mallory a Carter-. ¿Por qué?

¿Y cómo la encontraste? -sin importar lo sobresaltada que estuviera de verlo, le hacía feliz saber que las ausencias eran por Maybelle y no por Phoebe.

-Vaya, qué alivio -Maybelle salió al recibidor-. Ahora los dos sabéis adónde ha ido el otro. ¿No es estupendo? Y ahora vayamos a sentarnos y a mantener una pequeña...

-No quiero sentarme -cortó Carter-. Sólo quiero saber por qué consultabas a Maybelle.

-Asuntos personales. ¿Por qué la veías tú? -sólo sentía curiosidad. En lo que a ella se refería, Carter era perfecto, no necesitaba cambiar nada.

-Asuntos personales -le devolvió la misma respuesta.

-Oh, de acuerdo, te lo contaré -capituló ella-. Había algunas cosas de mí que pensé que debía cambiar -¿tendría alguna vez el valor de decirle que ya debía haberlo amado en los tiempos de la facultad y que anhelaba que la viera como a una mujer? Aunque encontrara el coraje, no lo diría allí. No delante de Maybelle y Richard.

-Mmm. Creo que sé por qué consultaste a una creadora de imagen. Un montón de cosas empiezan a encajar en mi mente.

-¿Qué? -Maybelle se interpuso preocupada entre Mallory y Carter.

-Eso explica la ropa, los zapatos, las cosas... y el muérdago. Le pediste a Maybelle que te cambiara de la mujer que eras a la mujer que me sedujo -movió la cabeza con expresión triste-. Pensé que eras diferente, pero no lo eres. Eres como las demás -dio la vuelta y comenzó a marcharse.

-¿Qué quieres decir con eso de «como las demás»? -esa no era más que una tonta coincidencia que debía causarles gracia. Pero Carter parecía muy molesto y no podía imaginar la causa.

Él se volvió para mirarla.

-Pensé que empezabas a respetarme porque llevaba bien los interrogatorios, aunque en realidad poco te impresionaba mi habilidad legal. Lo único que querías era meterte en mi cama -entonces encaró a

su mutua creadora de imagen-. De hecho, es probable que tú le aconsejaras que me halagara, que le dijeras que los hombres son tan vanidosos que terminan por creerse todo.

-No, no lo hizo -explicó Mallory, sintiéndose desesperada-. Llevaste muy bien a los testigos. Estaba siendo sincera contigo. ¡No sé qué he hecho para enfurecerte tanto!

-Lo que me enfurece tanto -le dedicó una sonrisa carente de humor-, es que me traten como a un gigoló de cabeza hueca. No soy eso, y sólo quería que tú, entre todo el mundo, lo supieras.

-De cabeza hueca... -ni siquiera era capaz de seguir su razonamiento.

-Lo que hiciste fue algo deliberado, Mallory, un plan tramado por tu mente inteligente. Esperaba que fuera algo salido del corazón -volvió a mover la cabeza-. Se acabó. A partir de ahora somos compañeros de trabajo, nada más.

Antes de que pudiera recuperarse, él había cruzado la puerta y bajaba a la acera.

-Aguarda -gritó Mallory-. ¿Sobre qué consultabas tú a Maybelle?

Se había ido. Pero Maybelle no.

-Quería que la gente dejara de pensar en él como en un gigoló sin nada en la cabeza -comentó con pesar-. Eres tan inteligente, que deberías haber sido capaz de descubrirlo por tu propia cuenta. Dickie, he de encontrar un nuevo campo de trabajo.

Éste no me brinda ninguna satisfacción y el dinero también es decepcionante.

Mallory se dejó caer al suelo dominada por el llanto.

-No llores, cariño -Maybelle la levantó con asombrosa fuerza-. Todavía no he dejado mi trabajo. Pasa y tomemos una taza de café de verdad para calmarnos.

Pensaremos en algo. No te preocupes.

Capítulo 12

El sábado por la mañana, cinco días antes de Navidad, Carter estaba en la cama con la vista clavada en el techo. Todo el día anterior había tenido un nudo en el estómago mientras intentaba continuar con las declaraciones de la mejor manera posible. Pero sentía que algo en él cedía a... suponía que era un corazón roto.

Alargó la mano para recoger la pluma de la mesilla de noche y se sintió un poco mejor, aunque no mucho. Por motivos que no podía imaginar, Mallory había pasado de ser una mujer firme, de confianza, a una mujer manipuladora. Jamás habría pensado que podría suceder. La había considerado uno de los seres humanos más éticos que había conocido.

A pesar de todos sus esfuerzos, no lograba imaginar que se acostara con un hombre al que no respetara. Ésa era otra cosa que le había gustado de ella. «Me gustan tantas cosas de ella».

Pero se había equivocado al valorar su ética, al valorar su necesidad de respetar al hombre al que se entregara, porque era evidente que no lo respetaba en absoluto.

Necesitaba marcharse de esa suite. El St. Regis seguía al completo, pero Nueva York disponía de miles de plazas hoteleras. Tenía que irse. Pero, para irse, tenía que hacer las maletas. Para ello, tendría que recoger todo lo que había desperdigado por la suite y ordenar miles de papeles diseminados por todas partes.

Le devolvería a Mallory el dinero que había gastado en comprar los adornos de navidad, ya que pensaba llevarse el árbol. Le dejaría el muérdago para recordarle cómo lo había engañado para darle el primer beso.

Pero él iba a tener que buscar el nuevo hotel, ya que Brenda no regresaría al bufete hasta el lunes. Iba a tener que pensar un modo de llevarse el árbol desde la suite hasta... donde fuera... sin que se rompieran los adornos.

O podía seguir allí tumbado. Sería lo más fácil. Tal vez Mallory tomara la decisión de trasladarse ella.

Vestida con los pantalones y la chaqueta negros originales, Mallory estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas mientras organizaba el maquillaje y los artículos de tocador.

En todo caso, era él quien debería irse. Todo eso era culpa suya. Pero como no daba la impresión de realizar el más leve intento de hacer lo correcto, se suponía que era ella quien iba a tener que guardar su ropa, la vieja y la nueva, para ir por las calles nevadas a su nueva habitación de hotel, dando por hecho que pudiera encontrar uno.

Podía terminar sin un lugar donde dormir, acurrucada en un portal. Los ojos se le llenaron de lágrimas.

Se irguió. Pensaba llevarse consigo el árbol de navidad, eso lo tenía claro.

¿Podría transportarlo a pie? Parecía un gran esfuerzo. ¿Y sólo por ahorrarse tres días de vivir con la presencia silenciosa y acusadora de Carter?

Su vista se posó en el libro de Ellen Trent y recordó lo que Maybelle había dicho de tener el corazón encerrado hasta haber limpiado la casa. Era hora de abandonar el sistema de Ellen Trent y hacer espacio para la vida. Se levantó con expresión sombría, tomó el libro con dos dedos y lo tiró a la papelera.

Pero el verdadero problema era que Carter había tenido razón. Había planeado seducirlo. Lo que él desconocía era que lo había hecho porque lo amaba.

Se asomó y oyó el ruido de la ducha en la habitación de él. Bajó a desayunar y por la ventana pudo ver que la tormenta había pasado y que en ese momento sólo nevaba. Con un torrente de pensamientos recorriéndole la cabeza, rompió una de sus reglas básicas, jamás usar un teléfono móvil en público, y llamó al despacho de Maybelle.

-No tiene mucho sentido volver a verla -le informó a Richard-, pero me gustaría ir esta tarde a liquidar las cuestiones económicas. ¿Voy a mi hora habitual, a las cuatro?

-Oh, cielos -musitó Richard-. Pensó que no querrías volver a verla y le dio al presidente una cita doble para poder ahondar más en la mejora de su comunicación verbal. ¿Podrías venir a las seis?

-Claro. ¿Por qué no? -en su vida no iba a suceder nada más. Primero iría de compras, luego a ver a Maybelle.

Carter oyó el sonido de una aspiradora y aceleró el proceso de vestirse. Al terminar, asomó con cautela la cabeza. Al no ver a Mallory por ninguna parte del salón, salió más confiado.

-Puede limpiar mi habitación -le indicó a la camarera, que en ese momento sacaba la aspiradora de la habitación de Mallory. Después de despedirse con un gesto de la mano, salió de la suite.

La camarera había dejado una bolsa para la basura justo más allá de la puerta.

En lo alto había un libro. Giró la cabeza para leer el título. *Viaje Eficiente*, de Ellen Trent. ¿Trent? ¿Pariente de Mallory?

Lo recogió. Había caído tan bajo como para robar de la basura. Dentro había una nota que comenzaba: *Queridísima hija-*. ¿Ellen Trent era la madre de Mallory?

Se llevó el libro y salió a la nieve, en busca de una de esas librerías con cafetería donde podría sentarse a beber un café y a comer algo tan poco saludable como un bollo. Tenía que leer.

-¿Richard?

-Sí, señor Wright. Aunque supongo que ahora puedo llamarlo señor

Compton.

-Claro, claro -dijo Carter-. Llámeme lo que quiera. Sólo quería confirmar mi cita de las tres de la tarde para hoy.

-Oh, cielos -dijo Richard-. Pensó que estaría demasiado enfadado con ella y no querría volver a verla, por lo que le dio al presidente una cita doble para poder ahondar más...

-¿El presidente?

-No el nuestro -explicó Richard-. Otro presidente. En cualquier caso, no puede verlo a las tres, pero podría a las seis.

-Perfecto. Allí estaré. Téngame preparada la factura, ¿de acuerdo?

Se levantó del sitio del que apenas se había movido desde que la cafetería había abierto aquella mañana. Sólo se había incorporado para rellenar la bandeja con sándwiches y bebidas y comprar un par de libros más de Ellen Trent. Se sentía bizco de leer con celeridad y mareado por una sobredosis de carbohidratos.

Y abrumado por lo que había aprendido. Ya sabía lo que le sucedía a Mallory.

Su madre estaba loca, ésa era la explicación. Lo de comprobar las fechas de caducidad de todo en la casa antes de salir de viaje... de hecho, la llamaría psicótica.

Nada de colada sucia. ¿Desde cuándo no se tenía una colada que no estuviera sucia?

Experimentaba una simpatía nueva hacia Mallory por haber crecido con una madre loca que le había enseñado a ser un autómata en vez de una mujer cálida.

También había comprendido otra cosa. Mallory se había convertido en una mujer cálida. Incluso había abandonado casi todas las rutinas con que le habían lavado el cerebro con el fin de hacer el amor con él. Habían comido en la cama, ensuciado la habitación... sí, había comprado esa ropa sexy para atraparlo, pero también había cambiado de otras formas.

¿Era posible que realmente le importara, o su conducta sólo era un acto de rebelión hacia su madre loca, siendo él una excusa conveniente para dejar atrás todas sus inhibiciones?

Era lo que pretendía hablar con Maybelle. Le sobraba tiempo. Demasiado. Al este vislumbró Bloomingdale's y recordó el vestido que había visto desde las escaleras mecánicas la primera vez que fueron a los grandes almacenes a comprar calcetines. Cuando de pronto había tenido ganas de besarla. Cuando su vida había cambiado para siempre.

Aceleró el paso.

Mallory tenía la mano en la nueva aldaba de Maybelle cuando oyó pisadas en la acera. Giró y vio a Carter, titubeante.

Sin intercambiar una palabra, él se volvió y emprendió la marcha

hacia el este mientras ella bajaba a la acera y se dirigía hacia el oeste. Maybelle logró frenarla en la esquina, y al regresar, Mallory vio que Richard empujaba a Carter hacia la mansión.

-Vosotros dos -reprendió Maybelle-, os vais a sentar y vais a hablar, os guste o no. Kevin -gritó-, ¡abre la puerta antes de que se larguen!

Mallory se dejó guiar hacia el despacho de Maybelle. Carter parecía lo bastante furioso como para querer ocuparse de los otros dos hombres a puñetazos, pero siendo civilizado, se dejó guiar también. Delante de la mesa de Maybelle, una mesa nueva y muy conservadora, había dos sillones, y cuando les hicieron sentarse a ambos, Maybelle también se sentó, flanqueada por Richard y Kevin, quienes estaban plantados con las manos a la espalda, parecidos a guardaespaldas.

Como mínimo, era una escena impresionante.

-¿Qué está haciendo aquí Kevin? -preguntó Carter.

-Siento que fui yo quien empezó todo esto al darle la tarjeta a Mallory.

-Fui yo quien inició todo esto al convencer a Mallory de que se pusiera ropa sexy en vez de decirle que dejara que su interior se manifestara en su exterior -replicó Maybelle-. Le envié ese árbol con la esperanza de que si la emocionaba un poco...

-¿Tú enviaste el árbol? -preguntaron los dos al unísono.

Se miraron unos instantes y con rapidez apartaron la vista.

-Bueno, yo sólo inicié lo del café -indicó Richard-, y es lo que voy a hacer de nuevo.

-De hecho, quien lo empezó fue Bill -comentó Mallory- al asignarme al caso, pero la culpa no la tiene él. La tengo yo -suspiró y retorció las manos-. Yo lo inicié al decidir atrapar a Carter, hacer que me viera como una mujer, porque...

-Yo lo empecé -afirmó Carter con brusquedad.

Mallory giró el sillón para mirarlo fijamente.

-Yo le pedí a Bill que te asignara al caso.

Desde la distancia les llegó el sonido del molinillo de café, pero en la habitación sólo se oyó el jadeó asombrado de Mallory.

-¿Por qué? -preguntó al final.

La mirada de sus ojos estaba llena de dolor.

-Para empezar, porque confiaba en ti. Pero el otro motivo, bueno, es que quería demostrarte que había crecido. Demostrarte que era un buen abogado. No, un gran abogado. Un hombre al que podías respetar.

-Pero yo siempre te he respetado -susurro Mallory-. Todos esos años pasados, te respeté por no rendirte. Siempre fuiste tan inteligente, inteligente de formas que yo no lo era. Pero nadie esperaba nunca buenas notas de ti, de modo que jamás aprendiste a estudiar. En realidad, eso es lo único que hice por ti, mostrarte que

podías tener éxito.

-Vaya -comentó Maybelle-. Hace un minuto. Mallory iba a comentar por qué quería que la vieras como una mujer. ¿Por qué?

Bajo la mirada intensa de Maybelle, Mallory supo que había llegado el momento de la verdad.

-Porque creo, desde tiempos que se remontan incluso a la facultad de Derecho, que eso es lo que realmente quería.

-Hiciste un buen trabajo ocultándolo -manifestó Carter con un gruñido intenso.

-Lo sé. Temía que me rechazaras. Todas las mujeres que conocía te deseaban.

¿Por qué ibas a elegirme a mí? -lo miró y sacó el valor para añadir-: Lo único que pretendía hacer aquí en Nueva York era, bueno, dejar de ocultarlo.

-Y, Carter -prosiguió Maybelle de forma inexorable, como si la tensión en la habitación no fuera casi explosiva-, ¿por qué te importaba a ti lo que pensara Mallory?

-Supongo que siempre ha sido un tema delicado que me viera como a un donjuán idiota que no podría haber acabado Derecho sin ella -musitó. Tenía la vista clavada en el suelo.

-¿Por qué era un tema delicado? Vamos, Carter, ¿o voy a tener que sacar mi martillo neumático? -la voz de Maybelle se elevó.

-Porque... -comenzó como desesperado-. Porque me...

-Continúa, cariño -instó Maybelle-. Terminarás por conseguirlo.

-Porque me... gustaba.

-¿Si? -Mallory sintió que la invadía una sensación extraña en la que se mezclaba el alivio, el deseo creciente y el afecto.

Por el rabillo del ojo, vio que Kevin se marchaba en silencio de la habitación.

Pero se hallaba centrada en Carter, quien se movió incómodo en la silla.

-Sí -corroboró.

-Ojalá lo hubiera sabido -dijo ella-. Lo único que sabía... -la abochornó sentir que el llanto subía por su garganta- era que yo era la única mujer de la facultad de Derecho a la que nunca te insinuaste. Ni siquiera cuando pasamos la noche a solas en tu apartamento.

-Disculpadme.

Apenas oyeron el susurro de Maybelle.

-Quise besarte aquella noche -dijo, con el esbozo de una sonrisa, traviesa-, pero no pensé que quisieras que lo hiciera, aparte de que intentaba comportarme como uno de los chicos buenos.

Mallory se puso de pie, cansada de esa conversación lado a lado, cuando tenía que decir las cosas más importantes que diría en toda la vida. Nervioso, Carter la imitó.

-Carter -comenzó con gentileza-, si me hubieras besado aquella noche, habría hecho el amor contigo allí mismo, encima de Roe contra Wade.

Él pareció realmente desconcertado.

-¿Lo habrías hecho?

-Probablemente, no -suspiró ella-. Probablemente, primero hubiera guardado Roe contra Wade en una carpeta con la etiqueta Roe contra Wade.

-Podría haberlo soportado -se acercó a ella y la rodeó con los brazos.

Sus bocas se encontraron, y a ninguno le importó quién había sido el primero en buscar al otro. Lo único que contaba era que se habían encontrado.

-Hablemos de un acuerdo -le dijo Carter a Phoebe cuando el lunes por la mañana la atraparon en su despacho.

-Vamos a ir a juicio.

-Phoebe, he investigado a fondo esta clase de demandas e ir a juicio es una apuesta arriesgada -comentó Mallory-. Aun cuando los demandantes ganan, a menudo no ganan lo suficiente como para quedar contentos.

-Un acuerdo es lo mejor para tus clientes y para ti -añadió Carter-. Fue la opinión del juez después de revisar las pruebas y leer las transcripciones de la estenógrafa hasta la fecha. Estabas presente. Tú misma lo oíste.

Phoebe apretó los labios.

-No lo entendéis. He de ir a juicio. Tengo que ganar. Tengo que demostrar...

-miró hacia la pared que había detrás de Mallory y Carter, donde estaba el cuadro de su padre.

-No tienes que demostrarle nada a tu padre -indicó Mallory con suavidad.

-¿Qué sabes sobre mi padre y sobre lo que yo tengo o no tengo...?

-Porque tengo una madre. ¿Has oído alguna vez hablar de Ellen Trent?

-Claro. Es como Martha Stewart, pero sin el encanto.

Mallory hizo una mueca interior.

-Eso es.

-¿Es tu madre?

-Sí.

-Si llegaras a un acuerdo en un caso cuando ella te había dicho que aguantaras hasta el juicio...

-Me repudiaría.

-Y no te importaría.

-Me importaría. Pero seguiría haciendo lo que sabía que estaba

bien.

-De hecho -intervino Carter-, no tienes que trabajar con tu padre.

La tez cetrina de Phoebe palideció.

-Claro que no tengo que hacerlo. Trabajo con él porque...

-Trabajas con él porque te ha convencido de que jamás conseguirías un trabajo con alguien más.

-¡No es así!

-No con tantas palabras.

-Supongo que sí -se derrumbó.

-Se equivoca -afirmó Carter-. Eres buena en tu trabajo. Eres muy buena –sonrió-

Mira por lo que nos has hecho pasar.

-¿De verdad crees...?

-Lo sé con certeza. Estaría más que encantado de escribir una carta de recomendación a mi empresa en tu nombre...

Mallory le dio una patada. Él la miró.

-... para un puesto que hay en la sucursal de Rendell & Renfro de San Francisco

-continuó sin dejar de mirar a Mallory-. Tengo entendido que buscan a un par de abogados experimentados e incisivos.

Mallory contuvo el aliento durante el prolongado silencio. Al final, con una determinación férrea en sus ojos, Phoebe dijo:

-De acuerdo. ¿Cuál es vuestra oferta?

Carter le entregó varias hojas grapadas.

-Ése es un resumen de la oferta. El documento completo está siendo preparado en este mismo instante y lo tendrás a tu disposición esta tarde. Como puedes ver

-continuó-, ofrecemos una compensación en la cantidad de los daños, duplicada.

Vosotros recibís la mitad, los clientes la otra mitad.

Phoebe asintió, luego alzó la vista.

-¿Qué es esto de una cinta de demostración?

-Estudiamos las transcripciones y observamos que la mayoría de tus clientes tiene aspiraciones al mundo del espectáculo. En realidad, tampoco es tan sorprendente en Nueva York.

Phoebe asintió.

-Sensuous le ofrece a cada cliente interesado la oportunidad de grabar una cinta de demostración. Será grabada y dirigida por profesionales, algo que el agente de Kevin pueda emplear para conseguirle audiciones, algo que la señora Ross pueda usar para conseguir un agente para la pequeña...

Mallory le proporcionó el nombre, que recordaba de los interrogatorios.

Él carraspeó.

-La pequeña Desiree -repitió con calma-. Pobrecilla.

Phoebe volvió a guardar silencio y a reanudar la lectura.

-Trasladaré esta oferta a mis clientes para ver qué piensan -les dedicó una ligera sonrisa-. Quizá tengáis algo más que celebrar cuando os vayáis a casa para Navidad.

-¿Podemos tener nuestra propia Navidad esta noche? -preguntó Carter, mientras volvían andando al hotel.

Marchaban cansados pero victoriosos, aferrándose a la buena sensación de que se habían esforzado al máximo y todos habían ganado.

-No estoy para una gran celebración -afirmó Mallory, recalcándolo con un bostezo-, pero un poco de champán junto al árbol sería agradable. Es nuestra última noche en la suite -añadió con sincero pesar-. Mañana volvemos a Chicago. Lo primero que tengo que hacer es repasar el correo...

-Lo primero que tienes que hacer es pasar la noche en mi apartamento -corrigió Carter.

-De acuerdo. De ese modo no sentiré que haya podido recibir correo.

-Y no desordenaremos tu apartamento.

-Bien dicho.

-Luego pasamos la Navidad con mis padres -dijo Carter.

-Y la Nochevieja con los míos. Intenta no desordenar nada mientras estés en casa de mi madre -indicó-. Y recuerda que nada de zapatos en la casa, y después de ducharte, se supone que debes limpiar los azulejos.

-Me comportaré como un buen chico -prometió-. ¿No crees que tu madre se sentirá halagada de que haya leído su libro?

-Hasta que le digas lo que te pareció.

-¡Jamás! ¿O sí? -protestó. ¿Llegaré a conocer al invisible Macon?

El día anterior habían dedicado un montón de tiempo a conocerse, a contarse historias de la infancia, a hablar de las excentricidades de sus padres. Mallory rió.

-Finalmente esta mañana contestó mi último correo electrónico. Realizaba un trabajo de alto secreto en Pennsylvania, donde ha conocido a una mujer que jamás ha tocado un ordenador...

-¡No! -exclamó Carter.

-Pero ya sí -lo miró-. Existe una posibilidad, una gran posibilidad, de que venga a Chicago con él. Carter, creo que los niños Trent al fin han crecido.

Él se mostró pensativo un momento, luego le dedicó su arrebatadora sonrisa.

-También el niño Compton.

-Y muy bien, he de reconocer -llegaron a la suite-. Voy a ponerme

algo más cómodo -le dijo.

-¿Qué te parece si vamos a la cama?

-Champán junto al árbol, ¿recuerdas? -regresó con el camisón y la bata rosados, llevando la caja que contenía la camisa para Carter, y notó que él estaba sentado en el sofá con una caja de regalo idéntica. Se detuvo en seco-. ¿Cuándo me compraste un regalo?

-El sábado.

-No es posible. Volvimos al hotel justo después...

-Lo compré antes de ir a reunirme con Maybelle -se puso de pie para tomarla en brazos.

Ella le rodeó el cuello.

-Yo compré el tuyo aquel primer día en Bloomingdale's.

Él le sonrió.

-Vamos a abrirlos ahora.

-Eres como un niño -bromeó.

-Sí, porque creo que sé qué es el mío -arrancó el papel y sacó la camisa a rayas-.

¿Cómo voy a poder mantenerte si piensas comprarme camisas de marca? -gruñó.

Pudo ver que se sentía complacido, pero en ese momento centró su atención en el vestido de color champán que había sacado de la caja. Era exquisito, ceñido y, si no se equivocaba, hacía juego con su pelo.

-Carter, es precioso -musitó.

-Igual que lo eres tú -la tomó en brazos y le dio un beso que la dejó sin aliento.

-Podemos probarnos la ropa nueva por la mañana.

-Como muy pronto.

Se preguntó cuándo dejaría de renovar su amor por él cada vez que lo mirara. Y

supo que nunca.

Fin